

**CUADERNOS DEL MATEMÁTICO N° 45**

# Mecenazgo

**VINÍCOLA MENTRIDANA**  
taberna

Buenos vinos en buen ambiente

C/ San Eugenio, 9 28012 Madrid    Parking Atocha, 70 Metro Antón Martín    Tfs: 915 278 760 609 251 026

  
**AYUNTAMIENTO DE GETAFE**  
—  
**DELEGACION DE EDUCACION**  
**CONCEJALIA DE CULTURA**

¿cree que tiene algún problema?  
es hora de solucionarlo

**91 681 92 62**

C/ Madrid nº52 2ºA-B Getafe    psicólogos **madríd**


**Librería Alfonso**

C/ Santa Cruz, nº 14 • Tel. y Fax: 980 630 893  
49600 Benavente (Zamora)

Alberto González

**MARENGO C A F É**

C/ Pizarro, 1 • 28002 GETAFE (Madrid) • Tel.: 91 682 68 96

  
**CENTRO DE POESÍA**  
**JOSÉ HIERRO**

Avenida Arcas del Agua, s/n. Sector III  
28905 GETAFE. Madrid  
TF 91. 681.98.55  
Fax 91. 601.74.92  
centropoesia@ayto-getafe.org



**Librería Hydria**

Plza. de la Fuente, 17-18  
37002 SALAMANCA

  
**ATENELO CULTURAL**  
**1º DE MAYO**

**CC.OO.**

**GISA**  
GETAFE INICIATIVAS  
AGENCIA DE DESARROLLO LOCAL

  
**ELATE, S.A.**  
CIRCUITOS IMPRESOS

**IZQUIERDO**  
PASTELERIA 1905 BOMBONERIA

C/Madrid, 28 Getafe Tel. 916950667

  
**TALLERES GUERRERO**

- Mecánica
- Electricidad
- Chapa y pintura
- Servicio de grúa 24h.

Primer Taller español de carrocería y servicio de grúa independiente que aparece en Internet.

www.lander.es/talleresygruasguerrero  
E-mail: talleresygruasguerrero@lander.es

**Librería Hydria**

Plza. de la Fuente, 17-18  
37002 SALAMANCA

**NEBITEC**  
Consulting

**CONSULTORÍA INFORMÁTICA**

Pº de la Castellana, 164-1º Ent.  
28046 - MADRID

Tel.: +34 917 885 765  
dblanc@nebitec.es  
www.nebitec.es

  
Cañas, Picoteo y Copas  
C/Arboleda 12. 28901 Getafe - Madrid  
Tel. 91 682 65 76 (Cerrado los Lunes)

**la mala vida**

  
**ORTOPEDIA TECNICA**  
**AVENIDA 47**  
Avda de España nº47  
Tno: 91 682 47 65  
[www.ortopediaavenida47.com](http://www.ortopediaavenida47.com)

  
**Ayuntamiento de Alcorcón**  
CONCEJALIA DE CULTURA

**Diego Mirallas Jiménez**  
ABOGADO

C/ San Eugenio, 12 - 1ºF  
28901 GETAFE (Madrid)  
Teléf.: 91 684 23 71 - Móvil.: 677 694 626  
C. Electrónico: dmirallas64@hotmail.com

  
**Pisolabis**  
San Eugenio, 10 - GETAFE

**A.P.A.**  
*I.E.S. Matemático Puig Adam*

  
**Cabare Madrid**  
Plaza del Canto Redondo  
Getafe



  
**AYUNTAMIENTO DE GETAFE**  
ÁREA DE DESARROLLO ECONÓMICO,  
FORMACIÓN Y EMPLEO

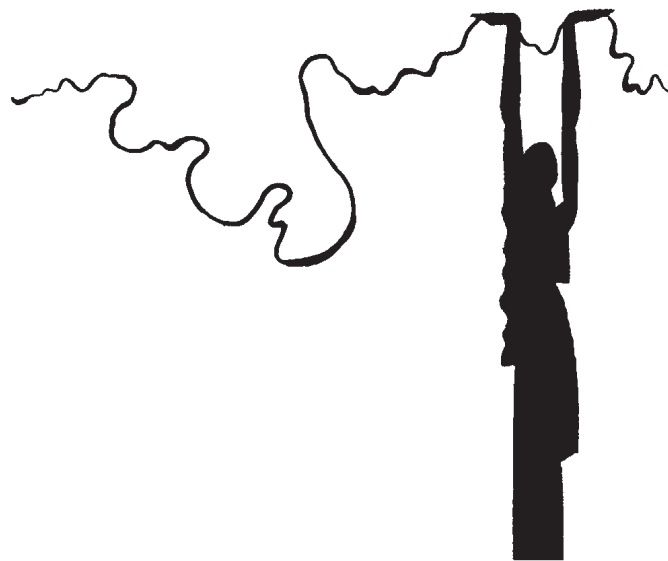
Cuadernos del Matemático se vende en las librerías:

Hiperión, Pasajes (Génova, 3) y La Central (Museo Reina Sofía) de Madrid, Demos de Getafe, Hydria de Salamanca y Alfonso de Benavente.

---

*Cuadernos del Matemático*  
*Revista Ilustrada de Creación*

www.cuadernosdelmatematico.es



*Getafe*  
*número 45*  
*Diciembre — 2010*

**Año XXII**

---

TIRADA: 2.000 ejemplares

P.V.P.: 10 €

Las opiniones vertidas en cada artículo de esta revista son responsabilidad exclusiva de su autor.  
La Redacción no mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos por la imposibilidad material de atenderlos a todos como se merecerían y garantiza, en su modestia, que todos los textos son inéditos excepto los que expresamente se señalen.  
Si envías alguna colaboración, hazlo en CD con copia en papel.

ILUSTRACIÓN / CUBIERTA: Vicente Sierra Puparelli	
FOTOGRAFÍAS: Vicente Sierra Puparelli	
EDITORIAL.....	3
EL PROCUSTO DE BAXTER (1904): Charles Waddell Chesnutt .....	5
PETRÓLEO, PETRÓLEO...: Gustav Meyrink.....	11
PAPELES DE ULTRAMAR: Francisco Plata.....	15
CIELO O INFIERNO: Fernando Álvarez Cruz.....	17
LA FÁBRICA: Jairo Zavala .....	20
GRISES AÑOS DE OPORTO: Álvaro Álvarez .....	21
VIDA Y MUERTE DE LEÓNIDAS OBLÓMOV: Rubén Caba .....	23
BODAS DE ORO O INVENCIÓN: Ezequías Blanco .....	25
CONTADME HOY TENED PRESENTE EL HAMBRE: M <sup>a</sup> Ángeles Maeso .....	28
EL CAUTIVO: F. Javier Paradinas Hurtado.....	29
LA CAMARERA DE PERPIGNAN: José Sabater de Montfort .....	31
RITORNO A ROMA: Ramón Dachs .....	34
LA MUERTE DE TOLSTOI: Pedro J. de la Peña .....	37
EL DON QUIJOTE JUDÍO Y EL FIEL DE AMOR: Antonio José Escudero .....	41

## Noticias De...:

Jesús Alcaide, Pablo Jiménez, José Antonio Sáez, Salomé Ortega, José Iván Suárez, Rebeca Álvarez Casal del Rey, Carlos Clementson Cerezo, Tirsca Caja, Cristina Matilla, Cristina Narea, Estrella Juárez, Alberto Guirao, Ana Isabel Trigo, Federico Monroy, José Antonio García García, Román Falquet, Daniel Oliva, Elkin Restrepo, Lucía Donadío, Eva Montero, Santiago Gómez Valverde, Antonio Gracia, Adela Corsino.....	43-90
--	-------

## Suplemento *Lavarquela*: ENTREVISTA A ANTONIO HERNÁNDEZ

UN POETA DEL SESENTA AL BORDE DE LOS SETENTA.

## Suplemento *Les Cressons Bleus*: MARC PENKA TRADUCCIÓN: TERRY BERNE Y ANTONIO SANTAMARÍA SOLÍS

NADINE LTAÏF TRADUCCIÓN: NELLY ROFFÉ

## Ensayos y Reseñas:

¿PARA QUÉ POETAS? (SEGÚN ZUBIRI): Manuel Pérez Cornejo.....	91
LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA: Antonio Gracia.....	97
AZAR Y NECESIDAD EN LA NARRATIVA DE JOSÉ LUIS SAMPEDRO: Manuel Quiroga Clérigo.....	101
LOS PASOS DE TORRENTE BALLESTER: José Luis Campal Fernández .....	110
LA NOVELA NEGRA QUE NOS CORRESPONDE: Ramón Pedregal Casanova.....	112
LA RAÍZ DEL CANTO: EL DIÁLOGO POÉTICO DE FRANCISCO CARO: Rafael Morales Barba .....	113
ANTONIO RODRÍGUEZ Y FRANCISCO CEJUDO EN ÁNFORA NOVA: Antonio Moreno Ayora.....	115
UNA CEJA DE ASOMBRO: Rafael Morales Barba .....	117
SIETE POEMAS Y DOS POEMÁTICAS: Joaquín Juan Penalva .....	119
LA LUZ DE LOS ENIGMAS: José Antonio Sáez.....	121
JORGE DE ARCO Y SU CASA DE LA MEMORIA: Yolanda Castaño .....	123
EN EL CENTENARIO DE LUIS ROSALES: LA CASA ENCENDIDA: LA LUZ EN LA OSCURIDAD: Pedro García Cueto .....	125
PALABRAS DE FUEGO (LA OBRA LITERARIA DE ACACIA UCETA): Jesús de la Peña.....	127
LA VIDA DE LEJOS: Juan Pedro Carrasco García .....	131



## Cuadernos del Matemático

### Revista Ilustrada de Creación

\*

DIRECCIÓN: Ezequías Blanco.  
 SUBDIRECCIÓN: Cristóbal J. López de la Manzanara y Matías Muñoz  
 REDACCIÓN: Gregorio López, Enrique Salgado, Dolores Espartero Luque, Carmelo Sisamón, Manolo Romero y Emilio Moute.  
 ASESORÍA JURÍDICA: Diego Mirallas  
 EDITA: I. E. S. Matemático Puig Adam. C/. Toledo, s/n. - 28900 GETAFE - Tel. 91 695 02 79.  
 REALIZACIÓN GRÁFICA: Xiana Color Gráfico. Teléf.: 91 696 65 47.



# Editorial

Escribir significa comunión cómplice entre la palabra y el escritor, lo ajeno y lo íntimo, un amor como el que nos define Lope en su soneto más célebre: *creer que un cielo en un infierno cabe, / dar la vida y el alma a un desengaño; / ¡Esto es amor! Quién lo probó lo sabe*. Quien prueba el veneno de la escritura, se arroja en él para toda la vida. El escritor ejerce su oficio para ser querido. El deseo de escribir es un acto de amor en toda regla con la sombra del egoísmo pesando sobre él. La creación es un acto amoroso en soledad con la obra. La obra está hecha de soledad, de una soledad hermosa, pues la soledad es hermosa si tienes a quién comunicarla como nos enuncia Bécquer. Escribir es el oficio más solitario del mundo. En los mismos términos se nos muestra Kafka cuando nos dice que todo lo que ha realizado es sólo un logro de la soledad. La ausencia se manifiesta con la esperanza de hacer bondad para después compartir. Desde la soledad, la obra está al resguardo de injerencias que contaminen.

Borges apuntó que la creación es una extensión secular de la imaginación y la memoria. El deseo de eternidad es el anhelo inconfesable de todo el que se cree creador, como son inconfesables las cartas de amor que por deseo se escriben en el aire. El leitmotiv que embauca al creador es el deseo. Aristóteles pensó que sólo hay una fuerza motriz y esa fuerza motriz es el deseo. Bertrand Russell, muchos siglos después, se expresa en los mismos términos y apostilla: “toda actividad humana está motivada por el deseo”. Escribir es una actividad humana que los profanos subliman, por tanto, una actividad desbordada por el deseo.

El amor es esclavo del deseo, por ello, si escribir es un acto de amor, es también una esclavitud a la que el autor se enfrenta todos los días. Producto del deseo en soledad y de muchos amores solitarios resultará igualmente esta nueva entrega de *Cuadernos del Matemático*.





Fotografia: Vicente Sierra Puparelli



# El Procusto de Baxter (1904)

Charles Waddell Chesnutt

Traducción: Victoria Pineda

El *Procusto* de Baxter es una de las publicaciones del Círculo Bodleiano. Componen el Círculo Bodleiano caballeros cultos interesados en los libros y en el coleccionismo bibliográfico. Su nombre se debe, como resulta a todas luces evidente, a la famosa biblioteca de dicho nombre. El Círculo no sólo llegó a ser un santuario para quienes en nuestra ciudad eran devotos de la buena encuadernación y las ediciones raras, sino que atrajo también visitas ocasionales de peregrinos procedentes de tierras lejanas. El Bodleiano ha agasajado a Mark Twain, a Joseph Jefferson y a otras celebridades literarias y teatrales. Posee una hermosa colección de recuerdos personales de autores distinguidos, en la que se encuentran, junto con otros objetos, un pisapapeles que perteneció a Goethe, un lapicero que usó Emerson, una carta autógrafa de Matthew Arnold y una astilla de un árbol talado por Mr. Gladstone. La biblioteca del Círculo contiene un buen número de libros raros, y entre ellos, una magnífica colección de volúmenes sobre ajedrez, juego del que varios de los socios son apasionados seguidores.

Sus actividades, sin embargo, no se limitan exclusivamente a los libros. Tenemos una sede estupenda, en cuyo adorno se ha ejercido una gran dosis de gusto y discernimiento. Hermosean el vestíbulo muchas pinturas de calidad, entre las que se cuentan los retratos de varios presidentes del Círculo. Después de los libros, quizá el rasgo más distintivo de la sociedad es nuestra colección de pipas. En un gran estante de la sala de fumar (en verdad un aposento superfluo, ya que está permitido fumar en todo el edificio) se expone un surtido de pipas tan completo como posiblemente no haya otro en el mundo civilizado. Y efectivamente es una regla no escrita del Círculo que nadie puede postular su candidatura de ingreso a menos que sea capaz de aportar una pipa de tipo distinto a los que ya conservamos, que se archiva junto con la solicitud y, en caso de que el aspi-

rante sea admitido, se deposita en la colección, si bien su titularidad es retenida por el propietario. Una vez al año, coincidiendo con el aniversario de la muerte de Sir Walter Raleigh, quien, como se recordará, fue el primero en llevar el tabaco a Inglaterra, se reúnen todos los socios del Círculo. Se proporciona abundante suministro de la mejor mezcla, y a las nueve en punto cada uno toma su pipa del estante, la llena de tabaco, y luego, todos, fumando frenéticamente, con el presidente a la cabeza, marchan en solemne procesión de una habitación a otra, en el piso de arriba y en el de abajo, recorriendo las instalaciones hasta que finalmente regresan a la sala de fumar. Después el presidente pronuncia un discurso y se convoca a cada socio para que diga unas palabras, bien sea a través de una cita o bien de un pensamiento, en alabanza de las virtudes de la nicotina. Una vez terminada la ceremonia, que se conoce humorísticamente como “la sacudida de las pipas”, las pipas se limpian con todo cuidado y se vuelven a colocar en el estante.

Sin embargo, como ya he dicho, la *raison d'être* del Círculo, y la característica sobre la que descansa su fama, es la colección de libros raros, y de ellos, los más interesantes son, con mucho, sus propias publicaciones. Incluso sus catálogos son obras de arte, publicados en ediciones numeradas y solicitados por bibliotecas y coleccionistas particulares. Ya en sus primeros tiempos el Círculo empezó a editar libros de manera esporádica. En ellos se hacía hincapié en las cualidades que hacen que un volumen adquiera valor a los ojos de los coleccionistas. De esas cualidades, la antigüedad no podía, por supuesto, ser conferida, pero en lo que se refiere a encuadernaciones refinadas y curiosas, a papeles de lino fabricados a mano, a bordes no desbarbados ni guillotados, a amplios márgenes y ediciones limitadas, el Círculo sí tenía capacidad de control. El contenido de los libros era, confesémoslo, asunto de menor consideración.

En un principio, el comité editorial pensó que sólo los productos más escogidos de la mente humana deberían seleccionarse para ser consagrados a los bellos volúmenes que emitiría el Círculo. La longitud de la obra era asunto de importancia: las cosas largas no eran compatibles con los márgenes anchos y la esbeltez elegante. Por ejemplo, sacamos el *Ancient Mariner* de Coleridge, un ensayo de Emerson y otro de Thoreau. Nuestro *Rubaiyat de Omar Jayyám* era la traducción de Heron-Allen del manuscrito original de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, que, aunque menos poética que la de Fitz-Gerald, no era tan común. Hace varios años empezamos a publicar las obras de nuestros propios miembros. El *Ensayo sobre las pipas* de Bascom obtuvo resultados encomiables. Se publicó en una edición limitada de cien ejemplares y, puesto que no había aparecido antes en ningún otro lugar y los derechos pertenecían al Círculo, era un volumen lo suficientemente raro como para ser valorado por esa razón. La segunda publicación de autores de la casa fue el *Procusto* de Baxter.

No he dicho que una o dos veces al año, en una reunión que se convoca previamente, el Bodleiano celebra una subasta. Los miembros del Círculo envían ejemplares que tienen repetidos o libros de los que por alguna razón quieren deshacerse, y éstos se subastan al mejor postor. En estas ventas, que convocan a una buena afluencia de asistentes, las publicaciones del Círculo han adquirido en los últimos tiempos un papel protagonista. Hace tres años, el ejemplar número tres del *Ensayo sobre las pipas* de Bascom se vendió por quince dólares, cuando el coste original de la edición había sido de un dólar y setenta y cinco centavos. Más tarde durante esa velada un ejemplar intonso de la misma obra aportó treinta dólares. En la siguiente subasta el precio del ejemplar desbarbado alcanzó los veinticinco dólares, mientras que el del ejemplar sin desbarbar se cerró en setenta y cinco. El Círculo siempre había apreciado el valor de los ejemplares intonsos, pero este respaldo financiero incrementó inmensamente su atractivo. La subida del *Ensayo sobre las pipas* trajo consigo un efecto contagioso sobre todas las publicaciones del Círculo. El ensayo de Emerson ascendió de tres dólares a diecisiete, y el de Thoreau, al tratarse de un autor menos leído y, según confesión propia, sin éxito comercial, obtuvo una cifra algo más alta. Estando las cotizaciones así de infladas, no se permitió que bajasen de manera apreciable: puesto que cada socio del Círculo poseía una o más de estas valiosas ediciones, todos tenían un interés manifiesto en que los precios se mantuvieran elevados. Sin embargo, la publicación que tocó las sumas superiores y la

que, si se piensa fríamente, podría haber dado al traste con todo el sistema, fue el *Procusto* de Baxter.

Baxter era posiblemente el miembro más erudito del Círculo. Graduado de Harvard, había viajado por todas partes, había leído una buena porción, y, aunque como coleccionista no era tan entusiasta como algunos de nosotros, atesoraba una biblioteca privada igual de buena que la que pudiera poseer en nuestra capital cualquier hombre de su edad. Tendría unos treinta y cinco años cuando ingresó en el Círculo, y, al parecer, alguna amarga experiencia, alguna decepción en el campo del amor o en el de la ambición, había dejado huella en su personalidad. De cabello rubio y rizado, complexión clara y ojos grises, uno esperaría encontrar en él un carácter cordial, tendente a la prolijidad en el lenguaje. Pero aunque mostraba destellos de humor ocasionales, su comportamiento habitual se caracterizaba por un leve cinismo, que, junto con una filosofía lúgubre y pesimista, tan extraña al temperamento que debería acompañar a su tipo físico, podía sólo explicarse sobre la hipótesis de algún secreto pesar, tales como los que he sugerido. De qué se trataba era algo que nadie sabía. Baxter poseía medios y posición social, y era un hombre desacostumbradamente apuesto. El hecho de que permaneciera soltero a los treinta y cinco años ayudó a reforzar la teoría del desengaño amoroso, pero los varios amigos íntimos que tenía en el Círculo fueron incapaces de verificarlo.

A mí se me había pasado por la cabeza la vaga idea de que quizá Baxter era un autor fracasado. Que era poeta lo sabíamos muy bien, puesto que de cuando en cuando habían circulado entre nosotros algunas copias mecanografiadas de sus versos. Pero él había expresado siempre tal desprecio por la literatura moderna, había hablado siempre con una lástima tan desmedida por los esclavos de la pluma, que dependían del capricho de un público sin discernimiento para ser reconocidos y ganarse el sustento, que nunca ninguno de nosotros sospechó que tuviera aspiraciones de publicar, hasta que, como he dicho, un día se me ocurrió que la actitud de Baxter con respecto a la publicación podía contemplarse a la luz del efecto tanto como a la de la causa: que era igual de probable que su desdén de la publicidad pudiera provenir de no haberla podido obtener, como que el hecho de no haber publicado jamás pudiera deberse a un menosprecio preconcebido de la vulgar popularidad que uno debe compartir con el pugilista o el aeróstata del momento.

La idea de publicar el *Procusto* no surgió de él, justo es reconocerlo. Pero él había hablado con varios de los compañeros sobre el tema de su composición, de modo que la creencia de que Baxter se traía entre manos algo de calidad había cundido profusamente entre los socios.



De vez en cuando leía breves pasajes a una camarilla de amigos en la sala de estar o en la biblioteca (nunca más de diez versos de una vez, y nunca a más de cinco personas al tiempo), y estos fragmentos nos dieron al menos a algunos una idea bastante aproximada del motivo y el alcance del poema. Lo que yo, por ejemplo, saqué en conclusión fue que iba muy en la línea de la filosofía de Baxter. La sociedad era como Procusto, el bandido griego de la antigüedad, que agarraba a cada hombre nacido en el mundo y por todos los medios intentaba que se ajustase a algún parámetro preconcebido, generalmente aquél para el que estaba menos preparado. El mundo estaba lleno de hombres y mujeres que eran sólo clavijas cuadradas dentro de agujeros redondos y viceversa. La mayoría de los matrimonios eran desgraciados porque las partes contrayentes no habían sido emparejadas de manera apropiada. La religión era principalmente superstición; la ciencia, en su mayor parte palabrería; la educación popular, únicamente un medio de forzar a los estúpidos y reprimir a los inteligentes, de forma que toda la juventud de la generación futura acabaría conformándose al mismo nivel torpe y muerto de la mediocridad democrática. Pronto la vida sería tan monótonamente uniforme y tan uniformemente monótona que apenas merecería la pena ser vivida.

Creo que fue Smith el primero en sugerir que el Círculo publicara el *Procusto* de Baxter. El propio poeta no manifestó demasiado entusiasmo cuando se abordó el asunto, hizo algunas objeciones durante unos momentos y protestó que el poema no era digno de publicación. Pero al recomendarse que la edición se limitara a cincuenta ejemplares, aceptó considerar la propuesta. Y al opinar yo, teniendo en mente mi teoría secreta sobre el fracaso de Baxter como autor, que al menos la edición estaría en manos de amigos, que sería difícil que un crítico hostil se hiciera con un ejemplar, y que si el libro no cosechaba éxitos desde el punto de vista literario, el alcance del fracaso se limitaría al tamaño de la edición, Baxter quedó visiblemente impresionado. De modo que cuando el comité literario decidió por fin solicitar formalmente a Baxter el privilegio de publicar su *Procusto*, éste consintió, aunque con evidente renuencia, a condición de que él mismo supervisara la impresión, encuadernación y entrega de los libros, y limitando su compromiso a facilitar con antelación el manuscrito al comité y a tener en cuenta las opiniones de dicho comité sobre la fabricación del volumen.

El manuscrito fue debidamente presentado. Baxter había expresado su deseo de que el poema no se leyese en voz alta en una reunión del Círculo, como era costumbre, ya que deseaba entregarlo al mundo vestido con

ropajes adecuados, pero el comité fue todavía más lejos. Puesto que sus miembros confiaban por completo en el gusto y la erudición de Baxter, se abstuvieron con gran delicadeza incluso de leer el manuscrito, contentándose con la declaración del autor acerca de la materia general del poema y de los temas que ésta englobaba. Los detalles de la fabricación del libro, sin embargo, se consideraron en todas sus menudencias. El papel tenía que ser de lino hecho a mano en la fábrica de Kelmscott; el tipo, gótico con iniciales rubricadas. La cubierta, que fue seleccionada por el propio Baxter, sería de tafilete verde oscuro, con los bordes, incrustados en rojo, haciendo un diseño de gorros y cascabeles de bufón; y las guardas, de tafilete granate repujado. Se autorizó a Baxter a contratar con el impresor y a supervisar la publicación. La edición completa de cincuenta ejemplares numerados se subastaría por adelantado al mejor postor; cada comprador podría adquirir sólo un ejemplar; las ganancias se destinarían a pagar la impresión y encuadernación; el resto, si es que quedaba algo, iría a parar a las arcas del Círculo; y Baxter recibiría como remuneración un ejemplar. Baxter se sintió inclinado a protestar esta última decisión, sobre la base de que su ejemplar probablemente valdría más de lo que importarían los derechos de autor sobre la edición al acostumbrado diez por ciento, pero finalmente se le convenció de que aceptara el ejemplar de autor.

Mientras el *Procusto* se hallaba en fase de consideración, alguien leyó en una de nuestras reuniones la nota de una revista que decía que un ejemplar sellado de una nueva traducción de los *Sonetos* de Campanella, publicados por el Círculo Grolier, se había vendido por trescientos dólares. Esto causó una profunda sensación entre los socios. Era una idea novedosa: resultaba que una obra nueva podía ser preservada en una especie de *sancta sanctorum* que, si el coleccionista así lo deseaba, la consagrara para siempre y la mantendría a salvo de la profanación de miradas vulgares o ignorantes. El dueño de tal tesoro podría disfrutarlo con los ojos de la imaginación, gozando a la vez de la exaltación de tener a su alcance lo que para otros era inasequible. El comité literario quedó tan impresionado con esta idea que se la presentaron a Baxter en relación al *Procusto*. Al no oponer éste ninguna objeción, se instruyó a los suscriptores que deseaban recibir su ejemplar sellado, que se lo notificaran al autor. Yo envié mi solicitud. Después de todo, un buen libro era una inversión, y si había alguna manera de aumentar su rareza, y por ende su valor, de muy buena gana estaba yo dispuesto a sacar partido de ello.

Cuando el *Procusto* estuvo listo para la distribución, cada suscriptor recibió por correo su ejemplar metido en una primorosa caja de cartón. Los volúmenes venían

envueltos con un papel delgado y transparente, pero de gran resistencia, a través del cual se veían con claridad el diseño de la cubierta y los repujados. El número del ejemplar iba escrito en el envoltorio, cuyos pliegues se habían asegurado firmemente en cada extremo con lacre, sellado, como garantía de inviolabilidad, con el monograma del Círculo.

En la siguiente reunión del Bodleiano se habló mucho del *Procusto*, y todos unánimemente estuvieron de acuerdo en que se trataba de la muestra más acabada que el Círculo había alcanzado jamás en lo que a la fabricación de libros se refiere. Una curiosa coincidencia hizo que ninguno de los presentes tuviese a mano su ejemplar, y los dos del Círculo todavía no habían llegado del encuadernador, quien, según informó Baxter, los había retenido para darles unos últimos toques especiales. Se decidió, a propuesta de un socio que no se había suscrito al volumen, que se formara un comité de tres personas para reseñar el *Procusto* en la siguiente reunión literaria. Me cupo la dudosa suerte de ser designado como uno de los miembros de dicho comité.

Para cumplir con mi deber, se imponía, por supuesto, que leyera el *Procusto*. Muy probablemente yo habría desbarbado mi ejemplar a tal propósito, de no haber sido porque una de las subastas del Círculo se interpuso entre mi nombramiento y la fecha establecida para el debate en torno a la obra. En la subasta se expuso para la venta un ejemplar del libro, todavía sellado, que fue adquirido por un no suscriptor por la inaudita suma de ciento cincuenta dólares. En vista de ello, una ponderación adecuada de mis propios intereses me impidió echar a perder mi ejemplar abriéndolo, y por consiguiente me vi obligado a obtener información sobre el poema a través de otras fuentes. Como no tenía ningún deseo de que me tomaran por un miserable, no mencioné mi ejemplar y no hice intentos de que me prestasen otro. Pero sí le indiqué a Baxter de manera informal que me gustaría echarle un vistazo a sus galeradas, ya que tenía la intención de citar en mi reseña pasajes extensos del poema y prefería no confiarle mi ejemplar a un dactilógrafo. Baxter me aseguró, con grandes pruebas de pesar, que había considerado que las galeradas eran tan insignificantes que las había arrojado al fuego. Encontré la indiferencia de Baxter hacia los valores literarios una pizca forzada. Las galeradas de *Hamlet*, corregidas de la mano del propio Shakespeare, casi no tendrían precio.

En la siguiente reunión observé que Thompson y Davis, que formaban conmigo el comité para la reseña, sacaron muy pronto el tema del *Procusto* mientras conversábamos en la sala de fumar. Daba la impresión de que estaban ansiosos por conocer las opiniones

de los otros socios acerca de la obra. Especulé con la teoría de que cualquier reseña se valora más o menos dependiendo de hasta qué punto refleje la opinión de aquéllos a quienes se dirige. Por supuesto, supuse que tanto Thompson como Davis habían leído el libro (eran suscriptores), y yo ardía en deseos de conocer su punto de vista.

- ¿Qué piensan ustedes –pregunté– del pasaje en que trata de los Sistemas Sociales?

He olvidado mencionar que el poema era en verso blanco, y estaba dividido en partes, cada una de ellas con su correspondiente título.

- Bueno –contestó Davis, con lo que yo tomé por una cierta cautela–, no es exactamente spenceriano, aunque contiene algunos guiños a las opiniones spencerianas, con una ligera desviación hacia el hegelianismo. Yo lo consideraría una fusión armoniosa de las mejores ideas de todos los filósofos modernos, con un fuerte sabor baxteriano.

- Sí –dijo Thompson–, el encanto del capítulo estriba precisamente en esa cualidad. El estilo es una emanación del propio intelecto de Baxter: él se ha escrito a sí mismo en el poema. Conociendo a Baxter, podemos apreciar el libro, y después de haber leído el libro, sentimos que llegamos mucho más íntimamente a Baxter, al Baxter auténtico.

Baxter, que había entrado en la sala durante el curso de este coloquio, estaba ahora de pie junto a la chimenea, fumando una pipa. No sabía decir si la ligera sonrisa que adornaba su rostro era una prueba de placer o de cinismo, pero desde luego era baxteriana, y yo ya había aprendido que no siempre debían deducirse de la expresión facial de Baxter sus opiniones sobre cualquier cosa. Por ejemplo, cuando el hijo tullido del portero del Círculo murió, Baxter comentó, creo yo que de manera un poco insensible, que no cabía duda de que el pobre diablo estaba mucho mejor muerto y que el portero había sido aliviado de una pesada carga. Pero sólo una semana más tarde el portero me dijo en confianza que Baxter le había pagado una operación muy cara, llevada a cabo con la esperanza de prolongar la vida del chiquillo. Por lo tanto, no saqué conclusiones sobre su enigmática sonrisa. Baxter salió de la habitación en este punto, con cierto alivio por mi parte.

- A propósito, Jones –dijo Davis, dirigiéndose a mí–, ¿le convencen las opiniones de Baxter sobre la Degeneración?

Como yo ya había escuchado al autor expresarse sobre la general tendencia al declive de la civilización moderna, sentí que pisaba terreno firme al comentar sus puntos de vista de una manera amplia y general.

- Creo –respondí- que esas opiniones están en armonía con las de Schopenhauer, aunque sin su amargura, y con las de Nordau, pero sin su ligereza. El materialismo de Baxter es el de Haeckel, presentado con un no sé qué del encanto de Omar Jayyám.

- Sí –asintió Davis-, responde a la tenaz demanda de nuestros días, la insatisfacción por un optimismo injustificado, y da voz al coraje de la filosofía humana que se enfrenta a lo desconocido.

Me sonaba vagamente haber leído algo similar en alguna parte, pero se ha escrito tanto que uno ya casi no puede discutir un asunto de importancia sin tomar prestados de vez en cuando los pensamientos o las palabras de otros de manera inconsciente. La cita, como la imitación, es un grado superior de la adulación.

- El *Procusto* –dijo Thompson, a quien se le había adjudicado la reseña métrica- está expresado en versos sonoros, de melodía y encanto evocadores, y tan interrelacionados entre sí que se hace difícil citar sólo algunos sin desmerecer al autor. Para ser apreciado, el poema debe leerse entero. Eso es lo que voy a decir en mi reseña. ¿Y usted qué dirá de la estampación? –concluyó, dirigiéndose a mí, pues a mí me tocaba comentar las excelencias técnicas del volumen desde un punto de vista experto-.

- La composición –respondí en tono judicial- es digna de tal joya. La cubierta verde oscuro, elaboradamente repujada, la letrería inglesa antigua, el grueso papel de lino, señalan a ésta como a una de nuestras más selectas publicaciones. Los tipos son, por supuesto, los mejores de De Vinne: no hay nada igual en esta orilla del Atlántico. El texto es un hermoso y esbelto arroyuelo que serpea graciosamente a través de las amplias llanuras de los márgenes.

Tuve que ausentarme de la sala un minuto. Al salir al pasillo casi me tropecé con Baxter, que se hallaba cerca de la puerta, de pie frente a un grabado de caza de carácter cómico que colgaba de la pared, y sonreía con una expresión de inmensa complacencia.

- ¡Qué escena tan ridícula! –observó-. ¡Mire al viejo escudero gordo con el cazador alto! ¡Apuesto lo que quiera a que no será capaz de saltar la primera valla!

Fue un buen farol, pero a mí no me engañó. Debajo de su máscara de indiferencia, Baxter estaba deseando saber lo que pensábamos de su poema y se había apostado en el pasillo para poder oír nuestra conversación sin que su presencia nos resultara violenta. Había camuflado su deleite por nuestra valoración del poema bajo este simulado interés en el grabado venatorio.

La noche de la reseña del *Procusto* acudió una nutrida concurrencia de socios, y además, varios invitados,

entre los cuales se hallaba un joven inglés, primo de uno de los miembros, que visitaba por primera vez los Estados Unidos: algunos lo habíamos conocido en otros círculos recreativos y también en sociedad, y pensábamos que era un muchacho muy alegre, con una juvenil exuberancia de espíritu y una ignorancia ingenua sobre todo lo americano, que hacía que sus opiniones resultaran refrescantes y, en ocasiones, hasta divertidas.

Los ensayos críticos recibieron aprobación, si bien fueron considerados algo imprecisos. A Baxter se le reconoció una habilidad poética de alto orden.

- Nuestro hermano Baxter –dijo Thomson- debería dejar de enterrar sus talentos. Esta joya pertenece por supuesto al Círculo, pero el mismo cerebro del que emanó esta exquisitez puede producir otras que inspiren y cautiven a quienes sepan apreciarlas.

- Las perspectivas sobre la vida que presenta el autor –dijo Davis-, tal como se expresan en estos hermosos versos, nos ayudarán a preparar nuestros hombros para la pesada carga de la existencia, haciendo que caigamos en la cuenta de esas profundas verdades de la filosofía que encuentran esperanza en la desesperación y placer en el dolor. Cuando estemos que sea conveniente entregar al mundo de forma más completa los pensamientos que nos han sido concedidos a través de este aperitivo, esperemos que un pequeño rayo de la fama del autor llegue al Bodleiano, a quien nunca se le privará del orgullo y el privilegio de decir que lo contó entre sus miembros.

Más adelante, yo señalé las bellezas del volumen como ejemplo de confección de libros. Conocía, por conversaciones con el comité editorial, el estilo de los caracteres y las rúbricas, y había podido ver la cubierta a través del envoltorio de mi ejemplar sellado. El tafi-lete verde oscuro –dije, para resumir- representaba las serias opiniones del autor sobre la vida, como algo que debe ser soportado con la mayor paciencia posible. El borde de gorros y cascabeles figuraba las farsas con que el optimista pretendía engañarse en la creencia de que la vida era algo deseable. El minucioso repujado de las guardas tipificaba el ciego destino, que nos deja ignorantes de nuestro futuro y nuestro pasado e incluso de lo que el presente puede depararnos. El tipo gótico, con iniciales rubricadas, denotaba un pesimismo filosófico iluminado por la convicción de que en el deber uno puede encontrar, después de todo, una excusa para la vida y una esperanza para la humanidad. Si se aplicaba esta prueba al Círculo, esta obra, de la que podría decirse que encarnaba todo lo que el Bodleiano significa, era por sí misma suficiente para justificar la existencia del Círculo. Si el Bodleiano no hubiera hecho nada más, si no

hiciera nada más de aquí en adelante, había producido ya una obra maestra.

Sobre la mesa que estaba a mi lado había un ejemplar sellado del *Procusto*, que pertenecía, según creo, a un miembro del comité. Durante mi disertación, yo había tomado el ejemplar y lo había sostenido en mis manos un momento, para hacer hincapié en uno de mis períodos, pero lo había soltado inmediatamente. Noté, al sentarme, que el joven Hankin, nuestro visitante inglés, que se hallaba al otro lado de la mesa, había agarrado el volumen y lo estaba examinando con interés. Una vez se hubo leído la última reseña y se hubieron apagado los generosos aplausos, se oyeron gritos reclamando a Baxter.

- ¡Baxter! ¡Baxter! ¡Que hable! ¡Que hable!

Baxter había estado sentado en un rincón durante la lectura de las reseñas y había logrado ocultar sorprendentemente bien, según me pareció, bajo su máscara de cínica indiferencia, el júbilo que, yo estaba seguro, debía sentir. Pero este estallido de entusiasmo fue demasiado, incluso para él, y se hizo evidente que luchaba con una fuerte emoción cuando se levantó para hablar.

- Caballeros y camaradas del Bodleiano, es para mí un placer sin afectación..., un placer sincero..., algún día puede que sepan cuán grande es ese placer..., ahora no me atrevo a decirlo..., ver el evidente cuidado con que el comité ha leído mis pobres versos, y la simpatía receptiva con que mis amigos han penetrado en mis opiniones sobre la vida y la conducta. Les doy las gracias una y otra vez, y cuando digo que estoy demasiado emocionado para poder pronunciar palabra... les ruego que me disculpen por no decir nada más.

Tomó asiento. Los aplausos habían comenzado de nuevo cuando fueron interrumpidos por una súbita exclamación.

- ¡Por Júpiter! –gritó nuestro visitante inglés, que seguía sentado al otro lado de la mesa-, ¡qué libro tan extraordinario!

Todo el mundo se reunió alrededor de él.

- Miren –clamó, sosteniendo en alto el volumen-, han hablado ustedes tanto del pajolero libro que quise ver cómo era, así que desaté el lazo y corté las páginas con un abrecartas que había ahí, y encontré... encontré que no hay una sola línea dentro, ¿saben ustedes?

Una absoluta consternación siguió a este anuncio, que se reveló más que cierto. Todo el mundo supo instintivamente, sin más averiguaciones, que el Círculo se había vendido de mala manera. En la confusión que siguió, Baxter pudo escapar, pero más tarde fue visitado

por un comité, al que ofreció la pobre excusa de que él siempre había considerado los libros intonsos y sellados una bobería, y que sólo tenía curiosidad por ver hasta dónde podía llegar la cosa, y que el resultado había justificado su creencia de que un libro sin nada dentro era tan útil para un coleccionista como otro que contuviera la obra de un genio. Se ofreció a pagar todas las cuentas del *Procusto* falso o a reemplazar los ejemplares en blanco con la obra de verdad, como quisiéramos. Por supuesto, tras tamaño insulto, el Círculo no quería tener nada que ver con el poema. Sin embargo, se le permitió pagar los gastos y se le insinuó bien a las claras que su dimisión como socio sería favorablemente considerada. Él no la presentó, pero, como poco después se marchó a Europa, hubo tiempo de que el asunto cayera en el olvido.

Con la primera indignación por la hipocresía de Baxter, la mayoría de nosotros desbarbamos nuestros ejemplares del *Procusto*, algunos se los enviaron al autor con notas hirientes y otros los arrojaron al fuego. Unos cuantos espíritus más sabios conservaron sus libros. Cuando se supo tal cosa, los verdaderos coleccionistas que había entre nosotros empezaron a caer en la cuenta de que el volumen constituía algo único en el campo de la edición.

- Baxter –dijo nuestro presidente a un selecto grupo de socios que nos habíamos reunido alrededor de la chimenea- fue más listo de lo que podemos imaginarnos, y quizá más de lo que él mismo sabía. Su *Procusto*, desde el punto de vista del coleccionista, guarda una lógica perfecta y puede ser considerado como el cénit de la fabricación de libros: para el verdadero coleccionista, un libro es una obra de arte, y su contenido importa tanto como la letra en una ópera; una buena encuadernación es el no va más, y, por lo que costó, la del *Procusto* no puede ser rebasada; el papel supera cualquier crítica; el coleccionista auténtico ama los márgenes anchos, y el *Procusto*, siendo todo margen, toca apenas el punto de fuga de la perspectiva; cuanto más pequeña la edición, mayor el afán del coleccionista por conseguir un ejemplar: no quedan sino seis ejemplares intonsos del *Procusto*, según me dicen, y tres ejemplares sellados, de uno de los cuales soy afortunado propietario.

Después de tal alocución, no es de extrañar que en la siguiente subasta se vendiese un ejemplar del *Procusto*, tras una animada puja, por el precio de doscientos cincuenta dólares, la más alta cifra que un volumen publicado por el Círculo haya alcanzado jamás.

**Charles Waddell Chesnutt**  
Traducción: **Victoria Pineda**



# Petróleo, Petróleo...

Gustav Meyrink<sup>1</sup>

Traducción: Manuel Pérez Cornejo

*A fin de asegurarme la prioridad de esta profecía, hago constar que el presente relato fue escrito en 1903.*

Era viernes, al mediodía, cuando el Dr. Kunibald Jessegrim vertió lentamente la solución de estricnina en el arroyo. Un pez muerto apareció en la superficie, panza arriba.

“Así de muerto estarías tú ahora”, se dijo a sí mismo Jessegrim, mientras se estiraba, contento de haber arrojado lejos de sí la idea de suicidarse, junto con el veneno.

Tres veces se había enfrentado a lo largo de su vida cara a cara con la muerte, y cada vez lo había retenido un oscuro presentimiento de que aún estaba llamado a hacer grandes cosas. El deseo de alcanzar una venganza total, salvaje, le había encadenado siempre de nuevo a la existencia.

La primera vez que quiso poner fin a su vida fue cuando le robaron su invento; luego, años más tarde, cuando le echaron del trabajo porque no cejaba en su empeño de perseguir y desenmascarar al ladrón que se lo había robado; y ahora, porque... porque...

Kunibald Jessegrim gimió sordamente, al sentir como se reavivaba un profundo sufrimiento en su interior.

Todo lo que le era querido y alguna vez había amado, había desaparecido. Y sólo el ciego, mezquino e inmotivado odio de una multitud, enardecida por eslóganes, yalzada contra cualquier cosa que fuese diferente, le había forzado a esto.

¡La de cosas que pudo haber hecho, inventado y propuesto! Pero nada más comenzar, tuvo que pararse, viendo cómo se alzaba ante él el “muro chino”, formado por el filantrópico rebaño de los amantes del hombre, y del típico: “Sí, pero...”

“¡El azote de Dios! ¡Eso es! ¡Oh, Señor todopoderoso! ¡Déjame ser un destructor, un Atila!” - Un acceso de rabia se propagó por el corazón de Jessegrim.

El líder timur, Gengis Khan, que cayó desde Asia y asoló los campos de Europa con sus hordas mogolas; los jefes vándalos, que sólo encontraron reposo tras arruinar las obras de arte romanas...: Todos ellos eran de su especie: hermanos indomables y fuertes, nacidos en un nido de águilas.

Un enorme e ilimitado amor hacia estas criaturas del dios Shiva se despertó en su interior. Sintió que los espíritus de estos muertos estarían con él...; y como una exhalación, una forma de ser completamente diferente tomó posesión de su cuerpo.

Si se hubiese podido ver en ese instante en un espejo, el milagro de la Transfiguración habría dejado de serlo: Así de rápida y profundamente se precipitan los oscuros poderes de la naturaleza en la sangre del hombre.

El Dr. Jessegrim poseía profundos conocimientos de química, de manera que no le resultó difícil abrirse paso. Un hombre como él se las arregla bien en América; de manera que pronto ganó dinero, haciéndose incluso rico.

Se había establecido en Tampico, en México, y valiéndose del floreciente comercio con la mescalina, una nueva droga, empleada como narcótico y anestésico, cuya preparación química conocía, ganó millones. Muchas millas cuadradas de plantaciones de los alrededores de Tampico eran suyas, y la enorme riqueza de los pozos petrolíferos prometía aumentar de forma incalculable su fortuna.

Pero no era esto lo que anhelaba su corazón.

Llegó Año Nuevo.

“Mañana será 1 de enero de 1951, y los criollos tendrán una nueva ocasión de emborracharse durante tres días y bailar el fandango.” – pensó el Dr. Jessegrim, mirando desde su balcón al mar sereno.

“Y en Europa no será mejor. En esta época es cuando aparecen en Austria los diarios, con el doble de páginas y cuatro veces más tontos: El Año Nuevo pintado como un niño; calendarios refrescantes con mujeres de fantasía y cornucopias; maravillas estadísticas, como que el jueves, a las 11 horas, 35 minutos y 16 segundos del mediodía habrían pasado exactamente 9 millones de segundos desde que el descubridor de la contabilidad cerró los ojos para alcanzar un bien merecido descanso eterno, etc., etc.”

El Dr. Jessegrim permaneció sentado aún un buen rato, con los ojos fijos en el mar inmóvil, que brillaba de un modo singular a la luz de las estrellas.

Hasta que el reloj dio las doce: ¡Medianoche!

Sacó su reloj y le dio cuerda, hasta que sus dedos sintieron la resistencia de la corona. Sin embargo, lo presionó despacio, cada vez más fuerte... hasta que un pequeño crujido indicó que el resorte se había roto. El reloj se paró.

Jessegrim se rió sarcásticamente: “Así, así es como os voy a romper el resorte, queridos...”

Una terrible explosión sacudió la ciudad. Venía de lejos, del Sur, y los barcos creyeron que el origen del fenómeno se situaba en las cercanías de la gran península, aproximadamente entre Tampico y Veracruz. Nadie había visto el resplandor de la deflagración, ni tampoco los faros dieron señal alguna. ¿Truenos ahora? ¿Y con un cielo completamente despejado? ¡Imposible! Debía haber sido un terremoto.

Todos se santiguaron; sólo los taberneros maldijeron con rabia, pues todos los clientes salieron corriendo de las tabernas, dirigiéndose a las colinas de la ciudad, donde contaban historias siniestras.

El Dr. Jessegrim ni se enteró de todo esto; se había retirado a su estudio y canturreaba algo así como: “Adiós Tirol, patria mía...”

Estaba de un humor excelente; sacó un mapa del cajón, hizo un círculo en él con el compás, y lo comparó con su libreta de notas, alegrándose de que todo estuviese en orden: La zona con petróleo se extendía hasta Omaha, quizás aún más al norte; esto era indudable; y él sabía que los campos petrolíferos debían formar enormes lagos subterráneos, tan grandes como la Bahía de Hudson.

Lo sabía, había contado con ello... a lo largo de doce años.

En su opinión, todo México se alzaba sobre enormes cavernas en el interior de la tierra, que en gran parte, al menos en la medida en que se encontraban llenas de petróleo, estaban mutuamente conectadas.

La tarea de su vida había sido entonces hacer saltar uno tras otro los espacios que las separaban...; y a lo largo de los años -¡ja costa de un montón de dinero!- había ocupado en ello a multitud de trabajadores.

En esto se había gastado muchos de los millones que había ganado comerciando con la mescalina.

Pues si alguna vez hubiese tenido éxito en encontrar un pozo petrolífero, todo se habría perdido. El gobierno, oponiéndose, como siempre, le habría incautado los explosivos.

Esta noche debían caer los últimos muros, entre el mar y la península, y más al norte, junto a San Luis de Potosí. La explosión estaría controlada automáticamente.

El Dr. Kunibald Jessegrim se metió en el bolsillo el par de billetes de mil dólares que aún le quedaban, y se dirigió a la estación del tren. A las cuatro de la mañana salía el rápido hacia Nueva York: ya nada le retenía en México.

Ciertamente que acababa de aparecer en todos los periódicos un telegrama expedido por todas las ciudades costeras del Golfo de México con las abreviaturas del Código-Cable internacional: “*Ephraim Kalbsniere Beerenschleim*”; lo que, traducido, quería decir, aproximadamente: “*La superficie marina cubierta totalmente de petróleo. Causa desconocida. Todo apesta a lo largo y ancho del mar. El Gobernador del Estado.*”

A los yanquis esto les interesó enormemente, porque sin duda el suceso causaría una poderosa impresión en la Bolsa y en la cotización del petróleo, ¡y la circulación del capital es la mitad de la vida!; los banqueros de Wall Street, interpelados por el Gobierno, para saber si este acontecimiento produciría una bajada o subida de los precios, se encogieron de hombros y rechazaron pronunciarse, hasta que no se conociesen bien las causas del fenómeno; algo muy sabio, pues si en Bolsa se hace lo contrario de lo que la razón manda, se puede ganar mucho dinero.

En el ánimo de los europeos la noticia no produjo ningún impacto especial: en primer lugar, estaban protegidos por aduanas; y en segundo lugar, se estaban redactando nuevas leyes, que planificaban introducir la llamada “conscripción de voluntarios por tres años”, medida que unida a la supresión del nombre propio de los varones, debía hacer los ánimos más aptos para el servicio militar, promoviendo el patriotismo.

Entretanto, el petróleo fluía sin problemas, tal como había calculado el Dr. Jessegrim, desde las cavernas

subterráneas de México, derramándose por el mar, y formando una película opalescente, que se extendía más y más, impulsada por la Corriente del Golfo, de manera que aparentemente pronto llegaría a recubrir toda la superficie del océano.

Las costas quedaron desiertas, y la población se retiró al interior. ¡Una lástima para unas ciudades, antes tan florecientes!

Además, la visión del mar era estremecedoramente más bella: una superficie sin límites, que centelleaba y rutilaba con todos los colores: rojo, verde y violeta... y luego profunda, profundamente negra, como una fantasía procedente de un fabuloso mundo estelar.

El líquido aceitoso era más espeso de lo que solía ser el petróleo, y al entrar en contacto con el agua salada del mar, no sufría otro cambio que la pérdida progresiva de su color.

Los sabios creían que una investigación precisa de las causas de este fenómeno sería de gran valor científico; y puesto que la fama del Dr. Jessegrim –al menos como práctico y conocedor de los pozos de petróleo mexicanos– estaba extendida por el país, no dudaron en pedirle también su opinión. Y esta fue breve y concluyente, aun cuando no abordaba el tema en el sentido que se esperaba: “Según mis cálculos, si el petróleo sigue fluyendo al ritmo actual, todos los océanos estarán cubiertos por él en unas 27 o 29 semanas, de manera que ya no lloverá nunca más, puesto que el agua no podrá evaporarse; y, en el mejor de los casos, lloverá solamente petróleo.”

Esta frívola profecía generó una tormenta de desaprobaciones; pero fue ganando verosimilitud día a día, y como el flujo invisible no se agotaba, sino que, al contrario, parecían aumentar extraordinariamente, un estremecimiento de pánico recorrió toda la Humanidad.

Periódicamente podían leerse nuevos informes de los observatorios astronómicos de América y Europa –incluidos los observatorios de Praga–, que hasta entonces siempre habían fotografiado la luna, haciéndose eco de los nuevos y maravillosos fenómenos.

En el Viejo Continente ya nadie habló de los nuevos proyectos militares, y el padre del proyecto de ley, ocupado en una disputa por el poder, el Mayor Dresel Ritter von Glubinger ab Zinski auf Trottelgrün, cayó completamente en el olvido.

Como siempre sucede en tiempos de confusión, cuando las señales del desastre aparecieron en el cielo, surgieron las voces de esos espíritus agitadores, nunca contentos con lo que hay, que se atrevieron a tocar instituciones antiguas y honorables: “¡Acabemos con el ejército, que se come todo nuestro dinero, hasta el último céntimo! Es mejor que construyáis máquinas, que inventéis medios eficaces para salvar del petróleo a la Humanidad desesperada.” “Pero no podemos hacer eso, advirtieron otros prudentemente: ¡No se puede privar de su medio de vida a tantos millones de hombres!”

“¿Cómo que dejarlos sin medio de vida? Sólo se necesita licenciar a las tropas; cada uno de ellos ha aprendido algo, aunque sea el trabajo más fácil.” – fue la respuesta.

“Bueno, las tropas, ¡vale!... ¿Pero que hacemos con los oficiales?”

La verdad es que era un argumento de peso.

Durante mucho tiempo, las opiniones fluctuaron de un lado a otro, y ningún partido alcanzó la victoria, hasta que llegó un mensaje en cable codificado de Nueva York: “*Stachenschwein pfundweise Bauchfellentzündung Amerika*”, que traducido quería decir: “*La marea negra sube y sube. Situación extremadamente peligrosa. Telegrafiadnos inmediatamente si el hedor es tan insoportable ahí como entre nosotros. Un cordial saludo. América.*”

¡Fue la gota que colmó el vaso!

Un agitador popular y fascinante, un salvaje fanático, se alzó, poderoso como un acantilado ante la marea, y aguijoneó al pueblo con la fuerza de su oratoria a cometer los actos más impensables.

“Dejaos de niñerías y licenciad a los soldados; haced que los oficiales sirvan por una vez para algo; démosles nuevos uniformes, si eso les hace felices –si es por mí, de color verde rana, con manchas rojas–; pero mandadles a la orilla del mar a recoger el petróleo con papel secante, para meterlo en bidones, mientras la Humanidad piensa cómo controlar esta terrible desgracia.”

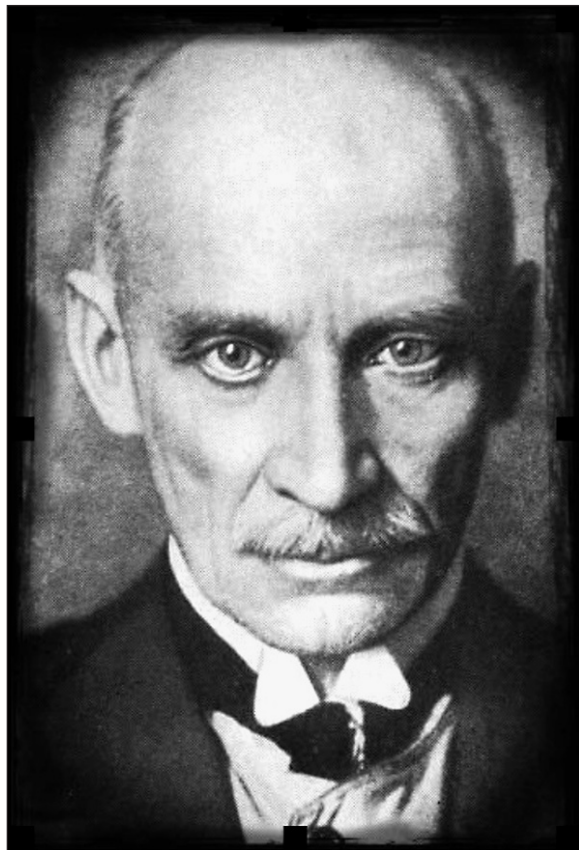
La multitud asintió con júbilo.

La idea de que estas medidas no podrían tener ningún efecto y que sería mejor luchar contra la marea negra con medios químicos, no encontraron eco alguno.

“Ya lo sabemos... Todo eso lo sabemos.” –dijeron-. Pero entonces, ¿qué hacemos con los oficiales que sobran, eh?

**Gustav Meyrink**

Traducción: **Manuel Pérez Cornejo**



1. Gustav Meyer nació en Viena el 19 de enero de 1868. Hijo natural de Marie Meyer, actriz de la corte del teatro de Munich, y de Carl Freiherr von Varnbühler, ministro de Estado, estudió en la Academia Comercial de Praga, ciudad que lo marcaría para siempre. A los veinte años ingresó como empleado en el Banco Morgenstern, pero una acusación de fraude arruinó su carrera financiera, al tiempo que lo libraba de una profesión que consideraba detestable. Se dedicó entonces a la literatura, primero como traductor -sobre todo de Dickens-, y luego como escritor de relatos fantásticos y satíricos, entre los que cabe destacar *El soldado ardiente* (1903), *Orquídeas* (1904) y *El museo de cera* (1908).

A los 24 años intentó suicidarse, pero abandonó la idea cuando vio que alguien desconocido introducía por debajo de su puerta un folleto titulado *La vida postrera*. Asombrado por esta coincidencia, Meyer se interesó por el esoterismo, que siempre juega un papel importante en sus obras, entre las que destaca *El Golem* (1915), ambientada en el *ghetto* judío de Praga, ciudad en la que frecuentó la logia teosófica “La estrella azul”. Gracias al éxito de esta novela, Meyer pudo adquirir una pequeña propiedad cercana al lago de Starnberg, en Baviera, donde se dedicó con intensidad al estudio del ocultismo y la parapsicología. Explorando los archivos de su familia, descubre que desciende en línea directa de un oficial bávaro de nombre MEYRINK, cuyo nombre adopta de inmediato, pasando a ser desde 1917 su apellido legal, por decreto del rey de Baviera. A partir de 1916 y hasta 1932, año de su muerte, no cesa de publicar: *El rostro verde* (1916), *La noche de Walpurgis* (1917), *El dominico blanco* (1921), *La muerte violeta* (1922), *En el umbral del más allá* (1923) y *Cuentos de un alquimista* (1925), obras todas en las que se combinan elementos folklóricos, la alquimia, la cábala, las religiones orientales y la masonería, envueltos en un ambiente onírico, en el que se confunden fantasía y realidad.

Para Meyrink –quien inducido por su amigo Alfred Kubin, autor del clásico *La otra parte* (1909), abandonó el protestantismo para abrazar el budismo mahayana-, el estado normal de existencia del hombre no iniciado es el sueño, mientras que el iniciado es alguien que ha conectado con la fuente última del ser, y, por tanto, está despierto. Este despertar, propiciado por el Dios que habita en nuestro interior, es lo que Meyrink llama “el segundo nacimiento”, para el cual es imprescindible superar las polaridades y escisiones de la realidad (expresadas a través de la pareja de opuestos “masculino” – “femenino”), y así acceder a la trascendencia.

En *El cuerno mágico del burgués alemán*, recopilación de textos aparecida en 1913, aparece el profético relato *Petróleo, petróleo...*, cuyo contenido, tan inquietantemente actual, merecía sin duda traducirse al castellano.





# Papeles de Ultramar

## Niágara, todavía un milagro

Francisco Plata

Son apenas dos horas de viaje; una cómoda autopista en línea recta orlada de inmensos árboles en sus primeros ocres y dorados. De vez en cuando, la espesura da paso a visiones fugaces: una granja con su peculiar tejado cuadrangular y sus paredes rojas, un pequeño lago semioculto por los juncos, una suave colina tapizada de verde sin señal alguna de presencia humana. Escuadras de patos perfectamente alineados surcan el cielo límpido, casi violeta de tan azul, de un octubre espléndido. Cuesta asumir que estas idílicas estampas campestres pertenezcan al mismo estado en el que se asienta, poderosa y terrible, hechicera y repulsiva, la ciudad de Nueva York. Como si más allá de los límites de la gran urbe no cupiera más que seguir reproduciendo el insaciable empeño humano de la colonización, como si este milagro de la naturaleza, tan peligrosamente cercano al monstruo, no fuera posible. Pero sí, es una maravillosa realidad que se extiende al norte del estado de Nueva York, entre Rochester, a orillas del lago Ontario, y Búfalo, asentada junto al Erie. De aquí es sólo media hora más hasta Niágara, nuestro destino hoy, aunque ya sin granjas, lagos y colinas, reemplazados nuevamente por nudos de autopistas, edificios y centros comerciales.

Es mediodía cuando llegamos al Rainbow Bridge, puente del arco iris, frontera entre los Estados Unidos y Canadá. La fila de coches avanza con ordenada lentitud. El puente se eleva al lado mismo de las cataratas, sobre el río Niágara, aunque las barreras de protección impiden verlas desde el vehículo. Los pocos peatones que cruzan sí parecen estar disfrutando de una vista soberbia, cámara en mano. Nosotros contemplamos, al menos, la formidable masa de bruma producida por el salto de agua y que se eleva varios cientos de

metros. Y se escucha, sobre todo, el rumor de la caída; un rumor hondo, grave, interminable. De pronto, llega una llovizna súbita, absurda en un cielo despejado. Hay que subir rápidamente las ventanillas. Son ráfagas de bruma empujadas por el viento. Al cabo de unos segundos, vemos con asombro, nítido y majestuoso junto al puente, un enorme arco iris.

La entrada a Canadá es un sencillo trámite. Mostramos los pasaportes y respondemos a las preguntas rutinarias, cansadas en su misma formulación: sí, primera vez en Canadá, las cataratas, regresamos mañana, casa en Rochester. Ni tres minutos. Qué contraste, recordamos, con la frontera mexicana en El Paso y Ciudad Juárez, con sus puentes populosos, saturados de coches y olor a gasolina, abarrotados de gente que cruzaba y descruzaba y que caminaba incluso entre los vehículos, vendiendo artesanías, frutas, cuadros de la virgen de Guadalupe, golosinas. Hasta el río era diferente: con sus dos nombres (río Bravo para unos, Rio Grande River para otros), diezmado por las continuas desviaciones de su caudal, con desoladas márgenes de hormigón, con pintadas —del lado mexicano— pidiendo fin al imperialismo yanqui y denunciando los crímenes de mujeres, entre representaciones del Che Guevara y del águila sobre el nopal. Ir a México era entrar en otro país: el tráfico endiablado, el ruido, la gente en las calles. Canadá, sin embargo, parece una prolongación de Estados Unidos, un estado más de la Unión. La misma fisonomía, las mismas calles trazadas a la cuadrícula, sin un alma, sólo coches —circulando, eso sí, a kilómetros por hora en lugar de millas—.

Conducimos por River Road en busca del hotel, siguiendo el curso del Niágara pero en dirección opuesta a las cataratas. Según nos alejamos nos urge apre-

mante el afán de verlas y empezamos a creer que su resistencia a ser admiradas es parte de algún misterioso rito canadiense de iniciación con el que poner a prueba el estoicismo de los visitantes. En el vestíbulo del hotel nos come la impaciencia mientras esperamos a que se registre primero todo un grupo de turistas de agencia. Se distinguen conversaciones en francés, en árabe y en japonés. La única que parece hablar inglés es la recepcionista, que, sin perder la sonrisa, trata de mantener el orden. Siempre el orden. Dejamos finalmente las cosas en la habitación y abrigamos a los niños. Aunque el cielo sigue despejado, la temperatura es apenas de 2 grados, y aún bajará más cuando se vaya el sol.

Aparcar no es tarea fácil. Damos vueltas hasta que, milagroso, aparece un hueco, entre matrículas de Ontario, de Pensilvania, de Québec, de Illinois e incluso de California. Salimos apresurados del coche. No hace falta preguntar para orientarse: la bruma y el rumor del agua nos guían. Estamos cerca. Aceleramos el paso. Hasta que por fin, premiados nuestra paciencia y nuestro afán, se nos muestran, imponentes, las cataratas. Primero son las American Falls, cataratas americanas, así llamadas porque caen del lado estadounidense, con esa apropiación tan llamativa del término America que tienen los anglosajones, como si el mismo Canadá y toda Latinoamérica no fueran parte de América. En realidad son dos cascadas lo que tenemos enfrente, según precisan las páginas de nuestra guía de viaje. Junto a las “americanas” cae otra, más pequeña, conocida como Bridal Veil, velo de novia. La guía aclara que la (poco) ingeniosa metáfora alude a todo ese populoso turismo matrimonial que ha convertido a Niágara en “capital mundial de la luna de miel”. Permanecemos absortos un buen rato, imantados por la cascada, no muy alta, aunque sí ancha y, sobre todo, poderosa. Pero hay que seguir. El sol está cayendo, y con él la temperatura, y queda todavía por ver la otra catarata, la más grande de las tres. Horseshoe Falls le llaman, herradura de caballo, por el semicírculo que forma, cerrando el conjunto.

Recorremos el paseo-mirador que se extiende a lo largo del río, populoso como un parque español en

mañana de domingo. El rumor hondo de las cataratas nos acompaña incansable y apremiante. Nos detenemos cada tanto a contemplar, a fotografiar, a comentar detalles, tratando de no mirar los hoteles de veinte o treinta plantas que se alzan a nuestras espaldas y entre los que sobresalen, como hongos monstruosos, un par de torres de observación sobre las que se estarán asomando algunos de los más de doce millones de visitantes que recibe la ciudad anualmente. El sonido del agua ha ido creciendo hasta sobreponerse sobre todos los demás ruidos. De vez en cuando cae una de esas lloviznas, que nos hacen reír y arrebujarnos en nuestros abrigos. El suelo está mojado, permanentemente mojado. La catarata está ahí al lado, distinguimos el soberbio caudal: más de dos millones y medio de litros por segundo. Aún así, lo que vemos es sólo la mitad del volumen de agua del río; el resto se desvía mediante túneles para producir energía, empeños humanos por atrapar, por sacar provecho de esta fuente de riqueza. La muchedumbre se agolpa sobre cierto punto y, de modo casi automático, atraídos por la masa, nos dirigimos allá. ¿Qué estarán mirando? Nos metemos y nos quedamos mudos de sorpresa. Estamos al borde mismo de la catarata, a menos de un metro, con la sensación de que se puede tocar. Sentimos un hechizo fatal, y no somos los únicos, según anota la guía, no sin cierta morbosidad: desde que en 1829 Sam Patch saltara —y sobreviviera—, el afán por tirarse o atravesar las cataratas llegó a un punto en el que las autoridades se vieron obligadas a dictar una ley considerando “ilegales” tales prácticas.

Y entonces ocurre el milagro. Poco a poco dejan de existir la gente, los hoteles, las torres. Sólo es el río y la cascada. Piensas en todos los segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, lustros, décadas, siglos, milenios de agua cayendo sin cesar. Te das cuenta de que este prodigio de la naturaleza sigue perdurando, pese a todo. A pesar incluso de nosotros, los turistas.

*Rochester (Nueva York), diciembre de 2009*

**Francisco Plata**





# Cielo o Infierno

Fernando Álvarez Cruz

Aquel día era el señalado por la providencia para que dejara la tierra y me dirigiera al lugar en el que, una vez extraída mi nota media de comportamiento como ser humano, la superioridad me había asignado ya una plaza en el sitio donde me correspondía seguir viviendo en calidad de muerto. Según me iba elevando de la superficie terrestre, me crucé y fui esquivando a varios ovnis, satélites artificiales, chatarra espacial y una estación interplanetaria además de algunos aerolitos, lo que me hizo pensar que el firmamento estaba tan poblado como la tierra que acababa de abandonar para siempre. –Vaya, me dije, hay bastante tráfico y además muy peligroso, pues aquí nadie respeta los límites de velocidad. ¡Qué barbaridad, qué animales! Así no hay quien llegue incólume al fin del viaje, voy a morir por segunda vez!

Yo no sabía cuál era esa meta, mi destino, pero el enigma desapareció en seguida, pues de pronto, al atravesar una espesa nube negra como el azabache, me encontré sentado junto a miles de personas que escuchaban arrobados un concierto en el que el director de la orquesta era Juan Sebastián Bach; el solista de piano Beethoven; y entre los profesores del conjunto se distinguían los rostros de muchos afamados compositores: Haendel, Haydn, Mozart, Schubert, Brahms, Schumann...; sí, todos ellos bien muertos, pero tenían cara de estar disfrutando enormemente con la ejecución de la pieza que estaban tocando, que creo era la entrada de los Dioses en el Walhalla, del wagneriano Oro del Rin, quizá como detalle de bienvenida hacia mí, o puede que como demostración de lo que se trabajaba allí en el infierno, porque, por fin lo supe, yo había sido seleccionado para permanecer en él eternamente, en el terrible infierno a donde van a sufrir todos los desalmados y los ímpíos.

Comenté al guía que me acompañaba: -Pero si Juan Sebastián Bach era un místico, y siempre estaba con el nombre de Dios en la boca, ¿cómo es posible que esté aquí en el infierno?

– No creas, todo era puro disimulo. Al final descubrimos que era un lascivo, y aquellas noches que parecía que escribía partituras a la luz de una vela, practicaba el arte de la fuga y se acostaba con su cuñada, la hermana de Ana Magdalena. Y lo pasaba en grande el muy pillo. Fíjate, por ejemplo, en la significativa letra que le puso a una de sus muchas canciones:

“Si tu corazón me entregas,  
hazlo en secreto,  
que nadie descubrir pueda  
tu pensamiento.  
Nuestro amor siempre ha de ser  
amor secreto.  
Así, pues, no dejes ver  
un gran contento.  
No exijas una mirada  
a este mi amor,  
que es la envidia muy malvada  
con nuestra unión”.

Ése era el viejo Bach cuando era joven. ¡Cómo disfrutaba con los placeres terrenales! pues tenía el clavicémbalo bien templado; y las tocatas ¡vaya usted a saber a quién se las hacía!

-De Haendel, ¿que me dices desfavorable de él? que escribió el Mesías.

- Sí, sí, mucho Mesías y muchos oratorios a los apóstoles, pero en el fondo hacía política con los reyes de Inglaterra, era un libertino, y se pasaba el día encamado con las mujeres de la nobleza hasta el punto de que tuvo que componer su música acuática para apagar el fuego de la pasión que le abrasaba como unos fuegos de artificio. Y sus famosas cantatas eran serenatas, juergas que se corría por la noche con sus amigos; era tan falso como dicen que era Judas Macabeo, y eso es pecado mortal.

-Pero Papá Haydn también era un buen creyente, y dedicó infinidad de sus mejores obras a ensalzar la grandeza de la creación del Señor.

-Ya, pero la condesa de Esterhazy tuvo dos gemelos que se parecían tanto a él como dos gotas de agua. El conde, que tenía un buen conformar, lo dejó sin vacaciones un año, pero eso había que castigarlo desde estas alturas; así se hizo y tuvo que dar sus adioses al cielo a donde aspiraba a llegar el muy tunante, y además compuso su cuarteto Emperador para que Hitler más tarde convirtiera uno de sus movimientos en el solemne himno del nefasto Tercer Reich. Sólo por ese hecho debiera haber sido juzgado en la tierra por apología de la violencia y el terrorismo, pero aquí no entramos en eso.

- De Mozart, que era un genial mozalbeta risueño e ingenuo, no me podrás decir nada malo, pues quiso mucho a Constanza, su mujer, a su papá Leopoldo y a su hermana Nannerl; tuvo muchos amigos y ayudó a todo el que pudo. Y, además, ¡vaya música que compuso, vaya inspiración! Es imposible que el autor de tanta belleza pudiese merecer el infierno.

- Naturalmente que pudo: era muy procaz, siempre estaba cometiendo pecadillos, se reía en las barbas de su mismísimo emperador, se tiraba pedos y manoseaba a sus amigas por debajo de las mesas de palacio. Pero además hizo algo imperdonable: ingresó en la masonería y durante el tiempo que en ella estuvo compuso maravillosas partituras que ahí han quedado como homenaje a esa nefanda institución. ¿Y en qué crees que pensaba cuando escribió El rapto en el Serrallo o tanto divertimento...?

- No sé, no sé, me quedan dudas.

- Claro, claro, y por eso, entre otras muchas cosas que me callo por prudencia, está en el infierno.

-¿Y de Beethoven, qué? ¿Qué me dices que justifique su presencia aquí? Ese hombre inmortal que ha llenado el mundo de las más sublimes melodías y jamás se comió una rosca, pues todos sus amores con Bettina Brentano, Giulietta Giucciardi o Teresa Brunswick eran platónicos o inventados por su calenturienta y prodigiosa imaginación.

- No creas: Para Elisa no sólo era una bagatela suya, sino que a la tal Elisa se la quería beneficiar, siendo ella casada. Un caso claro de adulterio mental, que como sabes está penado. Además era un borrachín y muy tacaño, pues el dinero que prestaba a su sobrino Carlos se lo tenía que devolver con intereses de usura. Ya él barruntaba que iba a caer por aquí cuando para la letra de Schiller compuso la novena sinfonía, donde en sus coros se habla tanto de los millones de ocupantes del Elíseo, que era una sección subterránea del infierno.

- Bueno, bueno, pues si te pones así ya no te pregunto por los demás genios que he visto aquí, porque todos conocemos las miserias humanas y algo malo siempre se les puede encontrar que justifiquen su eterno castigo en este terrible infierno. Fíjate por ejemplo en Vivaldi al que llamaban el cura rojo; por algo sería.

Una voz me susurró al oído: - Pronto estás aprendiendo el funcionamiento del averno. Esto que has presenciado es para que te vayas acostumbrando a sufrir, porque ya irás viendo que la vida aquí es extremadamente dura. Mañana, por ejemplo, te vamos a llevar a dar una vuelta por los paisajes más exóticos de las islas de los mares del sur, para que desde lo alto contemples la depravación de esa gente que vive medio desnuda, sin pudor, todos formando una gran familia en la que se cruzan unos con otros y se quedan tan anchos. Otro día te llevaremos a conocer los entresijos del mundo del cine y del teatro, para que veas la calaña de los que allí trabajan creando mundos artificiales que engañan a los desprevenidos mortales, haciéndoles concebir ideas disparatadas que les sumergen en el imperio del mal y les aparta de la realidad, lo que les impide realizar sus piadosos deberes. Te mostraremos por dentro los equivocados pensamientos de los grandes genios de la literatura y de las artes en general; harás un viaje a través de su cerebro donde están grabados sus pensamientos más notables para que compruebes hasta qué punto la vanidad y la soberbia los conduce a su destrucción.

Al término de esa conversación me crucé con Leonardo da Vinci que con cara de estar pasándolo bomba iba dando un paseo montado en una de sus máquinas voladoras, y también coincidí y saludé a Galileo que, divertido, iba canturreando "Eppur si muove, eppur si muove".

En una verde pradera por donde fluía un rumoroso río, varias muchachas jugaban, se reían y retozaban. El ambiente era realmente atractivo, divino diría yo si no fuese porque estábamos en el infierno. Allí distinguí a Ava Gardner, Ingrid Bergman, Joan Fontaine, Alida Valli, Vivien Leigh, Jean Simmons, Teresa Wright, Rita Hayworth, Grace Kelly, Audrey Hepburn. Jennifer Jones, Kim Novak, Marilyn Monroe... Me hicieron señas para que me acercara, pero yo había ya sido aleccionado y sabía que su trato podía ser pecaminoso; pensé en Eva y su manzana y rehusé hacerlo, al menos tan pronto; me daba apuro y miedo que me pudieran prescribir una condena aún mayor.

-¡Basta, basta!, todo esto es insoportable, dije astutamente. Una persona como yo no va a poder resistir tanto sufrimiento, aunque ¿qué digo? si he sido traído aquí por vosotros, si yo no tengo opinión, sólo debo

acatar lo que se me indique que haga. Continúa, continúa...

-Ya que te estás volviendo razonable, al final te vamos a llevar a que conozcas el cielo, lo que es otra dura prueba a la que te sometemos por el tremendo contraste que vas a encontrar.

Y en efecto, me llevaron. Un día nos arrojanos de nuevo al espacio; sorteamos de nuevo latas, tornillos y trozos de antenas que flotaban en el aire, y al traspasar una purísima nube blanca como un merengue nos encontramos inmersos en el cielo. Un gran cartel nos daba la bienvenida con estas hermosas palabras:

“Bienvenidos al cielo. Aquí no hay culos, ni tetas, ni sexo, ni avaricia, ni lujuria ni ningún pecado que todos los que llegáis aquí conocéis porque os han tentado con ellos para cometerlos. Nosotros somos puros. Sed bienvenidos y poneos a trabajar inmediatamente para ganaros el pan con el sudor de vuestra frente, como Dios y la Santa Madre Iglesia mandan”

¡Qué delicia! Aquello estaba lleno de brigadas de hombres sin culo que sin embargo no protestaban por su falta, ya que no producían detritus humanos y así se ahorran el trabajo de barrerlo. En un gran corrillo, provistos de picos y palas que manejaban con gran soltura, reconocí perfectamente a Francisco Franco, Adolfo Hitler, Benito Mussolini, Augusto Pinochet, Rafael Leónidas Trujillo, Anastasio Somoza, Videla, Viola, Galtieri, Suharto, Pol-Pot, Idi Amín Dadá, Bocassa, Leopoldo II de Bélgica, Mobutu Sese Seko, Atila, Gengis Khan y otros próceres cuyo nombre no recuerdo.

Cada uno tenía la noble misión de construir tantas casas como personas habían hecho matar durante su mandato terrenal, y si aflojaban en su trabajo continuo se les derrumbaba lo construido y tenían que volver a iniciar la tarea. No sudaban porque eran santos o beatos, y esas especies están exentas de semejantes características humanas; pero sus rostros reflejaban una absoluta contrariedad disimulada, quizá producto del

arrepentimiento por los asesinatos cometidos durante su gloriosa etapa en la que eran los dueños y verdugos de sus respectivos países y ciudadanos.

En un cartel más pequeño pude leer: “Próxima aparición: en breve plazo está prevista la llegada de nuestros queridos y piadosos hermanos George W. Bush, Tony Blair y José María Aznar, entre otros grandes merecedores de la Gloria, del premio eterno, cuyos nombres se irán dando a conocer, pues para nuestra dicha nunca faltan seres así”.

Eran en el cielo muy aficionados a las pancartas, así, en otra, pude leer este mensaje: “Los purpurados, cardenales y obispos de la Conferencia Episcopal española y otros mercenarios adjuntos, tienen lógicamente su lugar reservado en el cielo y ya les tenemos asignado trabajo para que no se aburran: Cuando lleguen se encargarán de la megafonía y de nuestra emisora Cope, que significa “CObramos Por Ensuciar”, aunque otros sostienen que significa: el Cielo Qs Puede Echar.

Me bastaron aquellas escenas contempladas más el texto de los carteles para no querer seguir viendo el atractivo y las bondades que ofrecía el cielo, y como forma de salir de allí despavorido y volver de nuevo al inclemente infierno, sentí unos minutos de pena por aquellos hombres que trabajarían sin parar toda una eternidad. Ese detalle de bonhomía, de la lástima, la piedad sentida por el implacable destino de tan conocidos prohombres, todos ellos ex-padres de sus patrias respectivas, hizo que el Dios supremo decidiera enviarme otra vez como castigo al Erebo, donde transcurriría el resto de mi vida futura de forma tan penosa.

Y no me invitaron a visitar el Limbo porque acababa de ser demolido. ¡Con las ganas que yo tenía de ver la cara que tendrían tantos niños y bobalicones engañados durante siglos con su existencia!

**Fernando Álvarez Cruz**





# La Fábrica

**Jairo Zavala**

Como reflejo de vidas por construir, de historias soñadas.  
De objetos imposibles hechos en sus entrañas.  
De cuentos antiguos que surgen de boca del abuelo,  
que dice cosas que tu esperas, que están inacabadas,  
que no tienen Fin,  
porque las cadenas de montaje se alimentan de inventores prolíficos.

Todo esto pasa en una noche de verano, con la ventana abierta,  
para sentir la brisa que da tregua al calor y ayuda a conciliar el sueño,  
en el que siempre me sumerjo para ver la luz.



# Grises años de Oporto

Álvaro Álvarez

Desde lo alto contemplo los riachuelos de asfalto y piedra que bajan hasta la orilla del Duero. Son calles estrechas que no dejan entrever casi nada desde lejos. Varios gatos cruzan por debajo de los coches, con la idea de seguir mirando sin ser vistos, creando con sus grandes ojos nuevos caminos; quizá sean conscientes de los míos.

Me apetece sentarme a mi lado y me descubro como alguien tumbado en su ataúd. Se acercan a susurrarme al oído, pero yo soy incapaz de articular palabra. Está ausente, repiten. Me deslizo entre sus silencios, me quedo mudo, sin gestos; no sé en qué pensar. Tendido, abandonado sobre la hierba también se piensa. Ahora repiten mil y una veces mis palabras, quizá para que mi vanidad se acerque a su intención de estar a mi lado. Es cierto, la telepatía dirige sus diálogos. Acierto cuando se cubren la cara en mi presencia, sin embargo soy yo quien debería representar lo que significa esta sombra, sombra de años de ausencia.

Por los caminos que escogí, raramente encontré una grieta profunda que me impidiera continuar. Grandes saltos hacia el infinito; mi sueño siempre fue el de un gran pájaro herido. Los héroes no tienen alas, pero es algo que logran después de morir. Paciencia es el recorrido de mi destreza. Por cada medalla ganada también hemos enterrado las botas con las que perdimos unas cuantas carreras. Fue divertida mi serenidad, al menos para quien me vio hace tres años. ¿Hacia dónde quieres viajar en estos momentos? ¿Viajar? ¿No he viajado lo suficiente? En realidad he hecho bastantes concesiones (lo verás si lees mis diarios) sobre los movimientos que me impiden seguir adelante. Desgraciadamente, sólo los engaños que uno teje sobre sí mismo crucifican las intenciones que tiene a largo plazo. Decidí deshacerme de mis secretos compartiéndolos. Ahora tengo que esforzarme en repetir que no quemarán la esperanza de volver a conseguirlos. Conocí a quien me vendía el periódico, pero ha sido imposible comunicarme con

quien se cruza a mi lado todos los días. En torno a mí danzan las ciudades, a veces se detienen, las pierdo de vista. Los mapas ya no son un resorte para lanzarme a nuevas conquistas. Venga, riámonos por última vez. No he sido nunca tan canalla como he creído ser ni tan ávido como me han pintado. En una buhardilla escogía a los acompañantes: eran cuadros. Llevo un montón de años poniendo los ojos en mis ojos, sí, en mis propios retratos. Tengo la mejor colección de autorretratos extraños que nadie podría conseguir. Ahora que lo pienso tengo uno sin ojos. Normalmente siempre comienzo por los ojos; no recuerdo qué ocurrió aquella tarde. Sin ojos, un retrato sin ojos. Creo que lo pinté con una vieja pintura de madera. Lo tracé encima de un cartón ondulado y así parece más enigmático, pues se pueden apreciar todas esas ondas que hacían más difícil ponerle ojos a mi cara. Nunca lo he pensado tanto como ahora, pero aquel dibujo quedó sin vista y cuando lo miro es uno de mis mejores símbolos, un gran silencio. Si no transmitimos nada cuando rociamos a las personas con nuestros ojos, nada puede hacer pensar que están invitados, traicionados u olvidados. Sigo en horizontal, escribiendo desde Oporto, la primera carta a ciegas que recuerdo. Mis sueños los transcribo fuera de mí. En el origen de mi viaje los sentimientos me arrastraban a la luz, hoy he de anotar en mi cuaderno la muerte de dos amigos; así que procuro pensar lo menos posible en ello. Pienso poco en los vivos, pero en absoluto en los muertos. Tendré una larga vida si dejo de observar con los ojos y me limito a sonreír siempre, de manera sincera. Continué acariciando a una gata atigrada que se ovilla. Mientras gira sobre sí misma, deja de mirarme, pero su confianza es tal que no necesita prestarme atención. Sé que, aunque tuviera un león sobre mi regazo, la sensación sería la misma; sin embargo, no acierto a imaginar a la muchedumbre prodigándose tanto con sus semejantes. Sonrío, voy a comenzar con las carcajadas. Si cualquier cosa que se piensa está tan

ligada a las emociones, ¿cómo va a comprender alguien lo que escribo; cómo va a inquietarse un ciego si para responder debe tocar lo que tiene delante; cómo se olvida el pasado si sólo tenemos un perpetuo presente que no conduce a ningún lugar...? Ahora río.

En Oporto casi todos me parecen mudos; cabrían en un sinfín de cuentos grises. Un mendigo me agradeció que el sol fuera parte de aquel día, pero no le comprendí. Sí, el que sonrío, me dijo, ahuyenta lo oscuro de su alma. Pronto comenzó a llover. Apenas unos minutos y volvió de nuevo un día limpio y agradecido. Fui culpable del intervalo, lo reconozco: ¿Por qué me extrañaría tanto que aquel portugués supiera sobre la vida lo que

yo jamás pensé? Recuerdo a una profesora de arte, una mujer estúpida y soberbia, que creía que lo mundano, lo que detestamos por estar lejos del bienestar, no debía ser tenido en cuenta. ¡Qué fatal error el de esa *distinguida dama!*, pues hoy veo que ella misma formará parte de su presuntuosa apreciación cada vez que yo me acueste en cualquier calle de Oporto, cada vez que me asome desde el puente de hierro Luis I y contemple el río Duero, cada vez que vea unos ojos abordándome, preguntándome, intentando reconocer qué esconde mi sonrisa si nuevamente el cielo se torna oscuro y llueve, llueve...

**Álvaro Álvarez**







# Vida y muerte de Leónidas Oblómov

Rubén Caba

Más que un amigo, ha sido un querido miembro de nuestra familia, un pariente enigmático que nos hizo el favor de soportar nuestras caricias, las mías y las de Eloísa, para que no se nos empozara la ternura. Lo elegimos entre cuatro de una camada nacida el 31 de enero de 1993, porque era el único que, indiferente a su entorno, apenas se despegaba de la madre. Leónidas Oblómov, Leo en la intimidad, llegó a nuestra casa con un mes de vida y, como aquel día estábamos leyendo en Heródoto las hazañas de Leónidas, el rey de Esparta que había contenido al ejército de Jerjes en el paso de las Termópilas, el aire tímido y lastimero del cachorro nos sugirió la broma de ponerle el nombre del héroe lacedemonio. Y años después, al cuajar su naturaleza soñadora y abúlica, le dimos, ya con propiedad, el apellido del personaje creado por Goncharov.

Con propiedad y sin justicia, pues el carácter de Leo no se agotaba en sus afinidades con Oblómov: desidia, retraimiento y apego a los ensueños horizontales. De pequeño, le intrigaba cualquier sombra repentina. Tras aventurar una mano sobre ella y olisquearla, se alejaba temeroso de aquel fenómeno intangible e inodoro. Observador minucioso de lo inmediato, Leo investigó con sus dos lupas doradas hasta el último rincón de la vivienda. Pero ni un paso más allá, porque también en asustadizo le ganaba a Oblómov. El rellano de la escalera era un territorio minado del que se retiraba en cuanto oía voces o ruidos que imaginaba hostiles.

A la intemperie, sólo exploró la gran terraza del apartamento que alquilábamos en Almuñécar o el pequeño jardín del chalé que nos dejaban en Rincón de la Victoria donde solíamos pasar varias semanas de septiembre. Y eso, cegado por la pasión cinegética de capturar una libélula o una salamandra. Si decidía asomarse a un balcón del piso de Madrid, permanecía oteando pájaros el brevísimo tiempo que tardaba en pasar un coche por la calle. Ya en el declinar de su vida, todavía se sobresaltaba al oír el timbre de la puerta y

se escondía bajo la mesa camilla cuando entraba un desconocido. Y en los últimos años se le acentuó una cualidad que Lao-Tse atribuía a los sabios: caminaba con el paso cauteloso de quien teme un peligro omnipresente.

Arropado en un piloso mapamundi de color canela entre mares de blancura, acostumbraba a elevar sus desdenes a un estado de nirvana ronroneante que preludiaba un sueño intemporal. Por lo común, nos ignoraba su arrogancia de criatura bella, limpia, ágil, solitaria. Cuando alcanzaba esas cotas de altivez, no había quién le tosiera, literalmente. Apenas se nos escapaba un carraspeo, nos lo reprochaba con dos o tres maullidos tajantes y desaparecía de la habitación. Pero si lo abatía la enfermedad o la melancolía, retraído a su inocencia edénica nos veneraba como a dioses. Y le concedíamos imposiciones de mano en la postrada cabeza para no defraudar sus esperanzas milagreras. Nos angustiaba ver sufrir a un ser tan desvalido, sórdida crueldad que conlleva el despliegue de la vida.

Empleaba un variado lenguaje de gestos, ademanes y maullidos. En los movimientos del rabo se traslucían sus estados de ánimo: placidez, osadía, temor. Las posturas de las orejas registraban sus pensamientos: recuerdos, dudas, intenciones. Y en los ojos confluían sus emociones: lo novedoso o incomprendible los redondeaba; la indignación y el rencor les daba forma de almendra; la gratitud y el cariño los entornaba. Como los miembros de otras especies, se comunicaba a través de la voz incluso en sueños. Jalonaba las pesadillas de maullidos que parecían lamentos con sordina. Pero su expresión más enigmática, casi metafísica, la reservaba para las primeras horas de la mañana, después de beber, desayunar y evacuar el vientre. Si entonces, cuando estaba pensativo y con la vista arriada, le decíamos “Leo, ¿qué tal?”, nos respondía con un maullido largo y quejumbroso que podría traducirse por “¿Y ahora qué hacemos?”.

Aunque estaba castrado, tropelía imperdonable, conservaba un resto de lascivia que descargaba de tarde en tarde sobre sus juguetes de peluche. Los primeros que tuvo, ratones con ruedecillas, se escurrían hacia adelante cada vez que los montaba. Se acoplaba mejor con Carlota, una tortuga de su mismo tamaño y sin pies deslizantes, a la que dedicaba apasionados maullidos antes de lamerle una oreja o de morderla en el cuello. Pero era incapaz de seducir a Carlota en presencia de alguien. Si lo sorprendíamos en pleno idilio, nos miraba mohíno, como avergonzado, y se alejaba de ella. Pudor inexplicable porque nadie le reprendió jamás por sus refriegas eróticas.

Tras varios días de haber sido tratado con delicadeza por una veterinaria de alma seráfica, Leo se fue de este

mundo a la una de la tarde del domingo 31 de enero de 2010, al cumplirse los diecisiete años justos de su nacimiento, como si hubiera querido volverse por el mismo agujero del tiempo a través del que llegó. Morirse con placidez en casa, en los brazos de Eloísa, ha sido el único disgusto que nos dio Leo, criatura elegante y pacífica, a la que incluirían entre los animales y las bestias algunos humanos de pro. Ejemplares de *homo insipiens* incapaces de percibir la sensibilidad de un ser tan exquisito y autónomo que vivió “desconfiando / de todo lo terrestre, / porque todo / es inmundo / para el inmaculado pie del gato”, como cantó Pablo Neruda en una de sus odas franciscanas.

**Rubén Caba**





# Bodas de oro o invención

Ezequías Blanco

Cuando la figura de él, Ramón, apareció apostada aquella tarde, con toda la displicencia de sus diecinueve años, apoyada gansamente sobre la jamba de la puerta de su casa, a ella, a Elenita, se le aborrajó mucho el rostro. Y cuando le dijo que era muy guapa, la poca sangre que le quedaba en el cuerpo acudió en ayuda de la del rostro donde le explotaron dos o tres venillas.

Elenita no sabía que era guapa porque en casa de su abuela no había espejos. Tampoco sabía que la simple visión de un chico desconocido pudiera causar tales estragos en su cuerpo y en su alma. Aquella tarde se le olvidó arrear al burro que se había parado en el círculo infinito de la noria y se le olvidó también acudir a ver si el agua había hecho su recorrido al final de los canteros de alfalfa. Su pensamiento giraba y giraba intentando repasar todos los detalles de la cara de Ramón... Y de su cuerpo... Y de su ropa... Incluso de aquellos en que, en el corto espacio de tiempo en que se habían visto, sus ojos transparentes y verdes, como esmeraldas claras, no habían logrado centrarse con claridad. Se había quedado como hipnotizada y las mariposas con las que volaba, las lagartijas con las que corría y las ranas con las que saltaba también dejaron de interesarle desde aquel día. Las tres frases que le había dicho – “Buenas tardes. Soy Ramón, el inventor”; “Vengo a por la leche” y “¿Nadie te ha dicho que eres muy guapa?”- le martilleaban y le bailaban en el cerebro hasta dejárselo dolorido de obsesivo placer.

- ¿A que Ramón es muy guapo, abuela?
- ¿Has traído el burro. Elenita...?
- Se me olvidó, abuela.
- ¡Demontre de chica...!
- Ahora mismo voy a buscarlo... ¿A que Ramón es muy guapo, abuela? Me voy a casar con él.
- ¡Diantre de chica...!

La abuela de Elenita, que se llamaba Domitila, era poco habladora, Con “demontres” y “diantres” lo despachaba casi todo. Y no siempre había sido así. Aunque haya habido filósofos que dijeran que el bien y el mal no existen y que la buena y la mala suerte tampoco, ella no estaba de acuerdo. Perdió a su marido muy joven a causa de la silicosis, perdió a su hijo mayor, el padre de Elenita, en un aparatoso accidente de tráfico; perdió a su nuera, la madre de Elenita, a quien le dio por suicidarse poco después del trágico accidente de su marido... Y se quedó sin alegría y a cargo de su nieta. Sólo con el coraje. Y con ese coraje, que ya empezaba a temblarle, ordeñaba todos los días, mañana y tarde, las cinco vacas de su prado en forma de borona. Y todos los días bajaba a la aldea, con un pequeño carro destaralado de ruedas de goma y con su luto perenne, para vender la leche a granel de puerta en puerta.

- Ya traje el burro, abuela. ¿A que Ramón es guapísimo, abuela?
- Sí que es guapo, sí... ¡Demontre de criatura!
- ¿Te pasa algo, abuela? Estás muy pálida.
- No me encuentro bien. Voy a acostarme.
- No te preocupes, abuelita. Mañana bajo yo a vender la leche a la aldea.

Elenita se alegró de que su abuela se pusiera mala. Y, a pesar de que sentía cómo le raspaba el alma la culpabilidad de ese pensamiento, el otro, el de la posibilidad de volver a ver a Ramón, era como una fuerza primitiva que la arrastraba como un vendaval a una hoja de periódico.

Al día siguiente, Elenita bajó a la aldea y sacó medio litro de leche más que su abuela porque no le temblaba el pulso al hacer los trasvases a pesar de que toda ella fuera un manojo de nervios y de ojos, extraviados hacia las calles, que buscaban desesperados la imagen de Ramón. A las aldeanas que le compraban la leche y que

parecían haberse puesto de acuerdo para interesarse por la salud de su abuela y repetirle hasta el cansancio que era muy guapa, logró, haciéndose la tonta y la distraída, llevarles la conversación hasta el objeto de su deseo, creyendo en su fuero interno que no se le había notado nada la obsesión. Las informaciones que recabó fueron contradictorias, porque hasta alguna le dijo que si tener pájaros en la cabeza, era ser inventor, pues que sí, pero, que si no, pues que no. Elenita no hizo caso a las brujas envidiosas que osaron hablarle mal de “Ramonín” y el resto de aquella mañana se lo pasó, asomándose y escondiéndose, como quien no quiere la cosa, por los aledaños de la casa y del negocio, que era una guarnicionería, del padre de su amado. Mas la perra suerte no sólo le negó la sonrisa aquella mañana sino todas las mañanas de todos los días de aquella semana que tanto le prometía, al principio, gracias a la enfermedad de su abuela. ¿...Y las tardes? Elenita pasó las tardes dando vueltas a su pensamiento al compás del sonido del gato de la noria mientras la herida de amor se le agrandaba porque, como dijo el poeta: “la herida de amor sólo se cura con la presencia y la figura”.

A regañadientes, aceptó la señora Domitila, una vez curada, que fuera la niña quien siguiera bajando a la aldea a despachar la leche. Sólo el interés de Elenita, que la llevó a ser más pesada que un moscardón a primeros de agosto, y el argumento de que sacaba medio litro de leche más que ella, lograron convencerla. Pero dio igual porque el destino y la suerte tenían otras intenciones.

Ramonín no poseía el don de la ubicuidad y andaba trabajando en Oviedo de contratista de extras para el cine y el circo. Sin embargo, aquel dios ciego y caprichoso que organiza nuestros destinos de amor, también le había llagado el corazón con sus venablos. Y se sorprendía, a menudo, distraído de sus trabajos y de sus inventos, con la mente llena de los detalles de la belleza de aquella muchachita a la que estaba deseando volver a ver.

Iba a ser la muerte quien, por estar tan segura de su triunfo, regalara a los dos jóvenes la primera ocasión propiciatoria del encuentro ansiado. Sucedió que una tarde de viernes, aproximadamente quince o veinte días después de su primera aparición, Ramón llamó otra vez a la puerta. Elenita, ante aquella visión inesperada, se quedó como Anajárate y la mujer de Lot juntas, es decir, de mármol o de piedra o de sal. Y Ramón, que a duras penas lograba contener el corazón en su pecho, sólo dijo: “Dile a tu abuela que el tío Pancracio se ha muerto”.

Toda esa tarde, después de darle la noticia a su abuela, se la pasó la niña tumbada sobre la cama y llorando a moco tendido por no haber tenido la valentía, no ya de ejecutar lo que su cuerpo le pedía imperiosamente (abrazarse a Ramón y no soltarse nunca y comérselo

a besos hasta la eternidad) sino ni siquiera, de decirle alguna palabra.

La señora Domitila que la oía sufrir, no quiso interrumpir el dolor de su nieta y cada poco decía para sí: “¡Demontre, cómo se pasa el tiempo!” “¡Ya se le pasará, diantre!” Y cuando ya se hacía la hora de acudir al velatorio del tío Pancracio, no tuvo más remedio que entrar a la habitación y conminarla:

- ¡Levántate de ahí y sécate esas lágrimas, demontre!
- Soy muy desgraciada abuela.
- ¡Déjate de músicas, diantre...! ¿Quieres venir conmigo al duelo...?

Las últimas palabras de su abuela le mudaron todo el dolor de su desgracia por la alegría que le proporcionaba esta nueva esperanza inesperada de poder coincidir con Ramonín. Se levantó de la cama y empezó a besar a su abuela, quien se sintió azorada por la emoción, y a decirle lo mucho que la quería, con el rostro iluminado por una luz que comenzaba a arrastrarle la tristeza.

La bajada a la aldea se le hizo eterna ya que tuvo que acomodar su ritmo vivo y juvenil, que apaciguaba trazando eses en su desplazamiento, al torpe de la señora Domitila.

En casa del finado descubrió Elenita los dos mundos que los hombres, movidos por el instinto de conservación, tienen para encajar el miedo: el de las mujeres bisbiseando rezos y trazando cruces en la habitación del muerto y el de los hombres en la cocina fanfarro-neando y contando miles de batallas a veces divertidas, a veces bravuconas pero siempre ajenas a la suerte del alma del tío Pancracio. La juventud de la niña le permitió asomarse discretamente también al mundo de los hombres porque, de vez en cuando, le encargaban que fuera a decirles que bajaran el tono o que tuvieran más respeto. Y ella estaba deseando que volvieran a dar voces para tener la disculpa de acercarse de nuevo a la cocina a dar el recado colectivo con sus ojos clavados en los de Ramonín.

A la una o las dos de la mañana el tedio y el cansancio se apoderaron de Elenita que quería irse a su casa, pero su abuela se sentía obligada a quedarse toda la noche por lo bien que el tío Pancracio y su familia se habían portado con ella en los momentos más difíciles de su vida.

-¡Que la acompañe mi sobrino Ramón!- dijo la tía Patrocinio que estrenaba viudedad con bastante entereza.

A la señora Domitila le rondaba por la cabeza una duda: “¿será de fiar el chico?” Pero no dijo nada porque se acordó de que a ella le había pasado lo mismo con el que después sería su marido y de que la muerte y el amor estaban ligados a la historia de la mayoría de los matrimonios de la comarca.

Cuando la señora Domitila dio su beneplácito, Elenita y Ramón partieron hacia la casa de ésta. Al principio, iban oscuros bajo la noche sola, ensimismados por la alegría interna de su recato y a los cinco minutos, Ramón, que no soportó más el peso del silencio, abrió la boca por vez primera para decir:

- Dile a tu abuela que venda el burro.
- ¿Por qué...?
- Porque tenéis el burro para regar la alfalfa y la alfalfa para dar de comer al burro. No me parece a mí eso buen negocio.

A Elenita le pareció entonces que no podía haber en el mundo ninguna mente más privilegiada ni ningún talento tan excesivo como el de Ramonín pero la naturaleza no estaba para que la noche derivara en filosofías y les envió, en mitad de aquella oscuridad aterradora, el vuelo repentino de una lechuza que les puso a ambos el corazón en un puño y les propició la disculpa del primer abrazo. Elenita exageró su miedo y buscó el remedio en los labios de su amado y Ramonín exageró su tranquilidad, olvidó sus inventos y dejó que la fuerza de los susurros, de las caricias, de los besos y de las manos condujeran aquellas dos pasiones hasta el olvido total del mundo y sus miserias. Apagadas las pasiones de los cuerpos y las almas, quedaron en verse el sábado siguiente en la verbena de las fiestas de Cangas de Onís.

Por la mañana, después de un sueño tan reconfortante como reparador, Elenita volvió a jugar con todas las mariposas, las lagartijas y las ranas con las que se encontró y le dijo, muy seria, a su abuela:

- Abuela, ¿por qué no vendemos el burro...?
- ¡Déjate de músicas y danzantes, demontre!
- Si tenemos el burro para regar la alfalfa y la alfalfa para darle de comer al burro... No me parece a mí que eso sea buen negocio.

Y la señora Domitila se explayó con su nieta por primera vez en muchos años. Y le dijo que qué sabía ella de la vida y de los negocios y le preguntó que si esa idea no tenía nada que ver con Ramonín. Y vio que Elenita enrojecía. Y le contó que tanto el burro como la alfalfa eran metáforas de la vida que se habían convertido en paradojas. Y que para ella más, porque el burro se lo había regalado el tío Pancraccio del que había sido amante ocasional y esporádica... Y la señora Domitila fue aquel día más humana que nunca para su nieta. Y basta ya de conversaciones y de monsergas. ¡Diantre!

El sábado siguiente Elenita, que estaba hecha un pimpollo, cogió el autobús para Cangas de Onís. A las 22,30 h. se hallaba en la estación esperando al tren de Oviedo en el que vendría Ramonín y su carita de ilusión se fue transformando poco a poco en la del descreimiento al comprobar que su amado no se hallaba ni entre las personas que bajaron ni detrás de ninguna ventanilla de las que sus ojos recorrieron un par de veces con creciente y desesperanzada angustia. El trayecto que separaba la estación del lugar donde ya había comenzado la verbena lo recorrió con lágrimas en los ojos, producto de las punzadas del dolor de la esperanza rota en su alma. Llegó a la verbena sin ver con precisión y un muchacho la arrastró a bailar. Por encima del hombro del joven vio en el cielo una estrella fugaz. Cerró los ojos y pidió con mucha fuerza su deseo. Y, cuando los abrió, allí, a veinticinco metros estaba Ramonín, apostado displicentemente sobre el tronco de un viejo carvallo. Mientras Elenita lo comía a besos, él trataba de explicarle que había perdido el tren, que había hecho autostop y que el último tramo, de unos diez kilómetros, lo había realizado en una destartada bicicleta de la que se había apoderado sin encomendarse a nadie.

Se casaron de penalti al año siguiente y éste, cincuenta años después, celebran sus bodas de oro. Ramonín sigue inventando y Elenita sigue pidiendo deseos a las estrellas fugaces. Una de las pocas cosas de las que se arrepienten es de la de haber bautizado al primero de sus retoños con el nombre de “Invención”.

**Ezequías Blanco**



# Contadme hoy

Tened presente el hambre, Miguel Hernández

**M<sup>a</sup> Ángeles Maeso**

Yo, Precario Sanz, sucesivamente despedido y contratado con menos derechos cada vez, también he parado, contadme. El rotundo silencio de este amanecer, se ha hecho también con el mío, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Subcontratada Sánchez, peonza de todos los caminos de cuya nómina sorben todos los pistoleros, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Itinerante Ruiz, nómada por doce horas subterráneas, electricista o profesor, por cuatro, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Temporera Pérez, que concentro en contratos de dos horas la tarea que debe hacerse en ocho, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Autónomo Gutiérrez, dueño único de mi hambre, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Mínima Bermúdez, mínima seiscientas treinta y tres veces, con treinta céntimos, trabajadora agrícola por todo el día, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Subsidiario González, perceptor de una Beneficiencia decimonónica de 420 euros, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Becaria Rodríguez, experta en todas las incertidumbres, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Embargado Rupérez, aplastado por una hipoteca, imposibilitado para el descuento de una jornada de huelga, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Simpapeles García, asistenta que no consta en lugar alguno de trabajo, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Yo, Parcial Fernández, expulsado de toda protección social, superviviente humano gracias a contribuciones en especie, también he hecho este silencio, pero nadie lo habrá contado.

Contadme, el sol, que sale para todos, hoy ha hablado más claro, gracias al rotundo silencio de este amanecer, que también se ha hecho con el mío. Contadme hoy, 29 de septiembre de 2010.





# El cautivo

F. Javier Paradinas Hurtado

Me pareció que los carceleros gozaban ésta mañana de gran humor. Según he podido saber, se preparan grandes fiestas en la ciudad y el Caíd ha decretado un monto especial en la paga de las tropas. Para los prisioneros, ha dispuesto que en el día de hoy se nos doblara la ración y se nos permitiera solazarnos con la luz del sol desde el alba al mediodía.

En cuanto a mí, que no daba por cierta merced alguna desde que - dos meses ya - me separaran de mis compañeros, me han traído al fin los útiles de escribir que solicité y con los que ahora trato de espantar - o de ahondar, que nunca es bien sabido - las pesadillas y vanos sueños, de este severo encierro mío. Pues mucho discurre en su tormento el hombre que privado de ella, no ve el día en que recuperará la ansiada libertad, y teniendo tiempo más que de sobra, da en aguzar sus sentidos, inventar relaciones y cuentas o perderse en vanas ensoñaciones con las que levantar de nuevo el mundo dentro de los límites de su prisión. En ello encuentra gran consuelo, aunque acertar no pueda de día a distinguir los desvaríos de la temida locura.

Yo, que a la razón tuve siempre por el más grande adalid del alma humana, porque pone luz donde habitaran las tinieblas, y porque limpia de telarañas el entendimiento, para mejor ingenio en las obras de esta nuestra vida y para mejor servir a Dios.

Yo, que fui aplicado en las letras y estudioso de ellas, aprendiendo de los maestros con tenaz humildad y socorrido por éstos, allí donde mi torpeza me hacía tropezar, veo ahora con ociosa perplejidad, los frutos perversos de aquellos trabajos, que en éstas soledades me acometen.

Veo ejércitos de imágenes que se me forman en el recuerdo de lo que aprendí y leí, de lo que viví y aún de otras tantas que proceden de mi febril imaginación.

Veo el gentil rostro de mi madre junto a los trabajados surcos del de mi padre, el gesto docto de mi maestro, junto al del bellaco al que tuve que parar de

una estocada sus bravuconas sandeces. Los soberbios mármoles carcomidos de la augusta Roma, los fantasmas áureos de Ovidio y Virgilio que en animada charla por los suburbios de Roma, discutían acerca de la sustancia de la poesía.

Oigo los marciales clarines del ejército, las órdenes quedas, la fe de la espada, los silencios de la mar y sus acometidas. Veo una batalla que la mar cubrió de astillas y cadáveres como no se viera nunca igual.

Recuerdo con singular obsesión - o tal vez lo soñara - el estruendo de los cañones, de los arcabuces, el humo, el olor penetrante de la pólvora, los gritos quejumbrosos de los heridos, el sabor agridulce del heroísmo, la propia carne lacerada y chamuscada, de tal suerte todo, que no espantaba más cual si le sucediera a otro y como si del sueño procediera, al sueño volviera todo, hundiéndose en la súbita negrura de mi desfallecimiento.

Como esta otra negrura de mi calabozo, que me recuerda amargamente mis repetidos y fallidos intentos de fuga de estos años, las ardorosas esperanzas en los planes y los dolorosos regresos a la celda, los trabajos, las urdimbres, la sonrisa intrépida de los valientes y la miserable expresión de los serviles que nos traicionaron.

Más hace tiempo ya que no doy en juzgar las acciones de los hombres y aunque voto a Dios que jamás renunciaré a la libertad, por más cadenas y grillos, celdas y prisiones a que me condenen, sé por la severa vara de mi destino, que todo cuanto les acontece a los hombres se halla escrito en el libreto de un grande y extraño retablo, del que dudaría yo fuese reflejo de la voluntad de Dios, tal como nos enseñan Las Escrituras, y del que al fin, no nos cabe esperar empresa más elevada que la de acomodarnos al papel asignado en el conocimiento del que verdaderamente somos.

Ardua tarea ¡Vive Dios!, en la que es menester la indagación infinita de todos cuantos hombres nos precedieron y aún de todos cuantos ahora vivieren,

pues de la resolución de un enigma se trata y como en todo enigma, hay cárceles, espejos que multiplican nuestros errores y encrucijadas que nos desafían, tal como en el alma de los hombres habitan muchos hombres. y así en la mía hay uno que dice ser poeta, otro que esforzado soldado, otro que funcionario de Su Majestad, otro que español de mi siglo, otro que griego o romano de los pasados, otro que piadoso cristiano, otro que descaradamente pagano, otro que galán, otro que casto ermitaño...

Más con todo esto, que ya es gran maravilla y equívoco para el entendimiento más atrevido, viene a figurárseme que todos los infinitos personajes, todos sus argumentos y afectadas representaciones, no son si no las infinitas máscaras de la verdad, hija de la Historia.

Que estas figuraciones mías ya las tuvieron por ciertas aquellos griegos famosos que nos dieron la comedia y la tragedia, mostrando cómo el rostro de Dioniso y el de Apolo eran las acuñaciones de un solo maravedí, la representación del mundo. y que quien estos pensamientos escribe con temblorosa mano, arribando a las fronteras de la razón, ha descubierto un insondable vacío en el que resuena una risa dulcísima, una risa liberadora, una carcajada universal, que se acrecienta en el pecho incitando al juego, cual una segunda inocencia risueña y habladora, dueña de una voz - la voz del mundo -, que no cesa, que no ha de callar jamás. Ella - bien lo sé - es la única y sola autora de los libros, de todos los libros del mundo, de todos los que se escribieron y de los que aún se escribirán por mano de hombres oídos que firmarán sus obras para completar la burla.

En estas cavilaciones plagadas de delirantes ideas invertidas andaba yo, cuando no ha muchos días - me es difícil precisar el tiempo - caí en un sueño profundo, soñando que soñaba, que una mano mora me entregaba un libro a modo de crónica, de las aventuras de un estrafalario caballero.

Luego vi los calcinados campos de Montiel, y a mí mismo combatiendo a los monstruos y pueriles caballeros que llenaron un día mis ratos de ocio, cuando me daba en leer esas melífluas novelas de caballerías que hacen burla y charla vana de los altos ideales de los hombres, como carnaza arrojada a la plebe para que con ello distraiga la mediocridad y contente su hastío, mientras el gran sueño se aleja definitivamente del corazón de los hombres.

Así, mi sueño tornóse en pesadilla cuando vi que el fruto de mi coraje había consistido en realidad, en destripar todos los pellejos de vino de una sórdida bodega.

La pesadilla al fin mudóse al despertar en incontinente y confuso llanto, y vime de nuevo cargado de cadenas en la inmunda penumbra de mi celda, y llamando a mi carcelero moro, le solicité muy encarecidamente me proporcionara útiles con los que plasmar mis desvaríos y describirlos.

Ayer - creo decir bien - me vi reflejado en la escudilla del agua, aunque bien lo sé yo, el rostro que se apareciera no fuera el mío, no pudieran ser míos los surcos, las enarcadas cejas, ni aquellos perdidos ojos que no me miraban a mí. De esta suerte me hallaba cuando el capitán de la guardia, entre sarcasmos y maldiciones, vino a comunicarme mi pronto traslado a Constantinopla, dónde dijo se acrecentarían mis desgracias, todo lo cual escuchaba con indiferencia, y a lo que respondí con una leve sonrisa primero y con crecientes carcajadas cuantos más pescozones recibiera. Y vi de nuevo un mundo estrafalario y un retablo con muñecos de trapo, moviéndose con cómica afectación, y oí mi risa y a aquella voz que dejar de hablarme no sabía, recitando una sentencia:

“Vos sabéis que todo es sueño y que por tanto, sólo yo importo, solo yo importo...”

**F. Javier Paradinas Hurtado**







# La camarera de Perpignan

José Sabater de Montfort

A la camarera de Perpignan, como a todas las camareras que necesitan de ágiles piernas, éstas suelen obedecerle decididas. Aunque ya hace tiempo que se le notan los síntomas de la edad, con las varices, las rojuradas y todo eso.

Trabaja en un restaurante cerca de los polígonos industriales donde los comensales hablan raro (en inglés, en español, en alemán, en italiano, en ruso, en polaco ...). En su mayoría son vendedores que suministran productos o servicios a empresas de la zona. La gran parte de ellos son de otros países, o al menos hablan en idiomas que todavía no ha conseguido claramente identificar.

Acaso la creencia en que pudieran mirarla como a una mujer válida, entregada a su trabajo, es lo que le impele en sus tareas para con estos hombres, la posibilidad de la sola intención por su parte, eso le basta.

La camarera de Perpignan suele recoger las mesas con paciencia, los vasos sucios, los platos con la comida inacabada, y los dispone en la bandeja que aguarda en la otra mesa. Tal vez les entre hambre a la tarde, mientras hagan sus negocios, y sus clientes les verán cansados, y no conseguirán buenos tratos para sus empresas, pobrecitos... ¿por qué no se lo habrán comido todo?, ¿acaso no les gustó el bistec?, ¿No fue de su agrado la compota? Pero los hombres, con sus trajes bajo los que siempre brillan las magníficas corbatas naranjas o verdes ya entran en sus coches, cuidando el pantalón para que no se manche con la tierrecita suelta del piso de grava del parking.

Estos hombres ya no volverán algunos hasta la semana próxima, el mes próximo, el año próximo, cuando tengan que asentar, modificar o reconducir sus tratos de negocios. Sus jefes seguro que les apremiarán para que consigan más ventas y entonces ellos volverán, a disgusto probablemente, obligados a visitar a sus clientes más molestos (Francia tiene fama de ser un mercado duro), y seguirán sin acabarse el bistec o la

ensalada mediterránea. Y ella, recogerá las desatendidas sobras de lechuga, tomate o ternera. Echando todo recuerdo de estos hombres a la basura, y la sacará luego a la calle, cuando anochezca y venga Pierre a por ella.

Conducirán por las avenidas rectas y feas del polígono industrial, donde estarán ya cerradas las empresas distribuidoras, las pequeñas fábricas, los negocios de exportación.

A la camarera de Perpignan podría esperarle un hombre en casa, un hombre honrado. Ella probablemente lo merezca. Pero es su hermano, Pierre, el que la lleva por las onduladas carreteras que suben a la ciudad, con el follaje que asoma verdeoscuro en los laterales. Pierre, después de todo, también es un hombre bueno.

Los hoteles, según se sale de la gran circunvalación camino de la ciudad, se ven agitados, los hombres de negocios siempre cenan donde se alojan, para poder acostarse pronto, piensa la camarera. Por eso el restaurante donde ella trabaja suele cerrar al ocaso, estirando las tardías sobremesas o acaso sirviendo a algunos vendedores los cafés de la tarde.

Su trabajo consiste en subir y bajar escaleras cada día, llevando y trayendo platos. El restaurante tiene dos pisos, pero apenas tiene siete mesas en la parte de arriba, y la parte de abajo sólo sirve para recibir a los clientes. Ella siempre dice que es un lugar “muy familiar”.

La camarera suele encoger el labio, por miedo a que se le escape algún ¿qué tal sus negocios hoy? Mece la cadera para no tener que hablar, porque además ya lo intentó hace mucho tiempo, y es penoso que una hable con todo su corazón y los otros no la entiendan, y hagan gestos como despachándola, como si nada de lo que dijera tuviese interés para esos hombres que, de buen seguro, están todo el día preocupados por cantidad de ventas, envíos de material, porcentajes, letras de cambio. Por eso trata de ser cariñosa, dejando

los platos con esmero en la mesa, sonriendo, haciendo ligeras reverencias.

Sus pies no se demoran nunca y ella sigue subiendo y bajando las escaleras, esperando tal vez una de esas rápidas miradas, la sonrisa del que ha comido bien y está preparado para hacer grandes negocios. y a ella siempre le aturde el brillo de las corbatas color crema, verde o naranja, y le parece una promesa.

Cuando llega a casa (donde también sube y baja escaleras) piensa en los hombres que no la miraron, en los que podrán venir mañana, en los que algún día podrían mirarla. y se contenta con el fulgor de sus corbatas, que guarda en sus ojos como un tesoro.

Ya en casa, por la noche, su hermano Pierre, después de haber cenado, satisfecho gustaría de decirle a su hermana que la comida, el pollo al horno con patatas, estaba buenísimo y que muchas gracias, pero cuando se interesa y le dice "Pareces cansada", ella no responde porque está subiendo las escaleras y tal vez esté en el piso de arriba y solamente escuche una reverberación y la achaque al televisor.

Ella se pone el pijama y rápido se introduce en la cama, porque de veras siente gran cansancio. Le dice "Buenas noches, Pierre". Y Pierre, que escucha cómo alguien habla, imagina que su hermana debe hablar sola, porque le parece que lo hace en muchas ocasiones, y tal vez se esté haciendo mayor, que ya no tiene veinte años y va camino de convertirse en una solterona amable, de esas que estampan sonoros besos, como chupetones, en las mejillas de los niños.

A Pierre, en el sillón, le gustaría contarle a ella que ha estado en tres entrevistas de trabajo, que ha gastado setenta euros en algo de ropa, unos jeans y camisetas, que es la vez número quince que trata de decirle que han devuelto la póliza del seguro, que hay que pagarla, que debe valer como seiscientos euros o más.

El dueño del restaurante donde trabaja la camarera se jacta ante los dueños de otros restaurantes que están en el centro de la ciudad de que ella es silenciosa, diligente y muy activa, que se aplica mucho. Pero los otros piensan que es demasiado mayor y algo torpe, pero no consideran conveniente decírselo. Además piensan que bien es verdad que es más aplicada que algunas de sus camareras, "*de buenas tetas pero más bien vaguitas...*",

El dueño del restaurante tiene una barba blanquecina, poblada. Aguarda detrás del mostrador con el flequillo de lo que se ve a las claras pelo falso de peluquín. Es muy amable y paternal con los clientes, por eso es el primero que captura los momentos en los que ella vuelve algo desilusionada de las mesas, cuando ella pierde el negocio que se trae con los hombres de

las fulgurantes corbatas -pues apenas se fijan en ella-, según baja las escaleras con los platos donde pedazos de queso, huevo duro, tomate o lechuga aguardan a ser arrojados en el contenedor de desperdicios, cuando venga a recogerla el taciturno Pierre y le ayude a levantar la bolsa.

El dueño no suele decir nada, pero también sonríe pesaroso como sabiendo de qué le está hablando la camarera, sufriendo un poquito quizá también él. Aunque igual piensa él también en la cantidad de menús vendidos, en los pocos euros ingresados en la caja, puede que menos de los que esperaba, y trajine planes para que otros hombres de negocio se interesen por comer en su restaurante.

Puede que debiera cambiar los manteles a cuadros de las mesas, o renovar las sillas, que algunas están bien feas, piensa la camarera. Pero no le dice nada de esto.

Según pasan por los polígonos, de camino a la ciudad, ven las empresas distribuidoras y las compañías de exportación que están ya cerradas.

-Mira, ya está todo cerrado por esta zona, le dice la camarera a Pierre, acomodándose en el sillón de cuero del auto, jugando con el delantal que tiene sobre el regazo.

Esta noche comen en la cocina las sobras del pollo de ayer mientras comentan con ligereza algunas noticias sociales de las que se ha enterado Pierre.

Por la mañana Pierre, legañoso, deja a su hermana en el restaurante como todos los días, excepto los domingos, cuando descansa. Ella le da un sobre en cuyo anverso está escrito y subrayado: "para el seguro del coche". Pierre cuenta y hay ochocientos euros. Supone que le deja su hermana dinero de más, "para sus gastos".

Su hermana viste últimamente un poco estrafalaria, con unos colores demasiado vivos y la ropa muy ancha, piensa Pierre, según conduce de nuevo para la ciudad.

El de la compañía de seguros, sentado tras la mesa blanca llena de post-its, parece estar calculando la demora y, con ello, aplicando el debido cargo. Coge la calculadora y echa números.

A Pierre le fastidian enormemente las gestiones, pero comedido le sonríe al tipo, que se vuelve loco aplicando porcentajes. Piensa Pierre que, de todas formas, también para éste debe ser molesto trabajar la mañana del sábado y tener que estar cancelando la innecesaria demora de una cuenta.

El contable lleva una alianza de oro blanco: es una alianza. Parece incómodo porque se ha dado cuenta de que Pierre lo mira fijamente. y baja la mano sobre la mesa. Apresurado le escribe una cantidad en un papel.

La oficina está silenciosa, apenas hay tres o cuatro empleados repartidos como un esputo por el diáfano espacio de múltiples mesas vacías y ordenadores apagados. No parecen atareados ni muy enérgicos.

Pierre, sonríe al mirar la cantidad, saca los billetes del sobre, los cuenta con parsimonia y se marcha diligente, porque él también tiene que hacer.

Lo que le extraña a Pierre al fijarse en los pocos empleados que hay en la oficina según sale son sus caras, que le resultan familiares, como demasiado bruñidas. Pero igual es su cabeza, pues aunque no lo reconozca, él tampoco tiene veinte años, y va camino de ser un solterón amable, de los que pellizcan el trasero a las niñas y rápidamente se olvidan de las cosas.

Los sábados baja la clientela del restaurante; no se hacen muchos negocios en fin de semana. De todas formas, cierran igual a media tarde.

El dueño aguarda un rato con la camarera porque Pierre se retrasa. La televisión programa una película antigua, una de indios y vaqueros. Apenas intercambian breves frases.

-No te preocupes, dice el dueño, Mandy se ha ido con los niños a visitar a su hermana. No volverán hasta el domingo por la noche. Así que no tengo prisa.

-Gracias, es muy amable por tu parte.

-Ya que estamos... ¿no quieres beber nada? ¿una cerveza? ¿Un poco de ginebra...? Estaría bien que nos tomáramos algo, ¿verdad? Yo creo que nos lo merecemos.

La camarera se ajusta la falda estampada y se sienta en el auto. Se le notan las incipientes ojeras, señal de que la semana de trabajo ha llegado a su fin. Dice Pierre: -¿Sabes? Ha sido un día duro, muy duro.

-No encontraste trabajo hoy tampoco, ¿verdad?

-No -dice mientras hace silbar la saliva entre los labios, pues le cae copiosa-, pero ya verás, mañana seguro que me sale algo, seguro. Si no el lunes, el martes, tengo un montón de entrevistas ...

-Confío en ello -dice con lasitud-. Tendrás suerte, lo sé. Lo conseguirás, Pierre. En el extrarradio las empresas y las tiendas de distribución están cerradas o acaso trabajan a mínimo rendimiento. Según se sale a la circunvalación que lleva a la ciudad, aparecen los hoteles de viajeros.

Qué solos deben sentirse esos hombres de negocio, es sábado y su familia debe estar tan lejos, pobrecitos...

-Por qué no vamos a un burger, dice la camarera. Pierre, de súbito, se gira hacia ella, extrañado.

-No, claro -y resopla - qué idea más tonta, prepararé un pastel de carne, qué idea más tonta ...

Pierre, animado, dice:

-No, no, vayamos, vayamos. No es ninguna idea tonta, los tontos somos nosotros, vayamos, vayamos.

-Da igual, Pierre, déjalo estar -y se pone a mirar cómo las luces de los hoteles se encienden vibrantes en la lejanía- vamos a casa, estoy tan agotada ...

Pierre da la vuelta al auto en medio de la carretera. Los coches que vienen de frente le pitan porque les ha obligado a detenerse. Pierre les hace un gesto desagradable con el dedo anular.

La camarera plancha con la mano las arrugas de la falda y revive su cansada sonrisa, tapándose la palma, vergonzosamente. Nota en el estómago el feliz sabor de la ginebra.

**José Sabater de Montfort**





# Ritorno a Roma

Ramón Dachs



Hoy, 24 de septiembre, hubieran cumplido 15 años de convivencia. Poco importa ya. Está en Roma, una ciudad que lo emociona. Al llegar, se ha instalado en el Hotel Santa Prassede, agradable y céntrico. La descubierta de la basílica homónima, ubicada en la acera opuesta, era inevitable; qué agradable sorpresa. Ornada con excelentes frescos, la cabecera de su nave lo hipnotiza. Queda sin duda excesivamente relegada, tanto por la discreta callejuela de acceso como por la proximidad de Santa Maria la Maggiore, afamadísima y monumental, proyectando su penumbra al barrio circundante entero. Ni siquiera aparece en el índice de su guía Routard. Es una perla oculta. Una de tantas; así resulta Roma de apabullante y excesiva, de selvá-

tica urbe artística. Inagotable. En la cercana trattoria Morgana (via Mecenate, 19-21), ha acatado una sabia sugerencia de la guía: "Cette petite adresse sort de l'ordinaire. Pas tant pour son cadre, simple et sans prétention, que pour les spécialités, qu'on découvre en consultant la carte. Ceux qui ont une grande-mère romaine seront aux anges, car ils retrouveront toutes sortes de recettes oubliées, comme les *lumache alla romana*! Une version romaine des escargots de Bourgogne!". Mientras espera que se los sirvan, hojea el *Corriere della sera*, periódico hoy enriquecido con el lujoso *Style magazine* multicolor, frívolo y elegante, cuya cubierta en blanco y negro destaca: "Matthieu Pigasse. Giovane, banchiere: 'ho comprato *Le Monde* per fare

affari con i vecchi giornali.' Imprenditori all'assalto della stampa". Lee en la página 63: "Enfant prodige della gauche francese. Banchiere globale. E adesso, editore." Y, avanzando entre anuncios a toda página (Tru Trussardi –moda masculina-, Piaget –orologio extrapiatto, oro bianco-, Veuve Clicquot –champagne-), la página 68 destaca en capitales: "L'idea che si possa cambiare la società? Mi viene da Gustave Flaubert e dai Clash. Mi sono formato col punk, e come editore ho esordito con una rivista rock." Cuando llega el plato, está enfascado con la doble página en color que el diario dedica a *I Cento Anni dell'Alfa Romeo*: "Deferenza: quando



passava un Alfa, Henry Ford si toglieva il capello", en la que no falta un Giulia Sprint GTA rojo del 65 con el trifoglio lateral. Tras la siesta, inicia el largo y placentero paseo que protagonizará la jornada. Colosseo, circo Massimo, ponte Palatino... En el Trastevere, topónimo que asocia siempre a Alentejo, descubre una pequeña librería de viejo encantadora, Open Door (via della Lungaretta, 23), regentada por una anciana angloparlante. Sale con una edición muy singular que hojea detenidamente, degustando una copa de tinto siciliano, en la vecina Enoteca Trastevere: *John Fillion: thoughts*

*about my sculpture* / recorded by Dorothy Cameron and John Reeves (Toronto: The Martlet Press, 1968). Carente de lomo pero no de cubiertas, se despliega en zig-zag como un libro chino antiguo. También *Nox*, de Anne Carson, la poeta nacida en Toronto, se despliega en zig-zag. Ana Becciu ha estudiado con pasión este libro elegíaco desarrollado a partir del poema 101 de Catulo. ¿Se tiende en Toronto a las ediciones desplegables? Mirando las esculturas fotografiadas en blanco y negro, recuerda algunas piezas de Giacometti; aunque Fillion tiene sin duda entidad propia. "The torso is my obsession, the torso as entity and essence, as total



enclosure of the spirit of man". Le parece un escultor relevante. ¿Será un artista olvidado? De repente, se imagina a sí mismo reflejado en el Nero di Avola con su copa, como un Giacometti andante de carne y hueso. Las compras y las fotos son las capturas del paseo. Las prendas que se llevará a casa y fijarán momentos huidos para siempre; serán los remotos ecos de intangibles vivencias, retenidas apenas por este caminante errante entre los frágiles andamios de su memoria, cuyos pasos perdidos lo encauzan a continuación hacia San Pietro di Roma, adonde llevan todos los caminos... También

el suyo. Al llegar, acaban de cerrar la entrada al público y el crepúsculo cae suavemente como un telón. Una extraña y apacible quietud se adueña de la atmósfera, y se aleja lentamente en perspectiva de la gran cúpula de Miguel Ángel (inspirada en el Panteón) que preside la Basílica. Se aleja girándose de vez en cuando, cámara en mano, viendo crecer la distancia y menguar la luz sucesivamente hasta cruzar el Tevere por el puente San Angelo, rumbo a la piazza Navona. En el trayecto, decide cenar y toma mesa en Da Francesco (piazza del Fico, 29), donde saborea unos deliciosos *spaghetti alle vongole*. Mejor así. Ya en la Navona, se sienta frente a la fuente en la terraza de Ai Tre Tartufi y pide una *coppa di bianco*. El camarero napolitano, veterano, es agradable. Se siente muy feliz de estar aquí sin un porqué concreto, sabor de tener buenas razones para ello. Seguirá por el Panteón y la fontana di Trevi. ¡Cuántas cosas han pasado y quedan atrás para siempre...! Paso a paso, todo pasa, en paseo errante por la vida, al pasado.... Salute! Cumplido el recorrido, se

encamina al hotel cerrando así el circuito que partió de allí. Faltan escasos minutos para la medianoche. En un cruce de la via Nazionale, lo increpa con su intensa mirada una mendiga acostada en el suelo. No pide nada, parece más bien desearle buenas noches, cariñosa. La rebasa y, al poco, se detiene turbado; aunque no pida, es evidente que está necesitada y le ha gustado. Vuelve sobre sus pasos y le da un pequeño billete, sonriente. La explosión exultante de ella: "*Grazie, signore, grazie mille!*", agitando los brazos alegre hubiera merecido muchos billetes más. O no: lo mejor no se paga. ¡Qué maravilla de vitalidad, qué lección moral, qué bella personalidad irradian esos ojos sagaces que lo han interceptado obligándolo a volver atrás! Culmina así su *bella giornata*. "*Grazie, signora, grazie mille!*" Mañana lo espera otra *bella giornata* por los jardines y museos de Villa Borghese: villa Medici, villa Giulia, galleria d'Arte Moderna, galleria Borghese...

**Ramón Dachs**





# La Muerte de Tolstoi.

Pedro J. de la Peña

El reloj de la Casa-Museo en Yasnaya Polyana marca las 6'5 , en conmemoración a la muerte de León Tolstoi que desapareció de este mundo en la madrugada del 9 de septiembre de 1910.

Las circunstancias de la muerte de Tolstoi son en buena parte conocidas. Se sabe que murió en la estación de tren de Astapovo cuando trataba de regresar a Tula después de un infructuoso viaje al monasterio de Optina Pustin para arreglar sus notorias diferencias con la Iglesia Ortodoxa tras la publicación de su libro *Mi Evangelio* en el que no reconocía a Jesucristo como Dios.

La polémica se remontaba a años antes. Tolstoi, hombre de convicciones religiosas, entendía el cristianismo como una fe profunda de elevado contenido moral. Una Iglesia tan ritual y litúrgica como la Ortodoxa necesariamente tenía que chocar con sus preocupaciones, tan alejadas del boato de la jerarquía que dominaba la religión en Rusia. Los clérigos eran, en tiempos de los zares, un poder terrenal tan prepotente y visible que no se concebía ninguna ceremonia social relevante sin su presencia todopoderosa. Las infinitas muestras de ese poder, que han sido recuperadas en la Rusia actual, así lo demuestran.

La novelista francesa Pascale Roze ha indagado en esa mutua incomprensión entre la Iglesia y Tolstoi para dictaminar que su incompatibilidad con el clero ruso acercó al escritor a las posturas más cercanas a la revolución y lo convirtió en un precedente filosófico del proceso que conduciría al auge de los bolcheviques.

Ciertamente Tolstoi no fue ajeno a las convulsiones políticas de principios del siglo XX y sintió una notable inquietud por los campesinos, a quienes quiso repartir sus propias tierras en un gesto sin precedentes entre la aristocracia rusa.

El zar Alejandro II ya había decretado la supresión de la esclavitud a finales del siglo XIX y ello le costó la vida en un atentado que tuvo lugar en San Petesburgo el 1 de marzo de 1881. El atrevimiento de Tolstoi,

secundando este proceso de liberalización del campesinado, fue pagado también en alguna medida con la ruptura de la paz familiar, pues su esposa Sofía le recriminaba amargamente el abandono en el que quedarían sus hijos de llevarse a término la cesión de las tierras familiares al campesinado.

Tolstoi era conde por parte de su padre –Nicolás Tolstoi- y príncipe por parte de su madre –la princesa María Bolkonski- de modo que su aproximación al socialismo chocaba de pleno con los intereses feudatarios de su familia. A este respecto, es conocida la anécdota de que, en el último año de su vida, se negaba a sentarse en el comedor familiar junto a su mujer, Sofía Andreievna, pasando a ocupar el asiento del otro lado opuesto de la mesa para señalar así el radical enfrentamiento que existía entre los dos por motivos sociales y económicos.

Las enseñanzas avanzadas de Tolstoi en tales materias, que se impartían en la Escuela *Yasnaya Polyana* desde 1861, fueron la causa fundamental de sus disgustos familiares no sólo con su mujer, sino con los hijos que participaban del código de la vieja nobleza rusa.

Sin embargo, esa aproximación de Tolstoi a las tesis del comunismo agrario no las proyectaba como un partidario del leninismo, sino del cristianismo.

Tolstoi siguió siendo cristiano, aunque alejado de la Iglesia, y por eso es interesante observar sus ideas sobre la muerte y sus últimos intentos de congraciarse con la Iglesia antes de morir.

En uno de sus relatos más estremecedores *La Muerte de Iván Ilich* nos cuenta la trágica agonía de un funcionario de la justicia cuando cae enfermo de una misteriosa dolencia que los médicos no aciertan a describir. El mayor novelista ruso toma, como punto de inflexión, la incapacidad del ser humano para reconocer y aceptar la muerte propia: "*Iván Ilich –dice- veía que se moría y estaba desesperado. En el fondo de su alma sabía que estaba muriéndose, pero no sólo no se acostum-*

braba a esa idea sino que no llegaba a concebirla". El gran misterio de la muerte preocupó mucho a Tolstoi desde su infancia y nos ha dejado constancia de ello en sus *Diarios*.

Como oficial de artillería, participante en la Guerra de Crimea,

León Tolstoi conoció la muerte muy de cerca. Sus experiencias militares en Chechenia, no fueron mejores. Escribió un relato *–El Cardo Tronchado–* en recuerdo de la muerte del líder checheno Sado, que fue amigo suyo. Estos desastres militares, lo convirtieron en un pacifista convencido que escribió varios artículos de denuncia sobre las atrocidades bélicas como *Dos Guerras, No Matarás* y *Recordatorio del Oficial*.

Su denuncia contra la guerra no deja ningún resquicio de duda en estas palabras suyas : *“Las personas piensan que si nombran a los crímenes y asesinatos “guerra”, el asesinato deja de ser asesinato, deja de ser crimen. La guerra es un asesinato. Y no importa cuánta gente se haya reunido para realizar un asesinato y como se nombren, el asesinato es de todos modos el peor pecado del mundo”*.

Comprometido con la vida, Tolstoi ve angustiosamente el proceso de la muerte de Iván Ilich, a quien los médicos jamás le aclaran el origen y nombre de su dolencia y cuya familia lo observa como a un desahuciado sin esperanza. El avance de la enfermedad acentúa su malestar físico y psíquico conduciéndolo a una angustiada degradación: *“Cada vez dormía menos; le daban opio y empezaron a inyectarle morfina. Pero nada de eso alivió sus dolores. El estado de angustia opresivo que experimentaba en el semi-sueño lo aliviaba al principio, como algo nuevo, pero luego lo hacía sufrir más que el dolor natural”*.

Rodeado de mentiras y de indiferencia, Iván Ilich precede a Tolstoi en esa amarga aventura de morir y le enseña el camino de sus soledades y su absurdo:

*“¿Sería verdaderamente la muerte? Y una voz interior le contestaba: “Sí, es la muerte”. Pero ¿por qué debo soportar esos sufrimientos?. Y la voz contestaba: “Pues porque sí”. Fuera de eso no había nada”*.

El estremecedor camino en picado, lleva a Iván Ilich a plantearse su vida entera como un error. Un error que no es posible rectificar en la hora de la muerte pero del que aún tiene la posibilidad de arrepentirse. Su mujer le insta a la confesión con lágrimas en los ojos pero el enfermo, que no tiene fe, inicialmente se resiste:

*“-¿Qué? ¿Qué me confiese? ¿Para qué? No, no quiero... Pero, sin embargo...”*

*La mujer se echó a llorar:*

*-¡Sí, amigo mío!... Llamaré a nuestro pope, es tan bueno.*

*-Bien, bien... -murmuró el enfermo.*

*Cuando llegó el cura y lo confesó, se volvió más tierno, como si se hubiera aliviado de sus dudas y sufrimientos y experimentó un momento de esperanza.*

Ese momento de esperanza es lo que Tolstoi buscó en su precipitada marcha al monasterio de Optina Pustin, cuando acudió en búsqueda del monje Anatoli, que había sido coronel del Estado Mayor, y conocido suyo durante los años militares. Al contrario que Iván Ilich, para quien la confesión era un mero formulismo para acallar a su mujer, Tolstoi creía en la redención del alma a través de los sacramentos y acudió a recibirla.

Desde niño, Tolstoi había sentido una fascinación por la vida en los monasterios. En un capítulo de sus *Memorias*, - el titulado

*Infancia, Adolescencia y Juventud-* recuerda lleno de interés la búsqueda de una confesión verdadera en un monasterio de Moscú, tras otra falsa realizada al confesor de su familia. Acude allí en coche de caballos y describe la serenidad del lugar, con un arbusto cuajado de lilas y un reloj de péndulo cuyo sonido era más fuerte a la derecha que a la izquierda. Luego, nos dice:

*“Los pasos del confesor me sacaron de mi ensimismamiento,*

*-Buenos días –dijo- arreglándose con la mano su cabello- ¿Qué desea?*

*Le pedí que me diera su bendición y con especial placer besé su pequeña y amarillenta mano.*

*Cuando le expliqué mi deseo, no dijo nada, se acercó a los iconos y empezó a confesar. Cuando terminó la confesión, y después de vencer mi vergüenza y decir todo lo que pesaba sobre mi alma, me puso la mano sobre la cabeza y con voz sonora y tranquila pronunció las siguientes palabras: “Que la bendición del Padre celestial descienda sobre ti, hijo mío. Que te conserve siempre la fe, la dulzura y la humildad. Amén”.*

*Me sentía completamente dichoso.”*

Tolstoi, quien fue buen amigo del monje Ambrosi hasta el fin de su fe ortodoxa, sin duda buscó a la hora de morir una dicha semejante a la primera confesión realizada libremente fuera del seno de su familia. Allí, en los monasterios, podían decirse cosas que no se hubiera atrevido a comentar en la capilla de su casa. Y podía sentirse ese bálsamo benefactor del que limpia sus culpas en el anonimato.

La situación, sin embargo, era complicada. Los discípulos de Tolstoi, sin duda influidos por el ambiente social anti-ortodoxo, veían como una traición que su líder espiritual acudiera en busca de auxilio a quienes tantas veces había criticado. Los monjes, por su



parte, creían que la soberbia intelectual de Tolstoi, su creencia en un evangelio apócrifo y su propia actitud de aristócrata cercano a las ideas revolucionarias, lo convertían en poco idóneo para un arrepentimiento sincero en el seno de la iglesia.

Lo que ocurrió en el Monasterio ha sido discutido por versiones distintas. Uno de los seguidores de Tolstoi, llamado Cherkov, se negó a dejarle entrar, según alguna de estas fuentes. Otra de las versiones afirma que el monje Anatoli, su antiguo compañero de armas, se negó a salir en búsqueda del orgulloso aristócrata. Lo cierto es que el encuentro entre los dos, por culpa de la incompreensión de unos u otros, no llegó a producirse.

Repudiado por la iglesia, vejado por otros nobles que lo consideraban un traidor a su casta social, abandonado por la mayoría de los miembros de su propia familia, de la que -de los 13 que tuvo- aún quedaban 8 hijos, que temían la pérdida de sus propiedades, tras haber cedido Tolstoi los derechos sobre su obra al pueblo ruso, la incomunicación con su entorno era casi completa, pero su lucidez visionaria al prever los males futuros en una revolución sangrienta no se inti-

midó ante la ceguera de sus personas más cercanas y queridas.

Tolstoi velaba no sólo por su imagen de cristiano fervoroso, sino también por la vida de su familia, por la posibilidad de que el nuevo régimen no se ensañara con ellos al tenerle a él como un padre de la nueva patria que surgiría en Rusia con la rebelión de los mujiks. Y acertó. Porque sus herederos perdieron las tierras, sí, pero pertenecieron al escaso grupo de nobles salvaguardados por la victoria leninista, incluida su mujer, la condesa Sofía, que fue respetada pese a sus ideas tradicionalistas.

En su regreso hacia Yasnaya Polyana, ya muy enfermo, el gran novelista ruso, creyente a su modo, pero cristiano convencido a fin de cuentas, murió sin confesión en la estación de Astapovo. En cambio Iván Ilich, descreído y escéptico, pronuncia al morir confeso, sus últimas palabras: *“La muerte no existe ya”*.

Paradojas extrañas que nos demuestran que si la vida es absurda, la muerte lo es mucho más.

**Pedro J. de la Peña**





Fotografía: Vicente Sierra Puparelli



# El Don Quijote judío y el fiel de amor

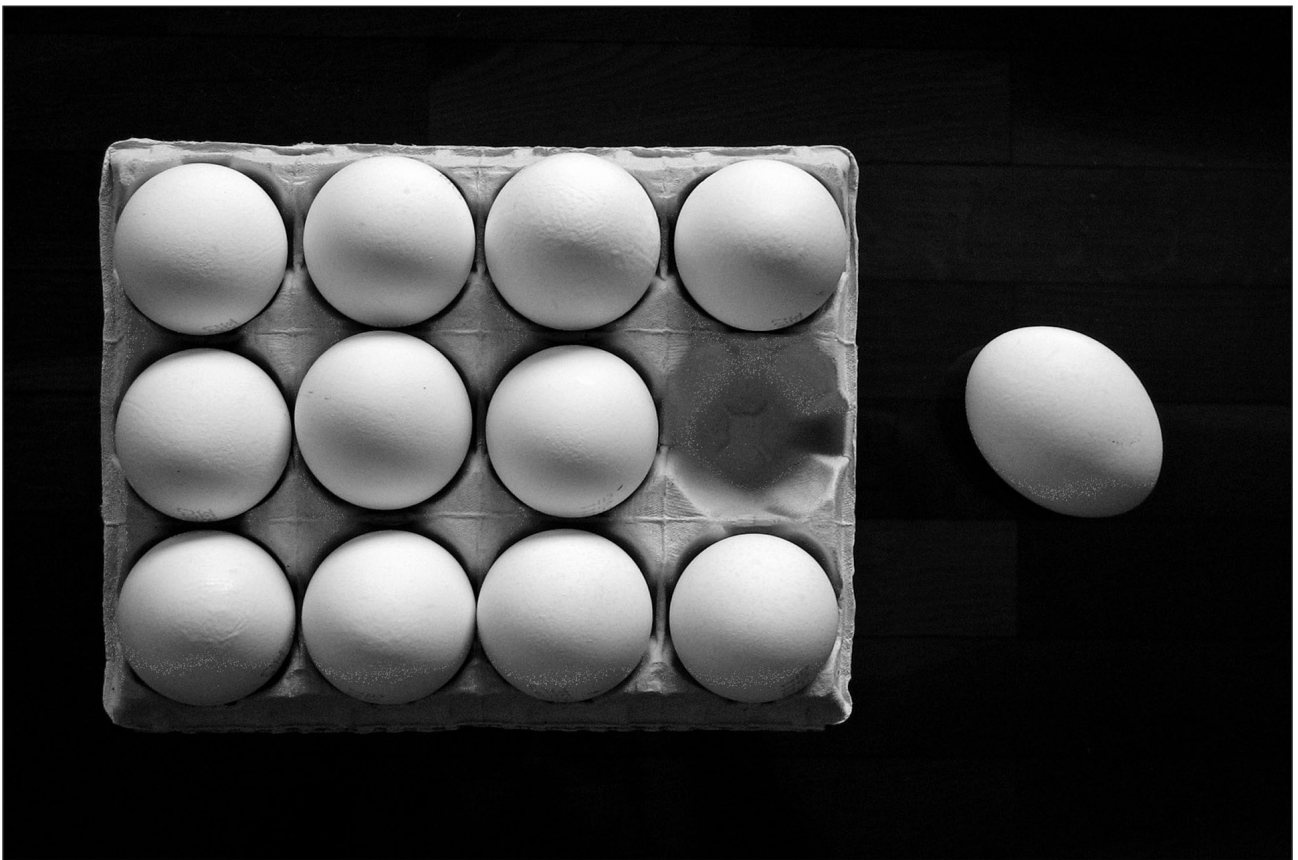
Antonio José Escudero Ríos

A don Joaquín García, de CASA LASTRA, con agradecimiento.

○mar Khayyam, el sabio y el poeta de Persia, soñó que ya había conocido toda la tierra y, no habiendo encontrado la Fuente de la Vida que para el Tiempo, la buscó aún más lejos; le dijeron que se encontraba en la Mancha, en una cueva muy profunda que llamaban de Montesinos. Inició la peregrinación montado en un hermoso corcel blanco de Nishabur, donde Omar había nacido en una familia de estirpe noble y que practicaba ocultamente la fe de sus antepasados. Llegado que hubo a Ossa de Montiel, fue conducido por un lugareño a la entrada de la tortuosa gruta. Desmontó de su caballería y se adentró, portando una antorcha, en las profundidades de la sima. Se sintió atraído por el fulgor que desprendían las paredes, y al darse cuenta de que eran piedras preciosas, se detuvo a llenar con ellas su zurrón adornado con una flor de jazmín, pero resistió la tentación de las riquezas y siguió adelante hasta que vio una claridad que provenía del exterior. Despreciador de los tesoros terrenales, Omar, valeroso, siguió decidido hasta el final del laberinto. Al salir se halló en una verde pradera cuyo centro ocupaba una fuente que vertía sus aguas prístinas y cristalinas en una alberca. Y dicen los antiguos que, como el recitado de los salmos, así era el rumor del agua, y que de esta manera saludaban al peregrino, conocedor de los acuosos misterios. Junto a la fuente tuvo la tentación de ofrecer su boca a un cántaro de fina arcilla que lo invitaba a beber. Omar lo llenó hasta sus bordes, y cuando iba a llevárselo a los labios, un viejo hidalgo de carnes enjutas y mirada triste detuvo su brazo, diciéndole:

- Soy Alonso Quijano el Bueno, el Templario, a quien también llaman Don Quijote. ¡Te pido que no bebas!

- ¿Por qué? ¿Acaso no es ésta el agua de nunca morir? No quiero perecer como otros, ni verme arrebatado por la Parca, como a todos sucedió antaño ¿No es ésta la Fuente de la Vida?
- Sí, élla tiene la virtud de volverte inmortal, pero no debes beberla.
- ¿Dime por qué?
- Yo la bebí hace siglos, hermano en la fe, *Fiel de amor*, y no he muerto todavía...
- Entonces, ¿es verdad que quien la bebiere hallará vida eterna?
- Es cierto, pero yo bien querría no haberla bebido,
- ¿Por qué, pues?
- Porque he visto morir a tantos... A todos los que iba queriendo y me querían: padres, hermanos, mujeres, hijos y amigos que pesan sobre mi ánimo; ¿para qué quiero la eternidad si nadie me conoce? La eternidad sólo pertenece al Solitario del Sinaí, sea bendito Su Nombre. Todo lo demás es desvarío, es espejismo de pequeños dioses creados por la angustia de los hombres necesitados de consuelo. Comprendió Omar la pena del anciano y la necesidad de la muerte, y tras reemprender el viaje de regreso, arrojó con decisión el cántaro lejos de sí; y, allí donde el agua formó un pequeño charco, brotó un olivo, ahora longevo, que permanece en pie y cobija bajo su copa a los nietos de los nietos de Omar, el sabio y el poeta de Persia, que a su sombra escuchan esta misma historia de labios del Caballero de la Mancha



Fotografía: Vicente Sierra Puparelli

# Noticias de...

Jesús Alcaide • Pablo Jiménez • José Antonio Sáez • Salomé Ortega •  
José Iván Suárez • Rebeca Álvarez Casal del Rey • Carlos Clementson  
• Tirsá Caja • Cristina Matilla • Cristina Narea • Estrella Juárez • Alberto  
Guirao • Ana Isabel Trigo • Federico Monroy • José Antonio García  
García • Román Falquet • Daniel Oliva • Elkin Restrepo • Lucía Donadío  
• Eva Montero • Santiago Gómez Valverde • Antonio Gracia • Adela  
Corsino •

# Jesús Alcaide

## El dardo



e la porción del dardo que certero  
penetra en su destino, la más honda,  
la que lleva más muerte, la que ronda  
el corazón, se nutre del acero.

Afilado en su inicio, brilla fiero,  
reflejando su crimen en redonda  
herida, mas permite que se esconda  
la mano tenebrosa del arquero.

Creador de agonías, finge amor  
posando con Cupido. Pero un lienzo  
se pudre con el tiempo y su estructura,

diseñada en la industria del dolor,  
renace despiadada en su comienzo  
saciando con la sangre su andadura.

# Pablo Jiménez

## Ulises No



**ras** largo caminar  
sin qué ni para qué, llegar a casa  
y no llegar a puerto. Ver  
el pasillo en penumbra y sospechar  
apariciones. Afilar la vista  
memorizando nombres,  
saber los libros sin mirarlos. Nunca  
reír, nunca querer reír, apenas  
leer. Y releer, releer siempre.  
Desaprender los besos.  
Apostatar de la literatura  
como de religión. Arrepentirse  
de cegar devorando palimpsestos  
y mágicos realismos del allende:  
pornografías  
de alquimia literaria donde reina el bostezo.  
Abominar de los poetas,  
insufrible legión que desconoce  
la urdimbre del silencio y, necia, abunda como  
bajo el mantillo del pinar los mízcalos.  
Y bendecir a los piadosos dioses  
por el seno materno Garcilaso  
que atesora el sosiego y la palabra.

*Mis manos,  
mis manos y las nubes. El alféizar  
se acomoda al hastío y la mirada  
vaga neutra esta tarde de mayo. La tormenta  
se anuncia y el ozono  
perfuma y sustantiva la inminencia.  
Hijas del aire y nosequé del vértigo,  
urden las nubes sueños y desvelan  
perfiles y retablos. El espacio que ocupo  
me ocupa y encadena. Ni ventanas  
ni puertas: el espacio —extraño fruto  
que no fue flor y ya es maduro y nunca  
deja de madurar y no se pudre—.  
Alzo las manos a las nubes. Caben,  
terribles, en mis manos que gobiernan  
ahora la borrasca. ¿Son mis manos?*

Dejar a medias un poema inhóspito.  
Acogerse al sofá. Cerrar los ojos.  
Poner la nave al paio y no pensar.  
Desanidar nostalgias y penélopes.  
Y destensar el arco. Y no mover un dedo  
—quienquiera que hizo el mundo que se joda y decida—.  
Y que los pretendientes especulen  
si el velo, si el ausente, si la mentida troya...  
Toda vuelta es envés, mendaz todo retorno,  
todo regreso en vano. El tiempo sabe  
hacer bien su trabajo. Sólo importa  
dormir. ¡Arriad las velas! Singladura  
ajena a nuestro brazo ha de ser ésta  
porque sólo el azar  
conducirá la nave y nuestras almas  
al puerto que le cuadre. Y dondequiera  
que rinda su viaje la aventura  
Ítaca allí será y allí la patria.

*Las nubes,  
las negras nubes y mis manos. Caen  
espaciadas y densas las primeras  
gotas de lluvia.  
Uno mis manos y las palmas suman  
su calidez,  
la misma calidez con que retuve  
la mano de mi madre mientras iba  
sorbiéndole la muerte  
el desmayado aliento aquella noche  
sofocante de agosto.  
Huele la lluvia y me disuelvo en ella  
y su aroma a mis labios se adhiere como un beso.*

Mirar cómo oscurece.  
Acechar cualquier voz en lo negro. Sentirse  
inocente de olvidos y memorias.  
Y abandonarse  
a las inciertas aguas de los ojos cerrados  
navegando por no surcados mares  
—antes y después náufrago— para, después de todo,  
volver y no volver a la casa vacía  
decidido a morir, a salvo ya  
de estúpidos temores.

**Pablo Jiménez**



# José Antonio Sáez

## La agonía del ave.



Entré en una cañada envuelto por la bruma  
y árbol no distinguía o rama en mi ceguera  
que el camino indicase hacia la claridad  
del día que, ignorante, pasaba por allí.

No supe dónde fui ni en qué lugar anduve,  
tan sólo sé que algún ave el torso rozó  
de un alto abeto recto en la cerrada niebla  
y a tierra cayó herida, a mis pies, desplomándose.

La tomé entre mis dedos, de frío entumecidos,  
y consolé mientras pude sus últimos instantes  
antes que en su agonía espirase aquel ave  
cerrándole los párpados, sus plumas alisando.

Luego entregué a la tierra su diminuto cuerpo:  
tan sólo unos puñados bastaron a cubrirla,  
puse pequeñas piedras sobre su tumba sola  
y me alejé tan triste como la bruma espesa.

## El viaje.



Bandóname a la orilla de un gran río que pase  
con sus aguas rozando tus rodillas.  
Déjame morir al sol que dora los rostros  
y los oscurece como toman las sombras

posesión de los claros vencidos al atardecer.  
Bésame en los labios pálidos que han besado  
los pájaros con sus picos acerados y córneos.  
Rozá mis mejillas con tus labios de cera,  
abanícame con el ala de un ángel  
y rozá mi torso con sus plumas irisadas,  
pon en mi frente el óleo del ungido  
y sella las palmas de mis manos, mis párpados,  
mis oídos, la pendiente curvada de mis pies,  
pues me dispongo para iniciar el viaje.

## El vigía.



Contempla las antorchas en la noche cerrada y a los que te hacen señales desde la otra orilla para que avistes su deslumbramiento.

Me fui despegando de la tierra y, la materia, que antes me retuvo, no vio en mí un interés certero, por lo que me dejó partir.

¿Qué esperas a este lado de la vida, desecho del desamparo?

Parece que te invitan a seguir en su senda los que lanzan petardos

con estruendo en el aire y encienden bengalas

entre las sombras húmedas y la vegetación espesa,

los que no tienen rostro y vagan con larga túnica por las orillas de los ríos,

aquellos que cubren su cráneo pulido como monjes con caperuza.

¿Qué aguardas ahí, huérfano de los hombres, agua del desamor?

Y no hago otra cosa sino andar cabizbajo, deambulando perdido

hacia ninguna parte, como si sólo esperase una señal distinta

que ilumine mi alma en la desolación que incubo.

## El iluminado de Doñana.

(Visión de Juan Drago)

Veo una cierva que surge de la espesura del bosque para abreviar en la cuenca de tus manos y tú le ofreces el agua clara que se derrama generosa sobre la hierba húmeda. Su lengua lame las palmas de tus manos y tú la dejas hacer a su antojo mientras bebe de las últimas gotas el agua dulce de las marismas inundadas, allí donde se funden la mar oceana y el gran río del sur. Oculto, entre la maleza, la espío y no me atrevo a parpadear con los ojos en la plenitud del asombro para no provocar su suspicacia. No lejos Habidis, criado con la leche de la cierva, y su padre Gágoris, el apicultor.

Veo a los jabalíes con sus rayones hociqueando entre las raíces de los pinos sagrados y los arbustos que les ofrecen silvestres frutos comestibles. Su madre vela en torno a ellos y les muestra estrategias de fuga o encubrimiento.

Veo a las ánades reales y a los ánsares comunes que sobrevuelan el carrizal o caen desplomados sobre el agua plateada para señorearse de su placidez, y nadan dibujando en la superficie discretas ondas con destreza. Veo a otra madre pasear con sus crías nerviosas y disciplinadas, en correcta formación.

Veo, sospecho acaso, la visita del lince furtivo olisqueando la pista del conejo o la rauda liebre estilizada y a los flamencos y a las garzas hundir su pico en el limo, alzadas cañas sus patas quebradizas. Y veo a los caballos libres e indómitos chapoteando en el agua, correteando en sus lances y juegos o pastando en la hierba jugosa, mientras se disputan las yeguas lozanas o las cortejan en los límites del reino de Argantonio, el hombre de plata. A lo lejos diviso la descomunal figura de los bueyes oscuros del gran Gerión, dispersos sobre las lomas levemente empinadas de las dunas móviles. Y veo contigo, Juan Drago, a los antiguos reyes de Tartessos mostrando sus dominios a los visitantes pacíficos con los que comercian, venidos de la Hélade o del otro lado del mar de Tiro en sus naves ligeras, con tan raros productos que deslumbran sus ojos y despiertan su fama más allá de las columnas de Heracles.

Todo tu reino un edén, vergel donde los dioses bajan a sestar con los humanos en las tardes más cálidas del bochornoso y agobiante estío. No fuera el paraíso otro jardín que éste de Doñana y no avistara yo otra cosa que no fueran los altos nidales de los grandes árboles que llaman pajareras, donde recalán las aves que vienen cada año a tener sus crías en este jardín extremo en que abunda el alimento y el clima es tan grato que invita a la dulce placidez. Ningún lugar mejor para el amor que estas dunas que van a dar a la marisma y sientan su señorío tan cercano al pinar.

No vieran los reales ojos de los visitantes semejante colonia de aves sobrevolando tu reino, ni tal cúmulo de peces en el agua transparente, ni sus oídos oyeran parecida algarabía de pájaros en el cielo azul que deleita. Ellos no vieron nunca el amanecer sobre las marismas, mientras caminaban remontando las dunas; ni al sol ponerse, anaranjado y rojo, con ribetes de oro puro en las esclavas del gran señor de Tartessos.

Ellos no conocen tu privilegio, pero tú vas y te revelas como el iluminado por dentro, como el lúcido y el clarividente y el bienaventurado señor de Doñana. Tú, el privilegiado, el que entiende el lenguaje de la oscuridad y lee en las tinieblas sus sonidos; el arrebatado, el que ha bebido en la crátera el vino mezclado con agua que despeja la frente ceñida por una diadema de oro, revestida de piedras preciosas; el que calza sandalias y se despoja de ellas para pisar la tierra sagrada de sus antepasados. El que escribe indescifrables signos en tablillas de bronce que templa en sus fraguas y hornos. El de hermosas y blancas vestiduras, el poeta, el loco, el enamorado... Aquél a quien los dioses invitan a su mesa y comparten con él los frutos de una tierra pródiga en bienaventuranzas.

Larga vida a ti, señor de los mitos gloriosos de Tartessos, pues tu nombre surge de la noche del mundo y perdurará en las inscripciones labradas en bronce fundido hasta el confín de los tiempos.

**José Antonio Sáez.**

# Salomé Ortega



UN PÁJARO diminuto,  
se posa en un lamento  
y tiembla una hoja.



Granos de trigo  
desbordan los atroses,  
soles de oro esparcidos en el aire.




El cerezo se doblega  
sobre la parra de las uvas rubias,  
y un haz de luz centellea en el agua.




SI ME muero ahora?  
¿alcanzarán la luz los pájaros  
antes que mi alma?

# José Iván Suárez

## Atrozretrato

olo en la deshonesto soledad del sándalo somnoliento, solo y oleico, nefasto fútil degollado y solo sangre brotando en el solsticio, solo de soltero, solo de sesos hervidos en la solana simpático y solo en la ingrátida soledad del metal en las anginas, solo y solitario como el saltimbanqui asceta inmune al cloroformo, estoy solo en clave de sol sencillo, yo en mi celda, solitario salvaje erecto hortera y solo, no en Oslo, solo en mi cueva de vanidad y vómitos, vulnerable, insólito, de litio ruin y rabia prematura, arisco inflamable, útil para estar solo y soltero, hábil con el látigo de la soledad.


## Melancolía alcohólica

cólitos dolores del alma medular. Nostalgia envejecida en amoniaco. La tristeza en orza con miel. La picaresca que me es esquiva, como huye de mí la canallesca de tu culo y se van las nalgas sin ser palpadas. La astuta rebeldía del deseo encarcelado en el pantalón. Nubla fricción por la entretela.

Entresijos de niebla y trapos para la luna.

La verbena, la enredadera del viejo colegio  
y hablar concretamente de nada. Mirar que es barato y la luna enferma del vapor de las dulces acequias. Somos insomnes volviendo a nuestras sábanas. Al fiel prendimiento del sueño fácil del sexo.

## El quejica de la umbría

o besado, esquivado por sus labios y los tuyos y los de ella y la de más allí. No manchado de ron y hierbabuena fresca robada de una huerta. No enlazado a saliva etílica ni untado de sal gorda de cocktail y aspirinas. No querido sino por mi verbo invisible y amado por mi retruécana palabra que no sirve para morder ni amortajar difuntos. No auxiliado de mi iglú de zarzas secas ni liberado de mi urna al absoluto vacío. No manchado de sus sucias manos de usura. Aún no loco de pegamento de barra y migas de pan y leche y puré de sardinas para cenar.

***Eso le decía a su padre la noche en que aún era abstemio  
y el águila aún volaba eligiendo nuca en la umbría.***

## No abundó la suerte



alló la carrera de cerdos y la quiniela.  
No acerté con el gallo agresivo  
ni tuve tino jugando a Guillermo Thell.

Hoy no abundó la suerte.  
Deja amigo que te diga  
que mañana tentaré  
fortuna

aunque me tiemble  
el cálculo y mendigue  
entusiasmo el pulso.

\*\*\*\*\*

LA INERCIA de los labios  
en el cuello  
la fortuna de la piel  
en mi boca  
el ansia de quien desperdicia  
el instante  
con las ganas de que acuda  
el siguiente.  
Te vistes de lengua  
o más bien la mano muda  
hacia el muslo.  
Eres serpiente o hebra  
que arrastró la saliva


Es tarde

para regresar a ti  
y al lloro maléfico del deseo.  
El benceno amputando el corazón.

*José Iván Suárez*

# Rebeca Álvarez Casal del Rey

## Cucal

rente a la tele busco  
el parecido con la mujer yoyó.  
Su conversación es  
tan abundante como limitada,  
(se extiende hasta cruzar océanos sin ir nunca  
más allá de sí misma).


Pepito Grillo susurra a mi oído ese espejo posible.  
Sé que le entretiene torturar,  
pero el conocimiento no siempre sirve de coraza.

Tarde de domingo.  
Caracol.  
Horas, televisión, resaca. Pero al rato

la bombilla, el quémepongo, las terrazas.

Al salir del portal  
algo crujió bajo el tacón de mi sandalia.

## Radiografía de una fobia

n el baño,  
la civilización, la paz, el agua  
potable en todos los grifos ¿también  
en la cisterna?  
Jabones, desodorante, hilo  
dental. El plástico  
de la cortina. El gel.

En la ducha, desnuda, animal  
(descalzo), humedad, calor. Vaho.

Y de pronto  
el anélido.

El grito la náusea el salto.  
¡A mi lado! ¡tan cerca!  
¿De dónde? ¿Cuántos?





Pero no, los restantes orificios  
no te inquietan, ¿no acostumbran  
conllevar alianza?  
¿O tal vez temes  
ser parido hacia dentro, pasto  
de su voracidad?

Con suspiro,  
ella encoge los hombros.  
¿Qué duda cabe?  
¡te alaba la razón y te la envidia!  
(aunque a menudo termine  
maldiciéndola a voces y a portazos).  
Pero algunas veces  
necesitaría abrasarse en el abandono  
de pausas, esterilizaciones y prudencias.  
Derretirse. Puenting. Grito. Sobrepasar al vértigo.

Aunque si compartir estropajo es  
demasiada proximidad para tu aguante,  
en algo estáis de acuerdo:  
para ser dos se necesita  
un poco de distancia.

***Rebeca Álvarez Casal del Rey***

# Carlos Clementson Cerezo

## Sol de octubre

(Pequeño prólogo para toda una vida)



osegada hermosura, luz serena  
por el vidrio se filtra y bruñe en brillos  
la mesa en la que escribo, luz de tarde  
que me viene de fuera, o de mí mismo  
y de cuanto he vivido en tantos años  
que arden dentro de mí con lento fuego;  
y va la mano fiel sobre la página,  
en su antiguo mester de clerecía,  
queriendo asir el mundo, el verso, el aire,  
como ha cincuenta años, cuando un joven  
comenzara a aprender a ir destilando  
—panal de sol— la luz de la palabra,  
su silente rumor, su claridad  
de mar que nace al despuntar el día,  
si hoy más parca quizá, no menos íntima  
sobre el espejo del papel que copia  
el temblor juvenil de aquellos años,  
al sol de un oro tibio que acrisola  
las palabras que dora, las palabras...

¿Soy yo el mismo de ayer? ¿Y es esta luz  
la misma que alumbrara aquellos versos?..  
Todo ha cambiado ya y se ha ido al fondo  
donde todo se va si no se nombra,  
y entre gozos y escombros, sueños, rostros,  
ámbitos familiares que no existen,  
nuestros por una vez, y de aquel reino  
auroral junto a un mar que era yo mismo  
mirándome en la luz de aquellas aguas,  
ya tan sólo me queda aquella música,  
la silenciosa luz de las palabras.

# Tirsa Caja



ómo vas a saciarte, tan porosa.  
Las cosas te atraviesan y se van  
No puedes tener siempre  
el corazón de esponja  
y beberte de un trago  
el agua y sus aristas de cristal.

Hay  
un hueco  
y una  
forma  
en el  
espacio tiempo  
  
y  
  
no sé rellenarlos

**V**oy directa hacia ti daga cuchillo vida  
enséñame tu afilado puñal  
en él puedo morir  
clavarme hasta las cachas  
revolcarme en el barro  
o elevarme en un vuelo transparente.

**D**efenderse es inútil.  
Estar aquí peinando nubes, alimentando páramos.  
Si el fruto no llega a condensarse, y no lloverá ya agua sobre los ruegos.

Un tornado de sal barre raíces, escupe a la intemperie.

Hay un dolor de muchos grados a la sombra.  
Uno se aprieta el pecho y no cosecha nada.

## Supervivencia




icatrices curadas,  
puedes pasar tus dedos, aprender su relieve.  
Puedes respirar y no ahogarte,  
renunciar  
a tu alimento imprescindible  
y no morir por ello.  
Puedes soportar esa densidad que te vence.  
Y reírte como si nada.  
Y parecer absuelta.

Quererte por instinto.

Abordar cada día con el ansia  
de los desesperados.


*Tirsa Caja*

# Cristina Matilla

igo los pájaros como jauría hambrienta  
ante un pequeño altar bizantino  
las golondrinas se posan en procesión  
y los nidos permanecen en las paredes blancas  
sin previo aviso mis lagrimas me asaltan  
en el lago del dolor  
bajo un sol invicto y mudo


*Ioanina, (Grecia, 7 de julio de 2009)*

## Donde se bañan los olivos

l agua verde azul descansa  
sobre las piedras de miel  
el mar es un cristal y yo temo romperlo  
pequeños peces de azafrán rodean los pies  
y los olivos rescatan la sombra de los muertos

*Itaca, julio 2009*

## Bajo la sabina

omo los brazos de un pulpo  
caen sus ramas  
sombrias en la noche  
sotanas de frailes jóvenes  
el viento mece los troncos gigantes  
iluminados por el rayo  
raíces que sobresalen como musgo canoso  
las piedras calientes en brotes amarillos

Farolillos encendidos en manto de romero  
en medio de la noche  
en la maleza un ruido seco

no te conoce nadie  
muebles en tránsito

la espalda se apoya en la pared de pincelada seca  
la casa es un hombre desnudo

mudanza

Everstill-Siempre todavía de Pere Portabella  
(película que narra el proceso de mudanza en la  
Huerta de San Vicente, Granada, 4-12-2008)

La sombra herida  
se arrodilla  
el instante muere

## Golden Gate



igas como testigos planos  
armado como una montaña roja

rehén de la sombra  
celebra el mar

caravanas de acero  
en una pequeña casa de madera  
una armónica  
sonido de plata

Sausalito

bruma de nácar en la bahía silenciosa  
botella  
plumas de pájaros

Silencio de piedra caliente  
la montaña es un gigante desnudo  
campos ordenados en cultivo de cereal y vid  
los pinos como chimeneas  
un ciprés como guerrero que guarda la casa  
en el castañar el río tiembla  
la casa rosa con ventanas verdes está vacía  
en el cementerio se respira un polvo naranja

Cortes hirientes debajo del brazo  
hilo de sangre

cabezas rapadas en la crines negras  
los árboles quemados

las rocas dibujan musgos amarillos  
a través de la niebla caliente  
las gaviotas transitan sin rumbo en playas prohibidas

solo el faro se mantiene despierto  
gime la madera  
tiritan las ventanas  
baile de delfines  
ropa tendida

en una isla olvidada  
un perro blanco bebe en la fuente de piedra

Puentes de hierro cruzados  
abrazos en la noche

imágenes de otro tiempo traspasan mis ojos  
la densidad del lago llena de pétalos  
las orillas del sueño  
una cámara oculta  
detrás de la cortina

## El lenguaje de las piedras



Entre las chumberas las higueras tempranas  
tiemblan al paso de un tren que recorre la costa  
el sol como púrpura de Casio anuncia una luz azul  
en el intenso mar flotan las buganvillas  
bajo la parra un espacio sagrado  
la muerte espera tranquila  
en la playa solo un ruido de piedras

**A Le Corbusier**



Cuerpos desnudos  
que al pasar los años  
se encuentran en la casa gris  
indefensos reclaman el sueño  
un grito de ansiedad

la soledad despierta  
y atiende al indigente  
que solo hace preguntas

nadie contesta  
las tazas secas mantienen el poso de ternura

**Cristina Matilla**

# Cristina Narea



Para tu buzón tengo tres poemas  
de amor  
una carta y un libro  
que te cuente  
lo que yo no sé escribir.  
En mi buzón  
tengo unos cuantos emails  
siete poemas de amor declarado  
sin remitente

Así es nuestro buzón de amor...  
hoy ya no espero tus cartas  
ni soy misiva correcta  
hoy arden las estafetas de correo  
tengo el buzón cargado  
de utopías y promesas  
y ya no quiero mas cartas.

Tal vez siga mirando mi correo  
hasta donde me lleve la pereza  
al fin y al cabo mi buzón es  
la botella en el agua que flota  
guardando un mensaje  
que algún día quizás lleve mi nombre



Nuevo día  
buenos amores  
vendrán a tocar  
la puerta de mi casa,  
la abriré a cada uno,  
y en mi mejor dirección  
de casting  
me quedaré contigo  
hombre al acecho



# Estrella Juárez

## Un colchón de noventa



No hay sábanas tan grandes, ni edredones.  
¿Cómo vas a cubrir tu desnudez sin los brazos  
de espuma que te abracen?  
Un colchón de noventa al lado de un metro y medio  
por dos metros, es pasar la cuchilla por las venas.  
Envejecer un año cada noche.  
La sola soledad es una nube que asesina el espacio,  
porque besar el sexo de la nada  
es caer al abismo,  
de un colchón de noventa, al lado.

## De rodillas



Levántate te dicen los andamios  
con la furia quebrada en rayos óseos.  
Cuanto paso perdido  
donde se posa el sueño de la infancia.  
Y tú, entre los surcos del otoño  
a los que dan calor las hojas húmedas,  
escribes en el vaho de cristal  
el nombre de tu madre que es el tuyo,  
desde allí se derrama. De rodillas  
también ella una vez pidió camino.

## Ella mira hacia la luz



Hay tres habitaciones  
con un firme cemento apisonado.  
  
En el cuarto más próximo  
un laberinto eterno,  
la puerta desquiciada que no cierra el pestillo.  
  
Se entreabre mi cuarto donde tengo un sillón  
para sentar la angustia.

En las estanterías los libros en tumulto,  
un inmenso montón de objetos  
y de estrellas equívocas.

Los ojos asustados ven en el otro cuarto  
una mesa, un taller para ritos oscuros.

Miro hacia mi interior.

Las raíces en estado perfecto.

## La colorimetría de la luz



Cómo explicarle a un ciego el color de las flores,  
si en el íntimo pliegue de la rosa  
él presiente todas las primaveras.

Cómo explicarle a un ciego  
el pulso de las aguas por el río,  
si en el mismo rumor de la corriente  
su alma entre las ondas se derrama.  
Cómo explicarle a un ciego el vuelo de la abeja,  
si para sus oídos es una nota dulce,  
un corazón vibrante en la curva del viento.

Cómo explicarle a un ciego luz y formas.  
Cómo explicarle al ojo sin mirada  
la clara oscuridad de las estrellas  
que adivinan sus párpados vencidos.

Cómo explicarle a un ciego  
las selvas o los mares,  
la copa del ciprés hacia la altura,  
la cima o el color de la montaña.

Cómo explicarle a un ciego que se quedó en la noche  
de su tiempo natal,  
el misterio del alba o del ocaso.

Cómo explicarle a un ciego  
que sueña con su luz virgen de sombras  
y no tiene color en la memoria,  
que hay nubes de carbón en mi retina,  
que este trozo de tierra que transito  
se me torna difuso de repente.

Cómo explicarle, di.

Cómo explicarle y oscurecer sus ojos  
con mis ojos más ciegos que los suyos.

## Yo soy el otro



El mundo que habitamos es un poema negro.  
Por eso escribo en negro este poema  
que grita silencioso.

Para que toda lengua, toda raza,  
pueda encontrar un día el filo exacto  
donde el amor exista libre y limpio.  
Y lograr que las manos que abren surcos  
y esparcen las semillas, se eleven hasta el cielo  
para abrir las compuertas que retienen  
todo el agua que riega las espigas.  
¡Dios, despierta, escucha!  
Quiero un caballo blanco para este niño negro.  
Y fuentes de salud,  
donde pueda sanar el hombre sus errores.  
Y Dios, sigue dormido.  
Quiero que Dios despierte y los cojos que anden  
y los sordos escuchen,  
y los ciegos que vean, no crepúsculos pálidos  
si no que puedan ver resucitados soles.  
Que los Ángeles negros no madruguen  
para barrer el cielo de los blancos.  
¡Mírame Dios! me hiciste con una mano blanca  
y la otra mano negra.  
Mi corazón lo sabe porque es universal.  
Serás tú quien no lo sabe, porque aún sigues dormido.

## Morir es no haber nacido.



El día que mi madre decidió no abortar,  
cometió un filicidio. Me mató.

La vida no es cosa para todo el mundo.  
Cuando nací ya no quedaba nada, porque  
nada había. Mi madre no contaba los  
años los empujaba, quería que creciera muy aprisa. Come,  
tienes que crecer, aquí se  
necesitan manos fuertes. Cuando tu padre y yo seamos  
viejos tienes que cuidarnos, que  
para eso te he parido.  
A mis siete años fui consciente de que antes de nacer ya  
estaba muerta. Lo malo es  
que cuando vuelves a empezar todo es lo mismo. Lo peor  
es que esto viene de dentro.  
Cuando viene de fuera como los puntapiés en el trasero,  
uno puede largarse, pero de  
dentro no se puede, no se tienen pies en el interior.

Tengo miedo a que me quiten la muerte. Para eso están los médicos,  
para alargarte la vida. Yo no voy a lamerle el culo a la vida, no voy a maquillarle la cara, yo me cago en ella.- Eso es lo que le dije al médico-. Después me tumbé en el suelo, cerré los ojos y empecé a hacer ejercicios para morir, pero el suelo estaba demasiado frío y tuve miedo de coger una enfermedad.

## De rodillas



Deoigo las razones de aquellos que me advierten que no ande de rodillas ni un milímetro más. Sólo el canto de un grillo hace que me arrodille. Sé que está ahí, en algún sitio. Y canta.

**Estrella Juárez**



Jiménez serpentea cada noche  
sonámbulo hasta el arco – el acueducto  
lo ensartan varias calles con varios  
de sus lomos- desembolsa  
veinte euros para hacer de *voyeur* e imaginar  
que en todo,

al menos , hay

un poco de

justicia.


**Alberto Guirao**




Fotografía: **Vicente Sierra Puparelli**

# Ana Isabel Trigo

## Acuarela

 n claustro en soledad. Todo el recinto  
del silencio atrapado en la acuarela.  
Escribo desde ti, desde la sed  
que se agolpa en la carne de los versos,  
expectante libélula posada  
en el alambre de tu voz. La sed...  
Un claustro. Y esta lluvia.  
Los mudos soportales hoy contemplan  
el arco del recuerdo,  
la fuga de los ángulos:  
geometría en equilibrio. Hoy  
sigues presente en cada piedra, en cada columna.  
El hilo de la luz, telar de sueños...  
Y esta lluvia.

## Isla

 a luz brota en mi rostro. Esta luz.  
Un juego de penumbras me rodea,  
penumbras ya sedientas de mi piel.  
Isla soy. Isla muda. Bastión de soledad,  
castillo, almena, torre del vigía:  
silencio en mi recinto de sombras.

Con los ojos colmados de timbales,  
ruedo en mi noria de agua.  
Elevada en la cima hostil del miedo  
al miedo a detenerme,  
consciente de mi hueco, ya amputada la fe.

Imaginarme aquí en lo sucesivo...  
O morir ahora, mas morir serena.  
Nacer libre en la nada; eludir este dolor,  
esquivar las esquinas de los nombres:  
Sables inciertos para mi recinto de sombras.

## Ofrenda



Mientras guardes tu voz el fino mosto del tiempo,  
seguiré regalándote el basalto, la arena  
y el rubio cereal que crece en mi isla.

Aquí tienes mis manos, maternas como ánforas.  
Aquí tienes la risa, la garganta, el relámpago.  
Aquí la sed incierta, la palabra amapola;  
y los besos, cetáceos furiosos,  
cetáceos...

Aquí tienes mi vida. Esta vida en rodajas.

*Ana Isabel Trigo*



# Federico Monroy

## La voz como un tanque

Imago vocis



la distancia de un grito,  
qué dura la parálisis, la boca detenida,  
la voz como un tanque.  
Sólo sé que abrir los párpados  
es abrir un beso ciego,  
mapas de Tennessee, una silla Breezy,  
un amplificador de arcos.  
Sólo sé que abrir los muros  
tan sólo un poco, y que claven la mirada  
y que te digan lo que sienten desde ahí  
como un bit perdido, una esperanza,  
es algo mágico  
    es algo mágico  
        es algo mágico.

## Principio




uando llora un niño,  
se construye el Universo.  
Porque ese latir que una profundidad  
desata, es fértil.

De su urdimbre y lengua  
el viento obedece,  
y los árboles deliberan con su llanto  
donde la naturaleza se alza.

Así, de esta manera sencilla se hace el mundo.

## Sobre lo visible

na mirada... tantas veces atravesó  
la playa,  
la sentimos cerca, y hasta qué punto  
la deseamos.

Y qué dijeron las golondrinas a eso.

Y cuántas fueron a morirse mientras.

Y qué dijeron de esto las palabras.

De que tus ojos vierten en los míos  
sobre la piel sus gotas en lo justo.

Fijó una boya para así indicarnos  
que como se abre el mar, todo se pierde.

*Federico Monroy*

# José Antonio García García

## Prefacio



mi voz es un soldado que no acata las órdenes de nadie.  
Abarca el rito antiguo, la religión más ancestral, la magia y el misterio de la ciencia.

Es una antorcha de luz que alumbra la oscuridad de las sombras.  
Un caudal de estigmas en la lengua en las manos del sol, la tierra,  
el agua y el ancho firmamento.

Mi voz es un mandato del todo y de la nada.  
Palabras que en silencio se disuelven y despiertan el pecado mortal  
de la ira, la acidez de la hiel, la náusea del miedo, el dolor de un  
puñal irrestañable.  
El agua riega el paladar, estalla en los lugares sin sustancia, se evaporan  
cristales transparentes de tu esencia, que libres en el aire, dibujan luciérnagas en la  
espiral sin fin del universo.

En la profundidad de los silencios consulto los oráculos.  
Vierto la palabra en el fuego e invoco a los dioses.  
Unjo mis miembros en aceite, rompo los rasgos de mi rostro y detengo la imagen.  
En la calma total, sin miedo, cabalgo a encontrarme con la muerte.

## I

Mi voz es el calor del abrigo de un hombre que duerme a la intemperie derrotado.  
Siento en su embriaguez la negación de su voluntad que no me deja levantarme.

Siento la gravedad en un túnel sin tiempo ni medida.  
Siento un suspiro de placer con las semillas de una dormidera entre los dedos muy  
cerca del suicidio voluntario.

Siento el amor como una náusea que me deja en la piel cicatrices eternas.  
Soy el disfraz de un gemido.  
La obscenidad a cambio de billetes tan fríos como el mármol.

Soy el grito estremecedor de un labio roto.  
El miedo visceral que desata el llanto entre insultos y golpes.  
El deseo de que la bestia jamás cruce la puerta de los niños.

Mi voz es la agonía de un hombre que recuerda perder lo más preciado  
en la sombra del patio de una cárcel.

Mucho antes su inocencia se escapó entre hurtos y novillos.

Soy la voz del anciano que perdió su juventud en fosas de ilusiones  
transparentes y ahora en la penumbra más amarga revuelve en la vergüenza de las  
sobras.

Siento la exclamación de un adulto envuelto en luces y sonidos con la  
combinación de las figuras que le roban la posesión de su carácter.

Soy el niño deprimido en los juegos de ruindad que amenazan su ser  
en la dilatación de una mala partida.

Sentí las palabras del engaño como una invocación del poder de la voz de la mentira.

Sentí las disputas ajenas a la realidad del hombre que pasea en la calle.

La multitud coreaba su nombre y le aclamaba y la sombra se cierne  
sobre el cielo.

Palidece mi voz en la degradación de la apatía.


Se ahoga en la desolación de un préstamo insaciable.

Siente la enfermedad del estrés las prisas del mercado que la empujan  
al vacío inerte del hastío.

Se hunde en la ambición y en la sed del egoísmo, en la mezquindad  
de la codicia, en la ruindad del usurero, en un precipicio sin fondo y caigo  
derrotado.

**José Antonio García García**

# Román Falquet

ae la tarde con nula expectación,  
Con todo su peso mosca  
Cae lentamente  
Y con los guantes torcidos

Pero cae.

Con la peluda cola del día

Se tropieza en todas partes.

Uno y otra la cara se lamen,

Restañan las heridas de sus cuerpos leves,

Apuran golosamente la luz del mar

Y los últimos destellos en los naranjales,

Juegan al juego favorito de la eternidad

Y juntos caen.

La tarde actualiza su inventario,

Pone atención en las sombras de las cosas:

Escarabajos, montañas,

Embarcaciones, nubes,

Registradores de la propiedad,

Propietarios de prolijas proles,

Proletarios inversores,

Arquitectos de sí mismos,

Peones funambulistas, tubos de escape,

Piedras de río,

Flores...


Y entonces la tarde cae

Sobre todos ellos

Unos pocos segundos antes

De que alguien tire la toalla

Y anuncie el final del combate.

espedir a la inocencia  
Será un tentarse el pecho  
Con las manos frías,  
Aparejarse hatos de remordimiento

Y memorias de agresión,

Apurar los aguardientes del sueño

Presagiando vigillas mal dispuestas.

El miedo nos arrebatará

El turno de la palabra

Y aquella emoción completa

Del juego, el regalo y la caricia.

En adelante

Caminaremos como diez mil hombres  
Que se baten con sus diez mil rostros en retirada,  
Arrastrando pertrechos inútiles,  
Deponiendo en todas partes las armas.



ibujaba ángeles  
En el dorso de sus pesadillas,  
Con la esperanza adicta  
Al plumaje de todo día  
Y cada hombre.  
"Si permanezco desnuda",  
pensaba,  
"los dioses me vestirán  
con el borde de su manto".  
Y en medio de la noche  
O al caer la tarde  
Para el alba su cuerpo  
Perfumaba y componía.



Si la resignación tomase el rostro de una fiesta  
Las máscaras caerían a la hora convenida,  
El rímel se correría con puntualidad exquisita  
En la tercera samba,  
Los sirvientes sembrarían cadáveres  
En los jardines del ala oeste  
Para que germinasen en lozanos niños muertos  
En un capítulo indeterminado  
De la próxima entrega.  
No.  
Si la resignación supiera de sí misma,  
Envuelta en sus mejores galas,  
Danzando en el funeral de sus nostalgias,  
Nunca se resignaría.

**Román Falquet**

# Daniel Oliva

## Yo sí nací

*(A Rafael Alberti y Aquilino Duque,  
que me ofrecieron la posibilidad de  
esta secuela)*



o sí nací respetadme en un cine  
y de barrio por más señas

condenado  
de por vida a saltarme clases y a-castigarme  
el culo en sus asientos de madera

yo nací en un cine de evocador nombre veneciano  
y en un año de buena cosecha  
la strada moby dick gigante los siete samuráis centauros del desierto

un buen año para empezar  
para regresar a él innumerables veces  
para dar saltos de alegría ya desde la cuna

yo nací en un cine  
y tuve los sueños que tenían todos los niños  
pero los tenía tan cerca que se me escapaban por entre las manos  
como ese mar que nunca vi

aunque para eso  
ya estaban ahí gregory peck o tyrone power  
el ídolo de mi madre  
que lo que son las cosas  
va y se nos muere cerca de casa

# El aparato

*(Contemplando la cámara de  
Louis y Auguste Lumière expuesta en el  
Musée des Arts et Métiers de Paris)*



a búsqueda misteriosa  
la insistencia  
el esfuerzo  
el azar inmisericorde y caprichoso

verlo aquí en su vitrina  
con ese silencio universal  
con ese armazón compacto que se aferra aún a la magia y al prodigio  
[inconsciente]

ver por primera vez su mecanismo elemental  
su humilde manivela  
su inimaginable trascendencia

aquí ante él  
fascinado  
perplejo  
con ese leve escalofrío que impone su presencia única  
porque parece imposible  
sí  
casi inaudito pensar que el mundo existiera antes que él  
que las infancias hayan sobrevivido generación tras generación  
[sin ese alimento]

**Daniel Oliva**



# Elkin Restrepo

## Cuatro Poemas

### Furtivos



ay días en que la vida  
recompensa, dijiste.

Que éste en especial  
hiciera realidad nuestro deseo,  
no entraba en los cálculos,

tal vez porque olvidábamos  
cuán caprichoso  
es el amor y de qué manera  
traba los hilos.

Ahora, por una suerte  
inesperada,  
el uno era dueño del otro,

y furtiva era la canción  
que cantábamos,  
furtivos los besos y abrazos,

furtivo el episodio  
de los cuerpos, amándose.

Si merecíamos  
estar allí,

vueltos de pronto  
arañados ángeles de jardín,

no nos lo preguntamos.

Ninguna razón distinta  
a nuestro deleite  
era una razón importante.

Y tú fuiste mía,  
yo tuyo.

Una vez saciados,  
aquel paraíso se hizo trivial,

y qué pronto dudamos de él.

Su falta de verdor  
se volvió incurable,

incurable  
su maraña vengativa,

su claridad paupérrima.

Evitamos, entonces,  
ser comensales en la misma mesa,

y ya no hubo  
más días de suerte,

y a cada cual tocó cargar  
con el peso de lo suyo.

## Raja



ras la gracia de aquel día  
inusual,

alguien venido  
de regiones centelleantes  
para dar abrigo  
al mundo de acá.

Como si el afán  
de vivir algo verdadero  
lo cumpliera yo ahora

con la rosada jornada  
de tus pies desnudos,

de tu mano enjoyada  
con las mismas ascuas del universo.

Puse mi mano en tu seno,

mi boca rodeó sin dañarlo  
aquel brote de primavera

y luego, resbalando, entreabrió  
tu carnalidad lunar.

Jardín a inicios de una nueva Biblia.

Dios es una raja.

Dios es la gran raja.

## Senelítá



erá lo mismo el amor  
cuando yo envejezca

y no quiera ver ya mi cuerpo  
y el placer poco tenga  
que ver conmigo?

Temo a ese instante.

El paisaje vuelto  
pensamiento melancólico,

el sol que no calienta,

el deseo que no vuelve a casa.

Y la enfermedad,  
como una amante rencorosa,  
ocupándose en no darte tregua.

¿Qué sentido  
tendrá vivir entonces  
si el amor te rehúsa su promesa?

¡Ah, el feroz matrimonio  
de los cuerpos bellos y jóvenes,  
su pasional hechizo!

Si hay una verdad,  
sea ésta:

el fiel aroma de una mujer,  
la burda canción de proxeneta,

Porque de acostarse con el dolor,  
sólo la vejez habla.

# Privilegio



or un privilegio de la vida,  
vuelvo a tenerte entre los brazos.

He aquí lo que el correr de los años  
salvó de su torrente ciego,  
de su rapiña de astro fugitivo.

He aquí lo que el despojo,  
pese a sus caprichos de amo,  
no logró arrebatarse.

Dos a quienes el día a día  
otorgó, sin embargo,  
solidez de palacio de mármol,

y que al abrazarse ahora,  
al amarse otra vez  
—en esta habitación de paso—,

roban al tiempo  
lo que no es de él.

*Elkin Restrepo*

# Lucía Donadío

**Lucía Donadío Copello**, poeta, cuentista y editora, estudió antropología en la Universidad de Los Andes, literatura del Siglo XX en la Universidad Eafit y ha participado en numerosos talleres de Escritores, en Medellín Colombia. Ha sido docente e investigadora etnohistórica y social; dirige el Grupo Literario Letras de la Universidad Eafit y el Taller Literario para Adultos Mayores de la Biblioteca Pública Piloto de la misma ciudad. Sus cuentos y poemas han aparecido en diversas publicaciones colombianas; codirige la revista “Odradek, el cuento” y la editorial Hombre Nuevo Editores.

## La tarde



Te regalo la tarde de ayer  
con su cintura ancha de fuente,  
y esa soledad de las nubes lamiendo  
la cúpula azul en su derroche de alegría,  
y también la tarde de hoy que desfila ante  
mis ojos como un campo azul  
para la sed del tiempo,  
y te regalo también la tarde de mañana  
que vendrá con su paso misterioso.

## Mis muertos



Ma no me alcanzan los dedos de las manos  
para nombrar mis muertos,  
ahora son una ancha procesión de rostros  
sometidos al batallar del tiempo,  
una madriguera de voces errantes  
en la patria de las sombras,  
un enjambre de recuerdos zumbando  
en cualquier instante del día,  
una ausencia continua que devora  
las humildes certezas y siembra  
la marea triste entre las manos,  
un vacío que trae ese otro vacío  
que rueda por mis venas.

## Eviterna Thira

A Thira, esa pequeña isla del Mar Egeo



rguida sobre  
el crisolito  
de un volcán  
asciendes por las  
laderas de tu entraña,  
albergando hondo azul y blanco puro  
en imbricada taracea  
que arrebatada  
lava de los  
ojos.

Derramas  
luces de bengala  
al tramontar el día,  
encendiendo los cuerpos  
que te buscan,  
como si fueras  
Itaca,  
Eviterna Thira.

## Patios



e los patios y sus aristas misteriosas  
emergen las criaturas, las sombras, los recodos,  
allí donde naufrago como un barco entre la arena,  
allí donde me siembro como un ancla en el océano,  
aquí donde me pierdo como una hoja  
que regresa a su rama.

**Lucía Donadío**

# Eva Montero

## Yo soy río.



mi abuela después de muerta reveló en un susurro,  
este secreto.

Tu eres río hija mía, un cauce que fluye.

Sedimenta a su paso y nunca para.

Cristalina bajas por la ladera y arrastras troncos huecos.

Te arremolinas, a veces, en los rápidos para caer cascada.

Otras, te estancas, paredes ajenas.

Meandros son tu pelo.

Almas y vidas en tu interior.

Siéntete río.

No mar, que alimenta otras almas.

La humildad del río, es su grandeza.

Bello milagro creativo inagotable,  
que parte de la nada hacia delante.

Firme y cariñosa, sé río.

Ofrécete a la tierra

siguiendo siempre la corriente de ti misma

## Hozando en las matas de tomates teñidas de deseo.



En el huerto, cierto día, cegado por la pulsión donde no cabe la huida,  
en un espacio abundante de alimento

clavé el hocico en la mata,

que regalaba formas turgentes y

color carmesí en sus frutos.

Premura e impaciencia por satisfacer mi olfato.

No miré hacia atrás, no cuidé mi espalda.

Solo deseo, solo maná prohibido.

Así pasaron dos días o quizá tres semanas.

Colmadas.

Soy jabalí y escarbo en la tierra.

Soy animal que come a destajo.

Hoy, por mi descuido.

Soy plato a otra mesa.

# Santiago Gómez Valverde

## Elogio de la luz



La luz que te desciende  
por la escalera blanca de este cielo,  
y te nace pulsando los acordes  
grises de tus pupilas, verdes sonidos ríe  
en el acento esdrújulo del humor de una lágrima.  
Y pasta la memoria vegetal de los prados  
crecidos en los ojos guerreros de Minerva.  
Transida e indigente, como Verlaine, regresa  
al Palacio de Invierno de las sombras.  
Las anodinas manos del olvido quiebran el fruto de la  
[claridad  
inútil y marchita del día que fue entonces.

## Noche y día

*“Sólo no nos engaña lo que, siendo  
engañoso, no puede ya dañarnos”  
T.S. Eliot (Cuatro cuartetos)*



Como un muerto, con las tripas de asfalto,  
en sangre de alquitrán, las calles se derraman  
y vierten el color de su negrura  
dentro del inconstante arroyo de los días.

Atesoran los niños, en el establo dulce de sus ojos,  
el huevo embrionario de una luz  
que llora, pluma a pluma, el paisaje del mundo.  
El tiempo lo fecunda de una nube de pájaros,  
tejidos con las manos hilanderas del aire.

La vida se diluye en el silencio  
dormido de tu boca. Peregrinas palabras  
huyen con suavidad para que no despierte.



# Antonio Gracia

## Delirio y panacea



veces, en la noche, cuando todo se duerme,  
yo permanezco insomne buscando en mis entrañas  
la conciencia anhelante de un origen sin fin;  
oteo el firmamento y escucho su rumor  
semejante al del palpito de un corazón sublime  
en busca de un buen dios al que dignificar.  
Las estrellas son luces rupestres en el cielo  
y su caverna constelada brilla  
como un lago sereno fruncido de diamantes.  
La súbita armonía me otorga la situd.  
Entonces siento el gozo de una lluvia interior  
que me libera el alma de todo sufrimiento  
y aproxima mis ojos a la clarividencia.  
Siento que ese diluvio de olvidos y deleites  
me revela que estoy hecho de estrellas,  
de sílices y pájaros y saurios ancestrales,  
que el espacio y el tiempo son solamente una  
constelación perenne renaciendo en mi ser  
y soy el magma fósil de la inmortalidad.  
Sortilegio o relámpago, estalla el infinito  
en una íntima hoguera. Y en medio de la noche,  
como un viaje dormido desde el fin al origen,  
se funde el universo en una gota  
de luz impenetrable que fluye hasta mi pluma.  
Y sólo existe cuanto dejo escrito.

# Adela Corsino



Desde el trapecio busco el infinito  
sin alas y sin redes.

Sólo quiero una mano  
el único universo donde cabe mi hombro.

No es tiempo para nada  
no es tiempo de extrañar los besos y su sombra.

Aún permanece intacta su luz sobre tu carne  
y no se irá del todo si respiras su nombre.

Corto la flor de todas las vendimias  
y me adhiero a tu piel  
como la abeja al polen.

Cómo regresar al origen  
de los días y las horas que eran todas nuestras.

Corto la flor que agoniza en mis manos  
porque olvidó la abeja su rutina.

Un caballo vomita la sed intermitente  
el camino se traga la distancia en sus ruedas.

El sol cierra el invierno y resucita espinos  
y se cuelan mimosas atravesando el iris.

Todo parece nuevo y diferente todo.  
Sin embargo la luz es la misma de siempre  
regalándonos siglos.

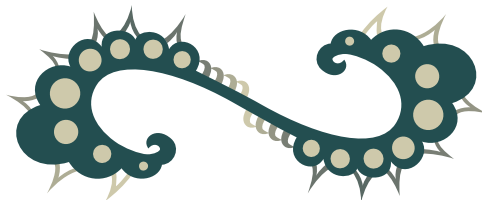
Ha viajado la noche  
por su luna de siempre  
en las horas se rompe su sonrisa.  
La costumbre de verse en el espejo  
le resulta imposible.  
Nada es como era.

Ese ciclo infinito que nos ata a la vida  
que nos muerde la sombra,  
que nos hace invisible,  
que nos lleva hacia dónde.



Fotografía: **Vicente Sierra Puparelli**





# ¿Para qué Poetas?

(Según Zubiri)

Manuel Pérez Cornejo

...Mientras, a menudo me parece  
Mejor dormir que estar así, sin compañeros,  
Esperar así: y qué hacer, mientras, y qué decir  
No sé; y ¿para qué poetas en tiempo menesteroso?  
Pero ellos son, dices tú, como los sacerdotes del dios del vino,  
Que pasan de tierra en tierra en la noche sagrada.

Heme aquí ante la realidad  
Cara a cara. No me escondo,  
Sigo en mis trece, Ni cedo  
Ni cederé, siempre atónito.

(Jorge GUILLÉN, *Cántico*)

Friedrich HÖLDERLIN, *Pan y vino, 1800-1801*  
(Traducción: José M<sup>a</sup> Valverde)

En la mente del vulgo el nombre de muchos filósofos suele ir unido a alguna expresión que, resumiendo de forma aparentemente fácil y cómoda su pensamiento, termina por convertirse en tópico; así, por ejemplo, la figura de Sócrates se vincula al manido “sólo sé que no sé nada”, cualquier alusión a Descartes desemboca en el formulario “pienso, luego existo” y, citando a Ortega, parece obligado mencionar la coletilla “yo soy yo y mi circunstancia”... De igual modo, muchos consideran que el concepto “inteligencia sentiente” basta y sobra para hacerse una idea suficiente de la densa filosofía elaborada por Xavier Zubiri (1898-1983); como mucho, asocian su nombre a un farragoso sistema de pensamiento —el “realismo radical”—, expuesto en un lenguaje críptico, que gira en torno a temas nebulosos, y a primera vista muy poco atractivos: la esencia, la razón, la verdad científica...; pero, quien no se amilana ante los gruesos volúmenes redactados por este eximio representante de la llamada por Julián Marías *Escuela de Madrid*, y tiene la valentía de adentrarse en ellos, descubrirá sorprendido que en Zubiri hay muchas cosas que uno no esperaba encontrar: por ejemplo, toda una *teoría de la poesía*, que el filósofo donostiarra afincado

en la capital de España no llegó a desarrollar plenamente, debido a su carácter excesivamente meticuloso, que le hacía reacio a publicar, obligándole a enmendar una y otra vez sus escritos; el final de su vida le sorprendió, pues, cuando aún no había completado su teoría del *sentimiento afectante*, base de lo que, forzando su a veces poco afortunada terminología, cabría llamar la *poética sentiente*. Hoy en día, el estudioso de su obra se ve reducido a tratar de reconstruir esa poética, cuyos rasgos fundamentales encontrará el lector en las líneas que siguen, a partir de los rastros y pistas dispersos a lo largo de la extensa obra del filósofo.

## 1. La poesía, asunto del sentimiento

La poesía es, desde luego y ante todo, cosa del sentimiento; y éste es el problema que aborda Zubiri en su curso *Reflexiones filosóficas sobre lo estético*, impartido en 1975. En él afirma que el hombre puede instalarse en la realidad, bien mediante su *inteligencia sentiente*, ante la cual se abre la realidad en su dimensión de “verdad”, bien mediante el *sentimiento afectante*, frente al cual la realidad se presenta bajo su dimensión “atemperante”.<sup>1</sup>

1. ZUBIRI, X., *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 1992, p. 340.

El sentimiento es, para Zubiri, el “modo de estar en la realidad” característico del ser humano, que, modelado de muy diferentes maneras, le permite a éste “atemperarse” a las realidades que lo rodean; de manera que, aunque el sentimiento es un acto del sujeto, no es en modo alguno “subjetivo”, pues nos “abre” a la realidad de forma diferente a la del conocimiento, mostrándonos diferentes facetas de la misma: “Es la realidad misma –afirma Zubiri– la que es enristeciente, la que es alegre, la que puede ser amable, antipática u odiosa”<sup>2</sup>; nuestras reacciones sentimentales son, por tanto, modos de reaccionar que tiene la sensibilidad del sujeto ante las diversas facetas, más o menos temperadas, es decir, más o menos suaves, inquietantes o ariscas, de la realidad.<sup>3</sup> Y eso no es todo: el sentimiento tiene en Zubiri, además, un carácter “videncial”<sup>4</sup>, gracias al cual el hombre puede acceder a “lo esencial” de la realidad, especialmente cuando se modula como sentimiento *estético*, y descubre la belleza de la misma.

Pero aunque todo hombre puede, en principio, experimentar sentimientos y conmoverse ante la belleza, es el poeta quien, además de poseer esa facultad en mayor grado, está en condiciones de crear una obra literaria capaz de concentrar y *expresar* tales sentimientos, dotándolos de forma adecuada para que el ocasional lector pueda también obtenerlos.

Según Zubiri, el poema, como obra de arte, constituye “una expresión de lo actual de la realidad misma”, tal como afecta al sentimiento<sup>5</sup>; porque un poema no

es una cosa real, sino lo que Zubiri llama una “cosa-sentido”<sup>6</sup> –o, lo que es lo mismo: una cosa *cargada de sentido*–, ya que en él se presenta una *interpretación de la realidad*, más profunda que la ordinaria, por cuanto en ella interfieren, en fecundo encuentro sentimental, la realidad del poeta, la realidad de las cosas y las personas con las que el poeta entra en contacto y, por último, la realidad del hipotético lector de la pieza literaria.

## 2. Los tres niveles de aprehensión poética de la realidad

¿Cómo opera la mente del poeta a la hora de componer poesía? Zubiri señala que su labor atraviesa tres estratos o niveles:<sup>7</sup>

A) El nivel de la *aprehensión primordial*, por la cual el poeta adopta una amplia actitud de fondo, “atemperada” a la belleza general de las realidades que lo circundan; como afirmaba Zubiri en el emotivo recuerdo que dedicó en 1976 a Luis Felipe Vivanco:

“La realidad no es sólo verdadera y buena, es también pulcra. Y cuando esta realidad y este modo de sentir las cosas, de sentirse atemperado en ellas, se hace y se expresa en palabras, entonces me imagino que es cuando puede nacer la poesía.”<sup>8</sup>

De este modo, el poeta cae absorto ante la belleza del Mundo, e intima sentimentalmente<sup>9</sup> con la “unidad melódica” de los diversos “Cosmos” que lo componen<sup>10</sup>;

2. ZUBIRI, X., *Op. Cit.*, p. 337; Cf. también: BORREGO, J., “Estética en X. Zubiri”, en: <http://usuarios.lycos.es/javierborrego/private/trabajos/esticazubiri.html>, p. 4.

3. “Los sentimientos no son meramente subjetivos, [sino que] todos los sentimientos nos presentan facetas de la realidad, no solamente estados míos.” (ZUBIRI, X., *Op. Cit.*, p. 342). Jesús Conill piensa que Zubiri ha encontrado la inspiración para esta reivindicación del sentir en las reflexiones sobre el cuerpo realizadas por Nietzsche; Cf. “Nietzsche y Zubiri”, en: *Sistema*, 126 (1995), pp. 129-30. Por lo demás, resulta interesante resaltar la coincidencia de este punto de vista con el expresado por el filósofo colombiano Nicolás Gómez Dávila: “La tristeza es percepción del rostro triste del mundo, el tedio de su faz tediosa, la dicha de sus aspectos dichosos, el júbilo de sus rasgos jubilantes.” (*Escolios a un texto implícito*, Atalanta, Girona, 2009, p. 258)

4. ZUBIRI, X., *Sobre el hombre*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 1998<sup>2</sup>, p. 479; sobre este aspecto “videncial” del sentimiento, que le permite al ser humano acceder a los ámbitos de realidad más profundos y cargados de significación, Cf.: LÓPEZ QUINTÁS, A., “X. Zubiri. La inteligencia sentiente y el estar en la realidad”, en: *Filosofía española contemporánea*, BAC, Madrid, 1970, p. 202, y PÉREZ CORNEJO, M. “Sentimiento, realidad y belleza: un acercamiento a las ideas estéticas de X. Zubiri”, en: *Estudio Agustiniiano*, vol. XLII, 3 (2007), pp. 546-47.

5. ZUBIRI, X., *Sobre el sentimiento y la volición*, *Op. Cit.*, p. 350.

6. Para el concepto de “cosa-sentido”, Cf.: ZUBIRI, X., *El problema teológico del hombre: Cristianismo*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 1999<sup>2</sup>, pp. 376, 378 y 404-405; *Estructura dinámica de la realidad*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 1995<sup>2</sup>, pp. 228-229, y *Escritos menores*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2007, pp. 109, 352 y 373.

7. Zubiri advierte explícitamente (siguiendo en este punto a Goethe, para quien existe una unidad indisoluble entre sensibilidad, imaginación y razón: Cf. ZUBIRI, X., *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2002, p. 130) que estos estratos se citan independientemente sólo por motivos de exposición; en realidad, cada uno de ellos “incluye al anterior intrínsecamente”; no se trata, por tanto, de tres planos de intelección sucesivos, sino de tres modalidades de una única intelección. (Cf. ZUBIRI, X., *Inteligencia y razón*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2001<sup>2</sup>, pp. 321-324).

8. ZUBIRI, X., *Escritos menores*, *Op. Cit.*, p. 272.

9. ZUBIRI, X., *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 1998<sup>5</sup>, pp. 106 y 263.

y aunque esa experiencia poética de base –que incluye, evidentemente, al ser humano- tiene algo de inefable, de místico, el poeta se esfuerza, a pesar de todo, por expresarla, a través del lenguaje.<sup>11</sup>

**B)** Partiendo de este “sentimiento de fondo”, que, parafraseando a Kant, es la “condición de posibilidad” de cualquier experiencia poética, se avanza al estrato de la *intelección sentiente*: el poeta se centra en la riqueza de matices que revela un determinado “campo de la realidad”<sup>12</sup>, y su sentimiento descubre “lo que cada cosa real *es en realidad*”<sup>13</sup>, inteliéndola en relación con otras realidades, e insertándola en un ámbito más amplio, con lo que enriquece y matiza la sensación experimentada en la aprensión primordial. Su sensibilidad se mueve ahora en varios niveles, posándose bien en el primer plano, bien en el centro o en el fondo del campo enfocado, dependiendo de la fuerza con que le apelen los objetos y personas que componen el sector de lo real al que se enfrenta.

Ahora bien, el campo surge únicamente si el poeta toma al mismo tiempo *distancia* respecto de la realidad que lo atrae, mediante un movimiento de retracción mental que le libera hasta cierto punto de ella, convirtiéndolo en espectador (apasionado, pero aun así *espectador*) de la misma. Asumiendo distancia, lo aprehendido se irrealiza, apareciendo con ello el orbe de lo *irreal*, en el cual el poeta puede moverse libremente, esto es, creadoramente.<sup>14</sup> Valiéndose de su libre fantasía, el poeta se dedica a re-crear los objetos, personas y situaciones aprehendidos, reconfigurando a su gusto las notas que los componen, para configurar una nueva realidad, que Zubiri denomina “realidad en ficción”.<sup>15</sup> Conviene tener presente, no obstante, que “lo que se irrealiza no es formalmente el momento de realidad, sino tan sólo su concreto contenido. De ahí que lo

que se finge no es ficción de realidad, sino realidad en ficción”<sup>16</sup>; esto explicaría la especial *presencia* de la que gozan los objetos y personajes que aparecen en los poemas, los cuales, a pesar de su irrealidad, a veces parecen *más reales* que la realidad misma (Zubiri pone como ejemplo la figura literaria de “Don Juan”).

Por este motivo, un poema está lleno de particularidades (de “notas”, en la terminología zubiriana) muy diferentes de las que poseían las personas, objetos o situaciones que inicialmente lo suscitaron. A esos elementos de los que está compuesto principalmente el poema, a medio camino entre la realidad y la irrealidad, entre lo percibido y lo construido, los denomina Zubiri “fictos”. Un poema es, por tanto, una realidad “simplemente postulada”, compuesta por fictos (perceptos antes reales, pero ahora irrealizados y recreados). Ni que decir tiene que todo poema “tiene [también] muchos conceptos, pero no está construid[o] según conceptos”, sino, como decimos, “según fictos”<sup>17</sup>, los cuales, si se encuentran armónicamente organizados, dotan al poema de una peculiar evidencia, de su propia “existencialidad” y “exactitud”<sup>18</sup>, por las cuales se mide el grado de pericia lírica alcanzado por el poeta.

**C)** El último paso lo da el poeta mediante la *razón sentiente*, y corresponde al *ars poetica* propiamente dicha. El poeta *interpreta* ahora el campo estético que ha destacado y realzado; es decir, su razón lo *piensa*, valiéndose de lo que Zubiri llama el “pensar fantástico”<sup>19</sup>, que se vale, sobre todo, de *metáforas*: “El poeta poetiza porque las cosas le dan que pensar. Y esto que así piensa de ellas es su poesía. Que lo inteligido así sea una realidad teóricamente conceptualizada o sea una realidad en ficción, o sea realidad poética, no cambia la esencia de la intelección como razón. Una metáfora es un tipo entre otros de mi razón de las cosas.”<sup>20</sup> ¿Y qué se propone ese

10. “Mundo” –especifica Zubiri en *Espacio, Tiempo, Materia* (Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2001<sup>2</sup>, p. 419)- no es igual que “Cosmos”. No puede haber más que un Mundo, pero Cosmos, en principio, puede haber infinitos. En una reflexión que recuerda los argumentos de San Agustín, Zubiri dice que esos Cosmos muestran una estructura musical, melódica, que incluye, por supuesto, disonancias: “El decurso accional del Cosmos es, no causalidad *natural*, sino melodía. (...) La interacción de las cosas es una determinación de la unidad melódica del Cosmos. (...) Las disonancias de la interacción son momentos de la unidad melódica del Cosmos y están determinadas por ella. (...) La melodía cósmica envuelve formalmente las llamadas disonancias.” (*Ibid.*, pp. 428-429)

11. Cf. COROMINAS, J. / VICENS, J. A., X. Zubiri. *La soledad sonora*, Taurus, Madrid, 2006, p. 693.

12. ZUBIRI, X., *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*, Op. Cit., p. 269-276.

13. ZUBIRI, X., *Inteligencia y logos*, Madrid / Fundación Zubiri, 2002, p. 16.

14. “El ocio del poeta no es otra cosa sino la libertad con la que se mueve en el ámbito de lo real en actitud filosófica.” (ZUBIRI, X., *Escritos menores*, Op. Cit., p. 271)

15. ZUBIRI, X., *El hombre: lo real y lo irreal*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2005, p. 27.

16. ZUBIRI, X., *Escritos menores*, Op. Cit., p. 121. Sobre la creatividad poética, Cf. *Inteligencia y logos*, Op. Cit., p. 95; sobre el papel que juega la fantasía en dicha creatividad, que Zubiri recoge también con toda probabilidad de Goethe, Cf.: ZUBIRI, X., *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*, Op. Cit., pp. 130-131.

17. ZUBIRI, X., *Inteligencia y logos*, Op. Cit., pp. 129-131.

18. *Ibid.*, pp. 225 y 232.

19. ZUBIRI, X., *El problema filosófico de la historia de las religiones*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2006<sup>3</sup>, p. 128. Este

pensamiento poético? Para Zubiri no cabe duda: lo mismo que la filosofía o la ciencia: averiguar *qué puede ser realmente el mundo*.<sup>21</sup> Para ello, la intelección se pone “en marcha”, desde el “campo” al “mundo”, para buscar la realidad-fundamento que le permita *comprender*<sup>22</sup> los objetos poetizados; y en esa búsqueda la razón crea libremente un “principio” o *canon*<sup>23</sup>, esto es, diseña un conjunto de “ideas” (metafóricas) que son las que, a su entender, corresponden al contenido fundamental de la realidad, a su “esencia” más profunda”, expresándolas a través del material lingüístico.

El lenguaje metafórico, característico de la poesía, opera sobre las notas esenciales de los objetos reales. En la ontología de Zubiri, las cosas son sistemas de notas –algunas de ellas esenciales- que se mantienen en unidad<sup>24</sup>; pero el poeta, valiéndose de su pensamiento fantástico, remodela y compara esas notas con las de otras cosas reales, a fin de establecer sistemas de relaciones complejas entre ellas, creando nuevos encuentros que permitan profundizar en su sentido y captar su auténtica realidad, insertándolas en un sistema más amplio del mundo.<sup>25</sup> Crea así su propio “mundo poético”, más rico

y pleno de sentido que el mundo vulgar de la realidad cotidiana: se trata, desde luego, del mismo mundo, pero visto y entendido *mucho más profundamente*.<sup>26</sup>

Así, parafraseando a Heidegger, podríamos decir que en la estética literaria de Zubiri, la poesía constituye *la puesta en obra de la realidad en cuanto realidad*, es decir, la realidad aprehendida en su *verdad*, que ostenta siempre una validez universal. Para *esto* sirven, pues, los poetas, especialmente en tiempos menesterosos como los que corren: para ayudarnos a sentir más y mejor la realidad, permitiéndonos conocerla *más a fondo, más intensamente*.<sup>27</sup>

Es evidente que el poeta “se lanza” al conocimiento de la esencia de la realidad dotado de una mentalidad (*forma mentis*) muy concreta, es decir, una “habitud intelectual” distinta de la del científico o el filósofo, mentalidad que, a su vez, está condicionada por la época y la sociedad a las que el poeta pertenece, las cuales determinan su peculiar manera de ejercer su pensamiento poético, el sector de la realidad que su sentimiento descubre, y las metáforas que utiliza para describirlo:

---

“pensar fantástico” constituye, a mi entender, un riguroso correlato de la “razón poética”, desarrollada por María Zambrano (antigua discípula de Zubiri) desde al menos 1939, fecha de publicación de *Filosofía y poesía*; sin embargo, no parece que Zambrano haya influido en absoluto sobre el pensamiento de su maestro, debido a su condición de exiliada, y al escaso o nulo conocimiento que de su obra se tenía por entonces en la España franquista; se trata, por tanto, de una interesantísima coincidencia entre estos dos eximios representantes de la filosofía española del siglo XX, que, sin duda, hay que poner en relación con las reflexiones estéticas anteriormente desarrolladas por Ortega. Respecto a las relaciones Zubiri-Zambrano, Cf. GÓMEZ CAMBRES, G., “El realismo de Zubiri y M<sup>a</sup> Zambrano”, en: ORTEGA MUÑOZ, J. F. (et al.), *M<sup>a</sup> Zambrano: Raíces de la cultura española*, Fund. Fernando Rielo, Madrid, 2004, pp. 81-95.

20. ZUBIRI, X., *Inteligencia y razón*, Op. Cit., pp. 43-44.

21. Cf. MARQUÍNEZ ARGOTE, G., “Literatura y realidad: Zubiri y García Márquez”, en: LÓPEZ ARANGUREN, J. L. (et al.), *Ética y estética en X. Zubiri*, Trotta / Fundación Zubiri, Madrid, 1996, p. 132.

22. O, como dice Zubiri, “mensurar”: Cf. *Inteligencia y razón*, Op. Cit., p. 59.

23. *Ibid.*, p. 45.

24. ZUBIRI, X., *Sobre la esencia*, Alianza / Fundación Zubiri, 1972<sup>2</sup>, p. 486.

25. “El sistema determina la función de cada nota, y la expresión de esta determinación estructural es la significación.” (ZUBIRI, X., *Escritos menores*, Op. Cit., p. 109)

26. Cf. ROJO RUIZ, B., “Sentires, sentido y poesía en X. Zubiri”, en: *The Xavier Zubiri Review*, Vol. 1, 1998, pp. 39-47, <http://www.zubiri.org/general/xzreview/1998/sentires.html>

27. Se advierte un claro paralelismo entre este ideal de “desocultación” poética de la realidad y el concepto de poesía sostenido por Jorge Guillén, Pedro Salinas o Vicente Aleixandre –todos ellos miembros de la Generación del 27, a la que perteneció Zubiri, según Pedro Laín Entralgo (Cf. Entrevista en *El País*, 31-12-1998). J. Corominas y J. Vicens, biógrafos del filósofo, afirman que “toda [la obra de Guillén, especialmente *Cántico*, 1928-1950,] es un poema elemental, un cántico de las cosas, de eso tan físico y al mismo tiempo tan indefinible que describe filosóficamente Zubiri, y que se llama realidad. Cada verso de Guillén es una sorpresa ante la contundencia con que se afirma cada cosa; no una reivindicación jubilosa del mundo, sino extrañeza ante aquello que, de tan elemental, es casi invisible. (...) Guillén poetiza la alteridad de los objetos y del yo, la autonomía de los seres que pueblan el mundo. (...) Es una poesía de la aprehensión de la realidad.” (COROMINAS, J. / VICENS, J., *X. Zubiri. La soledad sonora*, Op. Cit., p. 659) También para Salinas la poesía constituye un modo de aproximarse a esa “luz que llamamos realidad”: su tema es “el mundo entero, la realidad total (...) que rodea al hombre” (SALINAS, P., “La realidad y el poeta”, en: *Ensayos completos I*, Taurus, Madrid, 1983, pp. 12 y 22 y 279-90); en palabras de Aleixandre, en fin, los poetas, si son algo, son “indagadores de la realidad; no inventan nada: descubren, enlazan, comunican.” (ALEIXANDRE, V., “Nuevos encuentros con D. Luis de Góngora”, en: *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1968, p. 1350); su búsqueda “no se contenta con la verdad superficial”, sino que, valiéndose de un “conocimiento pasional”, tratan de “alumbrar la última realidad, más real que la solo aparente de la superficie.” (“A la segunda edición de *Pasión de la tierra*”, Op. Cit., p. 1449)



“A la razón –dice Zubiri- le es esencial una figura o forma como hábito intelectual de lanzamiento. (...) [Es diferente], por ejemplo, (...) el lanzamiento ‘hacia’ lo real de un modo poético o de un modo científico. (...) Dentro de un mismo modo intrínseco del ‘hacia’, por ejemplo, dentro del ‘hacia’ poético, caben muchos modos de hacer lo que llamamos poesía; no es lo mismo lo que entienden por poesía los primitivos sumerios o lo que entienden por poesía los poetas del helenismo. (...) Es una diferencia de distinto orden a la que existe entre los modos de hacer ciencia entre sí, según caracteres antropológicos. La *forma mentis* consiste en este caso en la diferencia entre hacer ciencia y hacer poesía. (...) [Así pues,] lo que entiendo por *forma mentis* [es] la figura concreta que la intelección adopta en su modo formal de estar lanzada a lo real en el modo de lanzamiento en cuanto tal. (...) Este concepto tiene un nombre muy preciso: es *mentalidad* (...) La diferencia entre intelección científica y poética constituye dos mentalidades, la científica y la poética. Estas son dos mentalidades estrictas. (...) No es la misma la mentalidad del científico, que la del poeta, que la del político, que la del teólogo, que la del filósofo, etc. Y esto, repito, no sólo por el ‘contenido’ de su razón, sino sobre todo por la ‘línea’, por la hábito en la cual la razón marcha lanzada en búsqueda.”<sup>28</sup>

La inteligencia sentiente busca, por tanto, alcanzar la verdad en todos sus niveles; pero, mientras que en la mentalidad científico-filosófica prima el aspecto *intelectual* sobre el sentiente, en la mentalidad poética destaca más la aportación del *sentimiento*, que matiza la seca inteligencia, a la hora de lanzarse a esbozar cómo pueden ser los estratos más profundos de la realidad.<sup>29</sup>

### 3. Historicidad de los estilos poéticos

Pero hay más: cada poeta parte de un sistema de referencias estéticas que le abre un determinado panorama de posibilidades para entender la realidad,

al tiempo que le obtura otras; porque “entender –dice Zubiri- es siempre algo esencialmente relativo al sistema de posibilidades que se han esbozado para acercarse a las cosas”.<sup>30</sup> Así pues, cada estilo poético, condicionado por factores históricos, sociales, biográficos, etc., es decir, por el “contexto”<sup>31</sup> en el que ha surgido, implica una aproximación al mundo y al hombre, elegida entre las muchas posibles, y un *encuentro* con ciertos aspectos de ambos, que supone, al mismo tiempo, la postergación de otros. De la “fecundidad” del “sistema de posibilidades” elaborado por el poeta –o por una generación de poetas- dependerá la amplitud y profundidad de su mirada sobre la realidad, siendo estos parámetros los que determinan la grandeza o mediocridad de su producción lírica.

Obviamente, los sistemas estilísticos ensayados a lo largo de la historia nunca llegan a agotar la riqueza de la realidad; por eso, los estilos poéticos van cambiando, dando lugar a los distintas escuelas, períodos y generaciones, que se suceden a lo largo del tiempo (poesía clásica, trova medieval, lírica renacentista, barroca, de vanguardia...), abriendo camino a lo que se conoce como “historia de la literatura”, dentro de la cual el concepto de “belleza” tiene, forzosamente, un carácter histórico, relativo (que no relativista) y plural. Porque, como dice nuestro filósofo: “la historia de la verdad es una marcha hacia la realidad más honda del objeto mismo”<sup>32</sup>; y ¿quién negará que la poesía forma parte esencial de dicha historia?

Los poetas de cada época heredan por *tradición* un sistema de interpretación de la realidad (lo que se llama un “estilo”)<sup>33</sup>; pero pueden limitarse a continuarlo, manteniéndose fieles a las posibilidades de interpretación que dicho sistema les ofrece, o pueden optar por crear un nuevo sistema interpretativo, es decir, un nuevo estilo poético, más o menos vanguardista; porque ni la realidad, ni los sistemas que la razón sentiente poética utiliza para interpretarla quedan nunca cerrados<sup>34</sup>; en cualquier caso, la vía abierta por un determinado estilo poético durará más o menos tiempo, dependiendo de su “viabilidad”, es decir, de lo que “dé de sí” el sistema de referencia que se ha elegido para

28. ZUBIRI, X., *Inteligencia y razón*, Op. Cit., pp. 150-155.

29. *Ibid.*, pp. 172-201. Como afirma de nuevo Nicolás Gómez Dávila en otro de sus impagables aforismos: “La inteligencia literaria resulta de la fusión de la sensualidad y el intelecto.” (*Escolios a un texto implícito*, Op. Cit., p. 789)

30. ZUBIRI, X., *El hombre y la verdad*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2001, p. 92.

31. ZUBIRI, X., *El problema teológico del hombre*, Op. Cit., p. 221.

32. ZUBIRI, X., *El problema filosófico de la historia de las religiones*, Op. Cit., p. 315.

33. Cf. GALLEGOS DÍAZ, C. “Aportes a la teoría del sujeto poético”, en: <http://www.ucm.es/info/especulo/.../sujetoet.html>

34. Cf. ZUBIRI, X., *Estructura dinámica de la realidad*, Op. Cit., p. 265, y *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*, Alianza / Fundación Zubiri, Madrid, 2006, p. 80.

interpretar poéticamente la realidad, hasta que éste termina por agotarse.<sup>35</sup>

De este modo, y resumiendo, aunque Zubiri no ofrece una definición de “maestría poética”, quizás podríamos decir que una composición constituye una “obra maestra” cuando, gracias a la sabia combinación de notas constitutivas de los elementos que lo componen (fictos y conceptos, mediatizados a través del material lingüístico), el poeta ha sabido crear con ella un mundo dotado

de amplia carga de sentido, abierto a nuevas dimensiones de la realidad, natural y humana, y capaz de expresar su sentimiento ante el mundo, abriendo, al mismo tiempo, con ello un abanico de posibilidades creadoras inéditas a los futuros poetas. Una poesía genial es, en definitiva, aquella que nos hace conocer el mundo de un modo más profundo, más rico y más humano.

**Manuel Pérez Cornejo**



Fotografía: **Vicente Sierra Puparelli**

---

35. ZUBIRI, X., *El problema filosófico de la historia de las religiones*, Op. Cit., pp. 206-207.



# La enseñanza de la Literatura

Antonio Gracia

## I.- Propósito: Enseñar a leer.

Todo alumno será mañana un ciudadano. Y, como tal, debe estar preparado, tarea que, en buena medida, concierne al profesor. Es este el que debe enseñar que el mejor equipaje para la existencia es el del conocimiento, algo que espera pacientemente en los libros. Los buenos libros -eso es lo que debe enseñar el profesor- son aquellos en los que siempre ganamos algo, aquellos en los que descansamos mientras aprendemos. Y que estos, para muchos hombres y mujeres que antes fueron alumnos, constituyen uno de los grandes placeres de sus vidas. Quizá porque el libro nos dice lo que nadie sabe decirnos, y cuando nosotros decidimos escucharlo, o porque con él estamos tan sabiamente solos como prudentemente acompañados. Por eso los libros son los seres humanos que más amigos tienen. El libro es la única ciudad a la que nadie puede impedirnos entrar y gozar de su hospitalidad.

Sin embargo, resulta sorprendente constatar cómo la inmensa mayoría del público lector se adentra en libros de escasa identidad y lee historias de poca enjundia. Pocos de entre el gran público -nacido de las aulas- saben que la *Metamorfosis* de Ovidio narra las más hermosas e imaginativas historias de ciencia-ficción -y que conocerlas supone poseer las claves de cuantos mitos importantes sustentan la cultura occidental-; o que el *Decamerón* de Boccaccio y el *Heptamerón* de Margarita de Navarra contienen el erotismo más sugerente y atractivo, sin caer en la disentería pornográfica; o que la *Madame Bovary* de Flaubert es la novela "rosa" mejor escrita de la historia; o que *Crimen y Castigo* de Dostoievski es la más sabia novela policiaca; que *Enma Zunz*, de Borges, es, entre otras cosas, el más noble ejemplo de crimen perfecto; que Poe ha escrito las más deslumbrantes narraciones extraordinarias; que la novela *1984* de Orwell hace comprender mejor que nadie -y con mayor pavor-, la política...

¿Quién no se apasionará con el tema de la eterna juventud leyendo el *Dorian Gray* de Oscar Wilde? ¿Quién no quedará preso entre los celajes de los celos de *El túnel* de Sábato? ¿Quién no conocerá mejor al ser humano al adentrarse en *La sala número seis* de Chejov? Y si el lector se interesa por la sociología no vaya a manuales, donde se entretendrá demasiado y saldrá tal vez desnudo de sapiencia, sino a Balzac o Dickens; y si de sicología, acuda sin dudarle a Dostoievski; y si quisiera saber de todo un poco éntrese en *El Quijote* aunque le parezca que su mundo nada tiene que ver con nuestro tiempo. ¿No muestra con claridad *Fahrenheit 451*, de Bradbury, los peligros de la desaparición del libro y, por ello, de la cultura, mientras nos envuelve en su trama? ¿Acaso no hay, como las citadas, otras muchas obras que, una vez leídas, conducen hasta otras similares y convierten al ciudadano en un conocedor del mundo interior, sin el cual no es posible desenvolverse bien en el de su cotidianidad, que es la sociedad actual?

## II.- Una consideración sobre el origen.

En el principio, el hombre era un ser desorientado. Todo le sorprendía y asustaba en aquel universo de tinieblas. El automatismo de su conducta empezó a ser observación reflexiva y surgió el pensamiento, el encadenamiento de las causas a sus consecuencias.

El arca de la experiencia se enriqueció y no bastó la tradición oral: brotó la escritura para que el presente, como un sabio testigo, fuese un pasado aleccionador del futuro. Nació el libro como resultado de la cristalización del pensamiento, como legado de los empirismos para aprender a no tropezar dos veces en la misma piedra y para que la experiencia, asegurada por generaciones, fuese el primer peldaño de la torre de la sabiduría. Lo que el hombre había resuelto durante milenios de observación y reflexión podía conocerlo un solo hombre, cualquier hombre, leyendo su pretérito.

Quien leía engranaba en cada instante de su mente siglos de filosofías, multitud de maneras de vivir.

En aquella aurora de su inteligencia, el hombre sintió la inmensa soledad ante los firmamentos de la vida y la muerte. Pero escribiendo hablaba consigo mismo, y para los demás; y leyendo, escuchaba a los mejores conversadores que pudieran hallarse. Se decía y oía cuantos problemas y sus soluciones se habían dado hasta entonces. La incompreensión y la indefensión se exorcizaban con la escritura y en la lectura. Así, escribir y leer se constituyen en el mayor acto de solidaridad y consuelo frente al inmenso abismo de la noche interior. De modo que la soledad no existe mientras exista el libro. Porque los libros son las personas más sabias -y las únicas vivas perdurablemente- de cualquier civilización; así que: ¿cómo negarse a hablar con ellos? Séneca anotó: *Mis conversaciones más frecuentes son con los libros.* Quevedo lo ilustró con estos versos: *Retirado en la paz de estos desiertos,/ con pocos, pero doctos libros juntos,/ vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos.* Y Descartes lo prosificó así: *La lectura es una conversación con los hombres más Ilustres de los siglos pasados.* Incluso Maquiavelo afirma: *Al hablar con los libros no temo la pobreza, no me altera la muerte.*

De lo anterior se deduce que el pensamiento es la causa que ennoblece la existencia; y, puesto que la sabiduría se deposita en los libros, quien no lee desprecia a sus antecesores y no aprende a pensar idóneamente, con lo cual se equivoca o acierta menos en su vida.

Dice Hölderlin que sólo es feliz quien halla un destino a su medida. Afirma Angrac Ianto que los libros son *heraldos del porvenir y estrategias del mañana.* De modo que solamente leyendo aprendemos a trazar ese destino. Enseñemos el amor por la lectura y cambiaremos el mundo: porque el libro es la palanca de Arquímedes del progreso. En los libros está la vida. Y por ello, quien no lee es un suicida. ¿Dónde sino en los libros se guarda la memoria de la paz y la guerra, de las virtudes y de los defectos, del positivismo y de los fatalismos? Platón dijo de la escritura que era *el fármaco de la memoria.* Tal vez por eso Borges afirmó: *Otros se enorgullecen de lo que han escrito; yo, de lo que he leído.* El gran lector que fue Alonso Quijano el Bueno afirma: *Yo sé quién soy y sé que puedo ser todos.*

Todos somos hijos de los libros. Sin ellos no existiríamos. Por ellos el cerebro es la mayor biblioteca del universo.

### III. Tras la búsqueda de un método pragmático.

#### 1.- Sólo nos interesa aquello en lo que nos reconocemos.-

Cada día se hace más evidente que los estudios tecnicistas y exclusivistas no conducen más que a recuerdos aislados, fechas, nombres, inscripciones memorísticas que parecen epitafios: algo que, lejos de atraer al alumno, lo ahuyenta porque siente que está tratando con un cementerio de vivos del pasado. Pero la enseñanza de la literatura debe presentarse -en mi opinión- como algo cuya esencia y semilla radica en nuestras vidas: si el alumno escribe un texto confesional o subjetivo en el que muestra sus preocupaciones, y luego intenta mejorar ese texto -individual y colectivamente: buscando sinónimos, sintetizando, pulimentando su discurso...- tendrá dos textos propios: el originado espontáneamente y el escrito con voluntad de perfeccionamiento del anterior. Llegará así al hecho compulsivo -instado por el profesor- de escribir lo que ha sentido, y al reflexivo del enriquecimiento de lo escrito para clarificar y dignificar la escritura de sus experiencias: espontaneidad y voluntad, cotidianeidad y “embellecimiento” de la lengua, impulso expresivo y diafanidad expositiva.

#### 2.- La literatura es perfeccionar lo que sentimos y decimos.-

Así es como pasa del habla a la literatura: si el alumno tiene unos intereses que se le han hecho más evidentes al escribirlos (por lo que se conoce mejor) y que él, o alguno de sus compañeros, seguirá confesionalmente escribiendo y perfeccionando, es el momento oportuno de mostrarle que a lo largo de la historia ha habido muchos hombres que también escribieron (o pintaron, compusieron...) y confirieron una voluntad de perfeccionamiento a sus escritos; es decir, que dentro del hombre hay un ansia por confesar lo que siente y lo que piensa, lo que vive física y mentalmente, sus deseos y fracasos, sus frustraciones, sus paraísos y sus infiernos, sublimándolos o exorcizándolos: el Arte. Y el hecho de que exista el Arte no es más que la demostración de que esa necesidad de expresarse es una constante histórica en el espíritu de los hombres.

#### 3.- Un autor fue también un alumno que continuó escribiendo durante toda su vida.-

Tal expresión del mundo interior y exterior puede manifestarse a través de los diferentes lenguajes artísticos. Y en el lenguaje de la lengua hay hombres que lo hacen contando o inventando su vida o la de los demás:

cantan la épica de la realidad o de los sueños: he aquí Ulises, Eneas, Mio Cid, la novela, el cuento... También hay quienes lo hacen confesando subjetivamente, más del lado de las emociones: dictan la lírica de su espíritu: Dante, Petrarca, Quevedo, Garcilaso, Bécquer... Y hay quien prefiere subir a un escenario lo que su mente bebe de su vida y ponerlo en boca y gestos de otras personas que son sus personajes: transforman en diálogo teatral sus cosmovisiones: Eurípides, Shakespeare, Lope, Valle-Inclán...

#### **4.- Cuando interesa un tema, se indaga en su cronología.**

Y sería bueno que en lugar de estudiar los textos de tantos hombres que han escrito para dejar constancia de su vida, de sus aciertos, de sus errores, de las verdades del espíritu que han descubierto o de las mentiras del cuerpo que han desentrañado, sería conveniente, digo, que sus obras fuesen observadas no de una forma simplemente cronológica, sino a través de temas que el alumno siente como propios: porque lo que se parece a lo nuestro parece -es- nuestro y, por ello, de interés: trazar la bisectriz semántica y recorrer la historia como un lector viajero en unas singladuras cuyo periplo insiste en los hitos artísticos. Una visión diacrónica que estudia lo sincrónico.

#### **5.- De lo trivial a lo universal y metafísico.-**

De modo que el alumno expresa, por ejemplo, cuanto hizo desde que sonó el despertador hasta que llegó al Instituto: ocurren muchas cosas que se enhebran: sentimientos, pensamientos, aerolitos mentales surgidos como un trueno: "*mecachis este ruido mi madre que me llama hhuunmm examen mi aaamiga el agua con lo fría qué buena que está no me acuerdo de nada la escalera qué estrecha esta noche la peli esa moto me pilla eh tío el profe pa qué quiero estudiar allí viene con lo buena que si me vuelvo y no voy?*".

Bien: en ese trayecto multitudinario, la cabeza es como una nave espacial que atraviesa franjas de la realidad y la memoria, deseos y fracasos, de modo incontrolado, involuntariamente. En ese monólogo interior tenemos el esquema del viaje: cosas, personas, sensaciones, microestructuras narrativas. Ya estamos en la Épica: eso, elevado y categorizado, es el viaje a lo largo de la historia, el viaje que hizo Ulises, el viaje que hizo Don Quijote, el viaje como sátira (Gulliver) o como demostración de que la cultura puede apropiarse de la naturaleza (Robinson Crusoe)... Sin duda es mucho más atractivo así: descubrir a través del viaje personal (el de Robinsón también fue una "excursión"

como la que ha podido contar el alumno) las diferentes formas, fórmulas, estructuras que puede adoptar: los viajes físicos o síquicos, las aventuras, los personajes: todo cuanto le ocurre al alumno, todo lo que conforma su vida, ya estaba en esos libros porque sus autores son seres como él, y cuanto le ocurra puede estar -si ese fuera su caso- un día en otro libro: el fin de semana ha sido un trayecto como el de Simbad, el de los Argonautas o el de Gordom Pym: va a visitar a su amiga como Cándido a Cunegunda, ambos se buscan como Persiles y Segismunda, tiene un tropiezo con un camorrista como Ulises con Polifemo, desea a su compañera de clase como Don Juan a Doña Inés o Molly Bloom a Dédalus... Y para comprender mejor esos personajes, ambientes, aventuras, estructuras... ahí están la lingüística ("ma non troppo"), la sociología, la historia, la filosofía, la psicología... (las otras asignaturas que no deben ser "otras", sino ingredientes de un mismo saber), y las traducciones musicales (*Don Quijote* de Telemann, *Variaciones sobre un tema caballeresco* de Strauss, *El retablo de Maese Pedro* de Falla...) y cinematográficas (*Don Quijote* de Kocinkev o *El 7º sello* de Bergman, en los que el viaje y sus elementos son tan evidentes...).

#### **6.- La práctica es la mejor teoría.- Sobre la épica.-**

Es el momento de invitar al alumno a que escriba un texto confesional narrativo. Y que lo traduzca al diálogo. O que escriba dialogadamente sobre un tema tan vivo para él -para quién no- como es el amor y el sexo, vividos o deseados, experimentados mental o físicamente, con la carne o con Platón, y abrir un coloquio sobre ello y mostrar que ese tema que tanto le preocupa ha preocupado, como a él, a todos los hombres y mujeres porque es el motor que mueve el mundo. Y observar que esos viajeros estudiados anteriormente viajaron -vivieron- hacia el amor: hacia una mujer llamada pasado (porque la vida es un viaje "En busca del tiempo perdido") y apellidada Penélope; hacia una utopía denominada Dulcinea (porque "la vida es sueño"); hacia una sátira social (por amor a la misma y como fracaso de la utopía) llamada Liliput. Y por eso (porque la mayor parte de la sustancia de la vida es amor y sensualidad) es por lo que en la literatura predomina lo amoroso.

#### **7.- Sobre el teatro.-**

Y pasar entonces a otra forma literaria y estudiar (observarse y aprenderse a sí mismo) el amor en la literatura a través de textos teatrales, el género dramático a través del diálogo amoroso: Calixto y Melibea, Romeo

y Julieta, Don Juan y doña Inés... igualmente acompañando esas lecturas de comentarios y audiciones del *Tristán e Isolda* wagneriano, el *Don Juan* de Strauss, el *Romeo y Julieta* de Prokofief o Tchaikovsky... y utilizando los filmes de Zeffirelli, Olivier o Welles..., asumiendo la interdisciplinariedad como parte del aprendizaje y de la vida, porque en ella todos los caminos son inextricables y se comunican entre sí.

Y puesto que (Dante:) “el amor mueve el mundo”, y es un diálogo, veamos cómo se comunican las personas: dialogan porque se aman (y Romeo y Julieta lo demuestran), o porque hay amores que matan (y Otelo lo atestigua) o porque se ama demasiado el poder (y Macbeth lo confirma), o porque la falta de amor nos ha dejado solos (y Hamlet lo ejemplifica), o porque el dinero es nuestro único amor y nos misantropiza (y Shylock es su engendro), o porque se ama la propia identidad (y Nora, la rebelde)... Verdaderamente: el amor, en su diversidad, es la unidad del ser humano. Ejemplos hay en todas las literaturas: hay que mostrar que los temas han sido tratados por diferentes autores en distintos registros, formas, géneros (tan distintos que las fronteras entre ellos cada vez son más imprecisas) y que los géneros no son más que la consecuencia expresiva (en cada uno de los tres géneros clásicos hay lírica, dramática y épica: el nombre se lo otorga aquel rasgo que predomina) y nomenclaturizada de esos deseos y formas de vida convertidos en temas, no al revés: Fausto, Werther, Calixto, Max Estrella...

### 8.- Sobre la lírica.-

Ya estamos en el terreno del sentimiento absoluto: la Lírica. El sentimiento provoca la concentración de un autor -un hombre, una mujer- en su propio espíritu, en su propia mismidad, y le lleva a desertar, si es preciso, de la sociedad opresora para aislarse y plasmar sus emociones sin contarlas, narrarlas, objetivarlas, encadenarlas con personajes o mediante aventuras, sino desnudamente: tenemos la poesía lírica. Y también la subjetividad se centra aquí en lo amoroso, como el viajero había ido a buscar el amor (disfrazado de mujer, utopía o sátira) o el escenario ha enfrentado sus diferentes perspectivas. Un poema es un monólogo interior que se traduce en

palabra elocuente, o que se exterioriza en forma de diálogo teatral, o se extrovierte en multiplicidades novelescas. De modo que los tres clásicos géneros son vasos comunicantes (porque cada uno contiene a los otros) e interdependientes de esa confesión y ansia de comunicación perfeccionista que es la literatura. Y Garcilaso, Lope, Góngora, Bécquer, Salinas, Neruda... Y ahí está Van Gogh para “ver” ese ensimismamiento.

Se ha recorrido así, como una aguja con la que hilvanar culturas, la experiencia de un hombre llamado Humanidad.

### 9.- Evaluación.-

¿Qué mejor forma de conocer el resultado de la siembra que hacer que los propios sembradores recojan la cosecha: un coloquio sobre todo lo expuesto a lo largo de semanas? Una síntesis individual y por escrito recapitulando y sentando las bases de los contenidos, lo aprendido, lo concebido como semilla para una nueva siembra y un nuevo aprendizaje. Ya se puede leer cualquier texto, fragmentariamente o en su integridad, en el que aplicar lo ya conocido y desde el que saltar a un nuevo conocimiento: la mente ha aprendido a clasificar y archivar sus estructuras, sus elementos, el apellido de su género, su temática múltiple ...: el alumno se ha convertido en profesor de sí mismo.

En cada una de las obras leídas encuentra a un hombre como él que vivió e intentó transmitir lo que aprendió (en la escuela de la vida) como certeza o como error durante esa vida: y ése es el legado de la humanidad: porque al fin y al cabo la literatura no es más que el habla superior del lenguaje, el manuscrito en el que cada uno ha ido escribiendo e imprimiendo su enseñanza-aprendizaje, la autoeducación que ha aprendido en esa otra aula inmensa y definitiva llamada existencia, donde no existen septiembres ni recuperaciones: y por eso hay que aprovechar la del Instituto, la del Colegio, la de la Universidad: para no suspender por ignorancia en esa asignatura hermosa e implacable en la que sólo la experiencia nos lleva hacia el sobresaliente.

**Antonio Gracia**



# Azar y necesidad en la narrativa de José Luis Sampedro.

Manuel Quiroga Clérigo

No es que queramos indagar, aquí y ahora, en el pensamiento de Jacques Monod. Sí es cierto que siempre nos llamó la atención su libro *El azar y la necesidad*. La equiparación o contraposición de ambos términos es algo que, de una u otra manera, está presente no sólo en los ámbitos de la biología, sino, también y sobre todo, en el quehacer diario. Entendemos por azar aquello que es producto de la casualidad o lo que ha sido posible en un momento dado. Alguien opina, más bien, que se trata de algo parecido a la suerte, una coincidencia... Pese a lo que oímos con frecuencia, sobre gustos se han escrito libros y más libros. Si no fuera así todo el mundo opinaría igual de la pintura de Picasso o todos estaríamos de acuerdo al hablar del gobierno de turno. Por necesidad diríamos que se trata de aquello a lo cual es imposible sustraerse, aunque los diccionarios darán otras definiciones, por ejemplo carencia de algo imprescindible para la existencia o falta de alimento. Así que, abreviando, tomamos azar como casualidad o coincidencia y necesidad como lo que nos es preciso para sobrevivir. Y así, sin meternos en las honduras científicas de su *Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna* tomamos el título de la obra de Monod y nos quedamos, simplemente, con la cita que aparece al inicio de su libro, cuyo autor es nada menos que Demócrito: “Todo lo que existe en el mundo es fruto del azar y la necesidad”. Y, a partir de estas premisas, ya podríamos comenzar a ver hasta donde ambos términos aparecen, o se configuran, en algunas de las obras de José Luis Sampedro, escritor que sí es modesto objeto de nuestro trabajo. Y no tomamos al autor de *El amante lesbiano* como un novelista al uso sino, más bien, como un estudioso de la realidad, un testigo de su entorno. El propio escritor ya lo afirma así en su diálogo con Andrés Sorel cuando dice: “Sobre mi propia obra sólo diré que ha sido y es mi vivir y que

la he realizado lo mejor que he podido, sin regatear tiempo ni esfuerzo”. (República de las Letras, AC, N° 196, marzo-abril 2008). Es, precisamente, el producto de esa capacidad de atender a lo cercano lo que haría del autor de una novela tan apreciada como *El río que nos lleva* un observador ecologista o un economista aventurero.

Llegamos, pues, a su dedicación principal. Es que ese autor no intentó desde siempre escribir acerca del mundo en que estaba desarrollando su actividad sino que, en un momento dado más bien avanzado, decidió por azar, ya empezamos, relatar aquello que había formado parte de su entorno: “ha sido y es mi vivir...”. Hace unos años, catorce, ya tuve ocasión de penetrar en ese universo abigarrado y vitalista. Tras leer las obras escritas hasta entonces comenté algo de lo que constituye esa empresa literaria, nacida al margen de la habitual ocupación de su autor. Me refiero al comentario, más o menos extenso, publicado en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* en el n° 428, Febrero de 1986, bajo el sencillo título de “Las novelas de José Luís Sampedro”. Entonces, ya un autor reconocido, venía a presentar a dicho autor con esas palabras: “Aunque no se prodigue demasiado, su figura es conocida en los actos sociales como la de un erudito un poco desgarbado y distraído”. Hace unos meses, en septiembre de 2008 y con ocasión de la celebración del VII Congreso de Escritores de España celebrado en León, pude refrendar esta misma opinión, pese a lo avanzado de su edad y, también, gracias a su permanente vitalidad. No estaría de mas recordar que Sampedro es un hombre que parece que está hablando de cosas sin interés cuando, realmente, está configurando un mundo repleto de curiosidad, historias y afectos. Su conferencia, que versaba sobre “Pensamiento y literatura”, fue toda una reflexión, ordenada y profunda, en

torno al ser humano como partícipe de un mundo en el que el azar y la necesidad configuran su propias biografías. Decía Sampedro, por ejemplo, que “para vivir nuestra vida necesitamos la libertad, para eso la pedimos las personas de buena fe; otras piden la libertad para fastidiar a los demás” (República de Las Letras, ACE, nº 110, Diciembre 2008). En esa capacidad del ser humano para exigir su propia libertad se basan los anhelos de la mínima justicia, tantas veces atropellados y vulnerados por los demás, temas que Sampedro ya desarrolló en su incursión en el mundo de la escena, concretamente en obras como *La paloma de cartón* que le valió en su momento el Premio Nacional de Teatro y en *Un sitio para vivir*, donde anticipaba sus ideas sobre el desencanto social ante un desarrollo industrial poco humanizado. Pero es en una novela como *El río que nos lleva*, con los escenarios de la ardorosa tempestad de ese río que transporta no sólo inmensos troncos de madera sino a seres solitarios de la más variada procedencia, donde el autor recordando como medio siglo atrás se encontró con el paisaje de Aranjuez repleto de esos miles de troncos en un itinerario de brusquedades y cierta violencia. Por eso en su novela hace un recuento de las historias, casi leyendas, individuales de cada uno de los hombres que por azar se han reunido para conducir a tan extraños viajeros fluviales. En medio de pasiones desatadas, esfuerzos incontables y sórdidas amarguras, esos seres, esforzados y extraños, “empuñando largas varas con un hierro de lanza en la punta” se esfuerzan por llevar hacia un destino concreto la preciada madera. Desde el acceso a la casualidad que reúne a estos héroes de la fuerza física llegan a ese necesario esfuerzo que no es más que el relato de su propia supervivencia. En el cine se ve con más nitidez el tamaño de ese esfuerzo, la innegable pericia de los gancheros para conducir los troncos hacia el aserradero. Y ahí ya no son posibles las coincidencias, pues, estableciéndose una coexistencia, entre todos los hombres que llevan a cabo la empresa es obligadamente preciso vigilar y ordenar la marcha del trabajo para evitar que la aventura tome sesgos dramáticos. La lucha se entabla con la naturaleza violenta del río donde se hace inevitable trabajar con los cinco sentidos a fin de que la labor no se vea entorpecida por los accidentes que, todos saben, van a ir teniendo lugar en todo el recorrido. Son peligros que, pudiendo nacer en el azar, es obligado sortear tanto para la supervivencia del grupo de gancheros como, y eso es lo más importante, para cumplir con el objetivo. En el cine pudimos ver con nitidez el esfuerzo de los hombres, nunca ajenos a la tragedia que podía aparecer en cualquier momento,

lo que les hacía estar unidos en el mismo trabajo, pese a sus diferencias de clase, nacionalidad o tendencia. Se establece así el deseo de que la libertad de cada uno no entorpezca la de los demás, no perjudique la capacidad de cada cual para sortear los inconvenientes de la labor común y no limite su personal disposición a evitar los riesgos que puede afectar a todo el grupo. Surge la necesidad de entenderse, de comprender que la aventura es la misma para todos y que del resultado final depende que exista un futuro para cada uno de ellos. Por eso temas como el enfrentamiento con Benigno, un cacique rural típico de la España represora del franquismo, es sólo un problema menor en medio del esfuerzo que cada tramo del río exige de los gancheros. Cuando llega el irlandés Shannon o una joven de oscuro pasado algo se transforma en el grupo, como si comenzara a romperse el ámbito de desolación del sacrificado trabajo. Aquí la casualidad, la inesperada coincidencia, obra como bálsamo que permite atisbar un mejor desarrollo de la común acción. No falta, sin embargo, alguna actuación intrépida como la del Americano, o la amargura del Dámaso, el abandono premeditado del Galerilla, que es salvado en un momento dado por el inglés, casi a costa de su propia vida. Sucede que en tan tremenda ocupación es preciso actuar con todos los sentidos, no dejar nada a la improvisación, estar atento en cada metro del recorrido y en cada minuto de las veinticuatro horas del día. Es cierto que cuando aparecen tipos simpáticos como Cuatrodedos o el Cacholo, todo parece que va a ser más fácil en medio de la corriente brutal y desenfrenada que lleva la madera río abajo, aunque todos estarán atentos a la historia de Benigno que deja morir a su esposa legítima mientras consigue carne joven para su satisfacción. La acción de sus hermanas primero y la del Negro, capaz de dar a conocer la villanía de Benigno, pondrán las cosas en claro. La chica joven, al fin, es salvada por Antonio y, gracias a estos sucesos, el grupo puede comenzar a respirar tranquilo aunque sin perder de vista los riesgos del camino. La madera llega a Aranjuez, se cumple la existencia predeterminada y se consigue que el azar que unió a todos en una empresa difícil gracias a un ritmo febril convierta la necesidad de supervivir en un objetivo conseguido. Se cumplen aquí las expresiones de Camus: “La propia lucha hacia la cumbre basta para henchir el corazón de un hombre”. “Hay que imaginar a Sísifo dichoso”. (Albert Camus, *El Mito de Sísifo*). La dicha no es producto de la suerte sino, mas bien, consecuencia del trabajo y de la capacidad para vencer las vicisitudes que surgen a cada paso.

Josep Plá en *Vida de Manolo*, libro que viene a reproducir determinadas conversaciones del escritor



ampurdanés con el escultor Manuel Martínez y Hugué consignando una serie de cuestiones en torno a su existencia y su obra, anota las palabras del artista quien dice, refiriéndose a Aristides Maillol: “No deja de ser singular, en todo caso, el que haya estado viviendo tantos años en el país del hombre que más admiré, en aquella época, sin que nos reuniese la providencia o el azar”, y en la misma página refiere: “Un día, en el Louvre, vi a Renoir, que entonces era ya muy mayor”. En un caso hay que lamentar la falta de coincidencia, o azar, para encontrar a una persona, en el siguiente se felicita el mismo interlocutor porque ese azar le permita conocer a otra. Tenemos casi en el mismo plano los aspectos negativo y positivo de la misma cuestión. La posibilidad, la suerte, aparecen cuando menos uno se lo espera. En esa obra de Pla que, de ser el resultado de unas conversaciones que escritor y escultor mantuvieron en la casa del último en Ceret, en el Rosellón, pasa a convertirse en una suerte de biografía, sobre todo en la edición posterior a la muerte de Hugué ocurrida en 1945, se habla de un hombre a quien el azar, efectivamente, llevó por los caminos de la penuria, el desarraigo y la soledad hasta que gracias al trabajo continuo, a la lucha constante contra el hambre, fue haciéndose un nombre en el ambiente artístico de comienzos del siglo XX, hasta que le llegó el reconocimiento de sus contemporáneos. Es el clásico ejemplo de lo que los norteamericanos llaman un hombre hecho a sí mismo. Y es, también, el más vivo ejemplo de cómo el azar va tejiendo los mimbres a veces rebuscados de la coincidencia, la casualidad, hasta lograr una modificación de la situación en que, en este caso, una persona vive gracias al impulso que permite que su actuación obre en un sentido concreto. Historias como las que cuenta el “biografiado” de pasar días enteros sin comer, de llevar periódicos o cartones como ropa interior, de dormir en los lugares más insospechados son producto de ese azar por el cual ha de transitar en busca de un futuro mejor, el que no podía hallar un artista antes de la primera gran guerra en España. En ese sentido Sampedro, que antes de escritor fue profesor de economía, aunque siguiera siéndolo después, venía a ofrecer en su novela *Octubre, octubre* una especie de síntesis de su vida académica, no tanto en el aspecto meramente docente, sino más bien en los ámbitos de la convivencia universitaria y de las relaciones humanas y sociales que su dedicación había conllevado. En mi comentario de *Cuadernos Hispanoamericanos* venía a afirmar, precisamente, que “Sampedro se yergue como decidido observador de su entorno, disecciona la realidad, la estudia y la mide para, de tal manera, tratar de influir en su

modificación o en el cambio de todo aquello que pudiera resultar lesivo para el propio convivir con tantos de los llamados agentes sociales”. El propio escritor tuvo la amabilidad de enviarme una carta agradeciéndome un comentario a esta novela, en el cual venía a concluir: “Incluso ha visto usted aspectos que no ha señalado hasta ahora nadie, como es la intención política de bastantes pasajes, porque en el mundo que yo pretendí construir no podría estar ausente ese aspecto de la vida española”. Hombre, que una persona que fue designada Senador Real en las Cortes democráticas está claro que ya había tenido una implicación social en el país. Era uno de esos actores que habían hecho posible la transición tras el largo y aborrecible periodo franquista. Y no habían actuado como personas honestas por casualidad. Más bien la suya había sido una actuación basada, o fundamentada, en ese “impulso irresistible que hace que las causas obren infaliblemente en cierto sentido”, en ese caso el sentido de superar una etapa difícil y lograr una convivencia en libertad. Entonces, y a pesar de todo, nos permitíamos afirmar que *Octubre, octubre* es una novela, aunque también fuera un testimonio personal hábilmente convertido en relato y un excelente testimonio reflejo de angustias, silencios, inquietudes y violencias. El mundo universitario aparece en toda su plenitud, como lo hace el también economista John Kenneth Galbraith en una agradable novelita titulada *El profesor de Harvard* donde un docente crea un curioso sistema de pronósticos financieros que le permite ser considerado un hombre poderoso. En principio el azar y el virtuosismo matemático favorecen sus acciones, pero en un momento dado el entorno social decide intervenir y sus beneficios chocan con los sistemas tradicionales de hacer negocio. Al mismo tiempo tiene lugar una historia de amor que le enfrenta con todos aquellos que antes le admiraban. A partir de entonces todo comienza a rodar por los cauces habituales y los pronósticos dejan de ser favorables al reputado profesor. En *Octubre, octubre* se dan las vivencias típicas de la universidad, con un regusto filosófico y la posibilidad de asistir a curiosas aventuras humanas. De todas formas, a estas alturas creo oportuno anotar una frase que viene a cuento con el título de este trabajo. En la película de Jorge Sánchez-Cabezudo *La noche de los girasoles*, rodada en el año 2006, cuyo guión puede aplaudirse pero cuyas enseñanzas morales han de ser plenamente repudiadas, el personaje que interpreta el excelente actor que es Carmelo Gómez viene a decir: “Toda la vida es una sucesión de azares”. Cierto, pero a veces es preciso huir, o tratar de huir, de esa sucesión de cuestiones ya predeterminadas. Y es

preciso hacerlo, por ejemplo, en los temas económicos. Quienes, modestos ahorradores, hemos confiado el incremento de nuestros ahorros depositando lo ganado con tanto esfuerzo en fondos de inversión, fondos de pensiones o sencillamente valores bursátiles, confiando tanto en el azar como en el trabajo eficaz de los gestores, en la brillantez de los quince mil puntos del Ibex y en el numerario, como se decía antes, que llegaba a la Bolsa, procedente de la especulación inmobiliaria, en el lavado de dinero negro o gris y en la buena salud del sistema capitalista, hemos visto cómo de la noche a la mañana esos ahorros se esfumaban. Sufrimos esa crisis porque hemos confiado en el azar, aunque también debamos pedir cuentas a esos gestores negados, a los presidentes de los grandes bancos que siguen ganando quinientos millones de euros cada mes gracias a esa confianza que la sociedad ha depositado en ellos, con sus trajes bien planchados y sus ingresos blindados. En la novela de Galbraith cuando un universitario confiesa a su tutor que desea hacerse economista, el tutor le advierte: “Un economista inteligente se atiene a su trabajo. De modo que aténgase al suyo. No se deje distraer por un montón de actividades políticas y públicas. Esas cosas han llevado a muchos buenos economistas por la pendiente”. De estos temas puede hablar largo y tendido José Luis Sampedro quien, pese a haber venido al mundo en Barcelona en 1917, en un momento dado se declaró nacido en 1968 y muerto en 1977, y que en *Octubre, octubre* más que una novela, aunque así rece que es, nos ofrece un buen ejercicio literario. Aquí es el lenguaje, como dice Arturo Pérez-Reverte que tuvo en cuenta al comenzar a escribir las aventuras del Capitán Alatraste, lo que le lleva a contar una serie de historias encadenadas donde emociones e historias van dando vida a esa vida académica que tantos memorialistas, que antes fueron docentes universitarios, han ido dejando en las estanterías a lo largo de los años. Pero al ser el lenguaje el principal protagonista las actitudes ante la existencia o las vivencias relatadas aparecen, a veces, como un testimonio; otras veces ampliado por el propio autor en su ya largo ejercicio de la escritura. Cuando habla Monod de “La adquisición primaria del lenguaje” dice que “si este proceso nos parece milagroso se debe a que es, por naturaleza, profundamente diferente del aprendizaje de un sistema de reglas”; es decir, podríamos añadir que es el azar, el condicionante familiar, lo que configura de una manera directa ese proceso, pues sigue Monod, “El niño no aprende regla alguna ni siquiera intenta imitar el lenguaje de los adultos” (p. ag 144), y termina el apartado recordando que “Cada cual sabe perfectamente que aprender una

segunda lengua en la edad adulta exige un esfuerzo voluntario sistemático y sostenido” (pág. 145); primera parte: azar, segunda: necesidad. El propio Monod concluye en el apartado siguiente (“La adquisición del lenguaje programado en el desarrollo epigenético del cerebro”), que la capacidad lingüística del ser humano “no puede ser producto más que de una larga evolución común” y recordando a Chomsky y su escuela anota que esa capacidad “en última instancia se trata de un producto del azar”. Y así nos lleva a la teoría darwiniana de la evolución. Y es que en *Octubre, octubre*, Sampedro se preocupa por su tiempo y por su circunstancia, poniendo al azar como base de sus ilusiones juveniles, pero saltando por encima de lo provisional, lo ajeno a la voluntad humana, para construir los panoramas de la convivencia, ese espacio necesario en el cual han de desarrollar su vida y su obra las personas de buena voluntad. Van surgiendo periodos históricos para nuestro país, como los comprendidos entre octubre de 1961 y septiembre de 1962, o sea octubre/octubre, y entre septiembre de 1975 y junio de 1977. Son periodos que pueden decir mucho a quienes se preocupan de mirar en las hemerotecas o, simplemente, de hacer un recuento de unos tiempos oscuros, el primero, o de una época ilusionante con la muerte de una persona y el nacimiento de un sistema político diferente. Eran momentos en que el azar había convocado a las gentes a moverse de manera diversa, pues en la primera etapa vivíamos bajo un obligado tutelaje que dejaba poco espacio a la improvisación, a la libertad, mientras que en la segunda, la llegada de aire fresco, estaba propiciando el cambio que, sólo meses antes, parecía imposible. Ante el argumento de un Don Ramiro que, escribe Sampedro, “defiende la tesis de que en la admirable sociedad impuesta al hombre de Dios, la función del pueblo no es la de gobernar, sino la de seguir fielmente a su Caudillo, cuando éste es tan sabio como cristiano”, “Ildefonso replica que no hubo desorden el 14 de abril y en cambio el Caudillo ese provocó un cataclismo el 18 de julio”, cataclismo que se llevó por delante varias generaciones. Pero en ese ambiente oscuro en que Madrid se mueve, el azar a veces queda olvidado, aparecen gentes con ganas de gozar aventuras maravillosas o se vive de los recuerdos de tiempos, aparentemente, mejores. En *Octubre, octubre* el autor va entrelazando pequeños relatos, haciendo un ejercicio de gramática brillante, reflexionando sobre los intelectuales, los revolucionarios o los personajes sencillos. Se convierte él mismo, el autor, en un protagonista más de la obra y ayuda a caminar a los demás, instándoles a buscar su mejor devenir en ese ámbito de una realidad agobiante

pero el cual se hace preciso modificar, entre todos, para superar las sombras de una España desvalida y anónima.

Al referirse precisamente al libro de Monod Fernando Savater en *El arte de ensayar* anota: “Entre todos los conceptos filosóficos, quizá no haya una pareja de opuestos tan existencialmente relevante como la que da título a este libro”. Y es que efectivamente la realidad se contiene en dos ámbitos distantes. Por una parte el azar es esa coincidencia, casualidad, posibilidad, suerte que permite modificar o cambiar la situación de una persona o cosa, mientras que necesidad se convierte en algo de lo cual es imposible sustraerse, tanto visto en el aspecto material como en el moral pues en este caso estamos ante ese impulso irresistible que hace que las causas obren infaliblemente en un sentido concreto. Savater continúa afirmando que “Son dos perspectivas contrarias de interpretar la realidad, pero que coinciden en aspectos importantes: ambas resultan globalmente irrefutables”, es decir que existen, que se dan de forma irremediable, queramos o no, tanto en la vida de las personas como en el desarrollo de los acontecimientos o en la situación de las cosas, por ello- continúa Savater “ambas son profundamente desmovilizadoras en lo tocante a gestionar nuestro destino individual”. Está claro que la casualidad, la coincidencia es algo ajeno a nosotros y que la necesidad, incluso la necesidad material entendida como falta o carencia de algo, también nos viene desde el exterior sin que nosotros podamos provocarla o evitarla. Pero, además, el filósofo argumenta: “(ni en uno ni en otro caso hay nada que hacer si se trata de establecer cierto control autónomo sobre nuestras vidas, aunque por una curiosa miopía los partidarios del azar crean que éste garantiza mejor la libertad personal que su rival)”-En *La senda del drago*, Sampedro nos lleva directamente al mundo de la globalización. Pero, también, estamos ante una novela de amor e hipocresía, producto lógico de las sociedades asentadas o del mundo de aparente confort de los últimos años. Ya se han encargado nefastos políticos y ávidos capitalistas de irle deteriorando, con sus guerras no tan justificadas, sus onerosos beneficios y su corrupción repleta de violencias. No es preciso dar publicidad citando a ningún hijo de Satanás, que todos conocemos. Ciertamente en casi quinientas apretadas páginas Sampedro nos ofrece el relato, valiente y lírico a la vez, de Martín Vega, un autodidacta que se movió con soltura en varios escenarios. De haber sido hijo de guardeses y guarda él mismo en una finca española, pasa a ser funcionario de una organización internacional. e incluso viaja en un barco, no tan imaginario,

llamado OCCIDENTE, en el cual se va encontrando con muy interesantes personajes de la escena mundial, siendo precisamente su mentor Manuel Ruiz de Osuna quien le va presentando a aquellos con quienes luego va a tener exquisita relación. En la nómina aparece el Doctor Kolhaas, que tanto recuerda Vega a Ropraz su antiguo mentor. Kolhaas es, de padre lituano y de “una ilustre familia, importante en la historia de los Caballeros Teutónicos”. Vega, además suele invitar a sus amigos a merendar en el AUSTRO, su “bote-hogar”. En una travesía por el proceloso mar de la globalización se van cruzando con naves como CHINA, el INDO, el ISLAM y va apareciendo el temor a un ser despreciable llamado Bush, como despreciables son los integristas islámicos, ya que ambos causan innecesario dolor a una humanidad ya malherida por las diversas crisis. Vega rememora sus tiempos de niñez y juveniles en un cortijo y su afecto por Beatriz, “la duquesita, un primor”. La influencia de varias teorías místicas orientales y las actitudes de algunos de los personajes que van llegando al barco, o que van encontrando en su peregrinaje, hacen de Martín un hombre maduro, preocupado por la situación en que tras el atentado de las Torres Gemelas se crea en Irán y otros lugares gracias a la brutalidad de Bush y su allanamiento de estados. Ni que decir tiene que se repudia la muerte de Sadam Hussein y de sus hijos, pese a ser ellos mismos criminales confesos; la gente se moviliza contra la guerra de Irak para la cual el propio emperador yanqui se reúne con políticos amigos en Las Azores, se habla de la orfandad de los kurdos y, pese a todo, de los horizontes que abren esas determinadas místicas, como la de los monjes tibetanos o de la Sublime Mâh, diosa “bañada gloriosamente por el sol”.

El azar ha llevado a Martín Vega a esos periplos por un mundo globalizado. El joven ha ido viviendo a caballo de las circunstancias, se ha dejado convocar por algo que superaba sus anteriores expectativas y, gracias, a ello ha conocido un mundo lejano, tanto en lo material como en la distancia de la finca en que comenzó a ser hombre. Es tal vez esa casualidad, o ese cúmulo de casualidades, lo que ha hecho del joven un protagonista de los tiempos difíciles, tiempos en que parecía que el acercamiento de las naciones, la lucha por la misma energía, el hecho de atreverse con enemigos comunes, podía dar lugar a un período de estabilidad que, luego vemos, vuelve a teñirse de tragedia. Ya no existe el Pacto de Varsovia, porque incluso algunos de los países que lo componían quieren formar parte del antiguo enemigo y, de hecho, países como los estados bálticos se encuentran encuadrados en una Europa capaz de admitir, incluso, a un enemigo secular por su actitud y

por sus tradiciones como es Turquía. Desmantelar los sistemas defensivos parecía una base suficiente para no dejar nada al azar, a la improvisación. Sin embargo no fue así y el mundo sigue sin saber a donde dirigirse.

Es el momento en que van llegando los jóvenes idealistas como Dina y Arno o Maggie y Armzid cada uno con su idea de futuro. A todo esto Martín dice: “Por algo ahora se comenta en la Organización Mundial del Comercio- a la que pertenece- que hay una campaña dentro de Naciones Unidas, para que nuestra nave cambie su nombre de OCCIDENTE por el de WESTERN WORLD”. A todo esto, el barco sigue su periplo y nos va conduciendo hasta un lugar concreto. Dejamos atrás la primera parte, titulada precisamente “A bordo del OCCIDENTE” y entramos en la segunda que se denomina y se desarrolla en “Tenerife”. Es cuando aparece un personaje singular, Runa, sobrina de Kolhaas, quien acompaña a Vega por la isla, acercándose al Teide, conociendo lugares como el sacrificado Garachico, Tegui, Las Cañadas, Telde, etc. etc, toda esa ínsula que rodea al impresionante volcán. Otra mujer importante es la senegalesa Rachel Ferghani, que lucha por dignificar a los pueblos africanos. Cuando Runa lleva a Martín hasta Icod de los Vinos y le muestra el inmenso drago, explicándole que además de su extraña longevidad no es un árbol, pese a ser venerado por los antiguos guanches, sino “una hierba con porte corpóreo”. Entretanto el mundo sigue con sus despropósitos, con sus nefastos e inútiles políticos, su gente sensata a quien nadie escucha, los inocentes que mueren en las guerras dirigidas desde despachos ovales y alentadas por personajes bajitos con bigote. El Monte Ararat sigue escondiendo el Arca de Noé porque unos ilustrados integristas han dicho que los infieles no son dignos de llegar a ella; el comercio se sigue basando en el sufrimiento de los más desfavorecidos. Etcétera. Runa y Martín Vega atraviesan momentos difíciles, a veces tiernos, otras dramáticos, como cuando Runa es ingresada grave y el joven pasa a su lado noches y noches. Al final tenemos un desenlace inesperado. Mientras la sociedad sigue con sus dolencias y los jóvenes se ven agasajados por Colas y Osuna, el drago sigue presidiendo una endiablada historia de difícil solución. Pero es que la vida es así. Y así la relata José Luis Sampedro como si fuera poco posible escapar de la mala suerte en determinados momentos y enfrentarnos a porvenires menos angustiosos.

Pero, continúa Savater en su ensayo, “Sea que todo suceda de una forma gratuita e imprevisible o sea por el contrario que nada ocurra sin una causa inamovible o suficiente (y ambas posiciones radicales admiten ser

defendidas con coherencia sospechosamente absoluta), el papel que juega en los acontecimientos nuestra voluntad pretendidamente libre queda reducido a casi cero...”. Más adelante aclara el filósofo que “Dentro de la campana de cristal de la filosofía, puro azar y necesidad se oponen de manera irreductible”, aunque en “la ciencia contemporánea las cosas pueden funcionar de manera algo menos rotundamente”. Estamos llegando a *Congreso en Estocolmo*, una novela que precisamente se desarrolla en el Báltico globalizado. Es un relato, un relato de acción, donde impera la reflexión y en el cual el autor demuestra que no es tan difícil, pese a todo, la existencia de encuentros amables entre culturas diferentes. En una primera lectura nos parece encontrarnos ante un buen guión para una película excelente, por esa movilidad de unos personajes aparentemente tranquilos. Recientemente tenemos muchos films con estas características, como *Paraíso travel*, basado en una novela del colombiano Jorge Franco, con la temática sobrecogedora de la emigración clandestina por tierras americanas; *A ciegas* que parte de *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago donde la falta de visión no supone fronteras al deseo de vivir; *En el séptimo cielo* del alemán Andreas Dresen que relata una pasión en la edad madura; *Optimistas* del serbio Goran Paskeljevic o *El primer día del resto de tu vida* En esta última, genialmente dirigida por Rémi Bezançon y con unas interpretaciones conmovedoras donde destaca la preciosa Zabou Breitman, también directora, se nos cuenta la historia de cada uno de los miembros de una familia pero situándolos en un momento concreto. Ya nada es parte del azar, cada cual actúa de una manera que le parece decisiva, de la que no se puede sustraer. A partir de ahí, debido a ese impulso premeditado, cuanto suceda va a formar parte de una biografía que, seguramente, ninguno habría imaginado. Y algo parecido es lo que ocurre a los personajes de Sampedro en este *Congreso en Estocolmo* donde, si el azar ha reunido en aquella capital a una serie de personas, ninguna de éstas sabe a ciencia cierta a qué ha ido, además de su pretendido cometido académico. El protagonista, Miguel Espejo, es, por cierto, catedrático de economía en Soria. En las últimas líneas de su libro Monod escribe:; “...el hombre sabe al fin que está sólo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar”. Espejo se siente un tanto abandonado en aquellas latitudes. ¿A quién va a encontrar en Suecia?. ¿Qué relaciones va a entablar?. ¿Qué sucede con su esposa que espera en Soria noticias del viajero?. Bueno, pues nada va a suceder, como anunciaba Savater, de una manera gratuita. Y es que García Resines,

el jefe de la delegación española de la que Espejo no forma parte al haber sido invitado de manera personal, trata de no dejar nada a la improvisación e incluir a Espejo en dicha delegación, aunque éste anda por otros derroteros menos materiales. Esos derroteros consisten en ir conociendo, incluso intimando, con los miembros de otras delegaciones, aunque tras un primer contacto con Klara va a decidir que su ideal de mujer es Karin. Ya para entonces el español ha sido introducido por el húngaro Gyula Horvacz en los ámbitos oficiales y por Mattis Jöhr en su reducido círculo familiar. Parece que todo está bien atado, sobre todo al sentirse a gusto los ratos que pasa con esa familia permisiva, donde, sin embargo, aparecen cuestiones que no parecían existir a simple vista, como es el hecho de Klara quiera desaparecer de ese hogar al sentirse atraída por Jöhr esposo de su hermana Karin. Estamos ante la obligación de renunciar a una posibilidad, incluso sustrayéndose a los humanos impulsos que podrían crear un conflicto familiar. Espejo se encuentra en medio del panorama y, también, le es dado conocer la aventura de Gyula con la bella Sigrid Jensen o el pasado del premio Nobel finlandés Eero Saliinen que desembocan en situaciones amargas. Ahí surge el hindú Ravenande que hará comprender a Espejo cómo en algunos lugares, por entonces aún no globalizados, el azar sólo afecta a los pobres, que son siempre desgraciada minoría. Precisamente ahí está la lucha de Ravenande para obtener la fórmula de una vacuna que beneficie a esos desfavorecidos, pese a la actuación poco clara de Gyula. Estamos ante cuestiones donde el ser humano ha de enfrentarse al azar, a la casualidad, a la suerte y conseguir que causas favorables modifiquen una situación concreta. Los congresistas viajan por las cercanías de Estocolmo y Espejo comprende que, pese a vivir en mundos diferentes, los seres humanos son víctimas de las mismas circunstancias y están abocados a similares destinos.

“Un peñasco, una montaña, un río o una nube son objetos naturales; un cuchillo, un pañuelo, un automóvil, son objetos artificiales, artefactos (productos del arte, de la industria)”, escribe Jacques Monod. Pero a veces sucede que esos objetos naturales son vistos como algo anormal, dependiendo del espectador que los contemple. Cuando era niño Pablo Neruda, el niño Nefthalí Reyes, miraba embelesado un caballo de cartón cada vez que iba con su madre al centro de Temuco. Hubo un incendio y alguien, con cierto riesgo, pudo salvar el caballo de las llamas. Ahora se encuentra en la casa de Isla Negra, siendo eficaz guardián de un blanco baño erótico. En la siguiente novela también Sampedro habla de un equino. Se trata de *El caballo desnudo*,

desafortunado habitante irracional de Villabruna, vivo ejemplo de una España hipócrita e íntimamente lujuriosa. En *Vida de Manolo*, el libro citado de Joseph Pla, el escultor Huguet reflexiona: “si en la vida no existiese el azar todo sería mucho más horrible”. Pues bien, en este caso ocurre al contrario, pues el azar hace que el repelente niño Adolfito descubra algo de lo que ningún adulto se había apercebido. “¡Tía, mira, ese caballo va desnudo!”, dice el infante. Y lo que parecía algo natural deja de serlo. Las gentes toman el tema en consideración y deciden poner coto a tanta desvergüenza. Quienes lo hacen son los mismos que persiguen a las criadas por los pasillos o féminas bondadosas de secretas andanzas. Así que, hala, para evitar el pretendido mal ejemplo las autodenominadas gentes decentes de Villabruna deciden vestir literalmente a todo bicho viviente, para evitar el mal ejemplo de que sus atributos procreadores estén a la vista de todo el mundo. El cura Pelaagio lanza al efecto una inflamada oratoria desde el púlpito para lograr encauzar las buenas costumbres, ahora desviadas. Dice Monod: “El destino se escribe a medida que se cumple, no antes”, pero los dogmáticos habitantes de la noble villa prefieren evitar que se cumpla un destino vergonzoso, aunque importen menos otros destinos menos notables. Y es que además de los ochenta caballos desnudos del escuadrón, Adela y Evangelina tratan de encontrar un buen macho, esta vez no irracional, para su particular disfrute. Eva lo encuentra en el soldado Marcelo, y otros militares asimismo se emplean a fondo para poner sus uniformes al servicio de la cornamenta de destacados varones de la población. Mientras tanto algunas mosquitas muertas van saliendo del cascarón, sin dejar nada a la improvisación lógicamente, para conseguir su tajadita en el repudiado infierno. El azar los reunió y su actuación cívico-moral les llevará a purificar las costumbres, en una notoriamente precisa acción que, de puertas afuera, creará un espacio limpio y ordenado. Lo que suceda de puertas adentro es cosa de cada cual; ahí las desnudeces tienen otro color. Sampedro ha escrito una fábula acerca de la moral, dejándonos un verdadero psicoanálisis de la sociedad española de todas las épocas; ese mundo falsamente cristiano y donde las violencias tienen el color de una irracionalidad siempre presente.

En el apartado que lleva el título de su libro Monod dice que “una vez inscrito en la estructura del ADN, el accidente singular, y como esencialmente imprevisible, va a ser mecánica y fielmente replicado y traducido, es decir a la vez multiplicado y transpuesto a millones o a miles de millones de ejemplares”. Estamos en el terreno de la investigación médica, en los ámbitos de

la biología más actual y en los espacios de los estudios intensos que gracias al desarrollo del último medio siglo nos lleva a conocimientos nunca imaginados en siglos anteriores. Se trata de temas ajenos a nuestras consideraciones literarias, más aún si leemos que “la estructura del código es químicamente arbitraria; el código, tal como nosotros lo conocemos, resulta de una serie de elecciones al azar que poco a poco lo han enriquecido”, aunque estas apreciaciones no sean del todo ajenas a los estudios literarios, pues el propio Monod continúa afirmando que “Sacado (el ADN) del reino del puro azar, entra en el de la necesidad, de las certidumbres más implacables”. Y es que, gracias a esos descubrimientos científicos, es hoy posible tener conocimiento de nuestra herencia vital y, más allá, poder predecir con datos fiables nuestro futuro personal, nuestra genética, pudiendo evitar determinadas enfermedades o, incluso, curar otras. El azar, la casualidad, se convierte así en auxiliar para la predicción más fiable. “La selección continúa Monod- opera, en efecto, sobre los productos del azar y no puede alimentarse de otra forma: pero opera en un dominio de exigencias rigurosas donde el azar es desterrado. Es de esas exigencias, y no del azar, de donde la evolución ha sacado sus orientaciones generalmente ascendentes, sus conquistas sucesivas, el crecimiento ordenado del que ella parece dar la imagen”. *La sonrisa etrusca* nos habla de ese azar genético que muchas veces desemboca en una enfermedad terminal. En este caso Sampedro reflexiona sobre la vida del ser humano sobre la tierra, sobre su imposibilidad de decidir el futuro cuando la enfermedad lo elige como protagonista. Es una historia maravillada y sencilla, que nos recuerda algunas historias de Andrea Camilleri, Gesualdo Bufalino o Sussana Tamaro, precisamente por ser Salvatore Roncone un viejo partisano de Calabria. El hecho es que su nieto le lleva a Milán a una consulta con la esperanza de una curación. Pero cuando la investigación médica puede hacer ya poco, el enfermo comienza a instalarse en una realidad que

diste mucho de la anterior y ese cambio de residencia le da una posibilidad de renacer a los ámbitos de la civilización y el ruido, antes desconocidos. Escribe Monod: “Es perfectamente verdadero que todo, en los seres vivos, viene de la experiencia, comprendida la innatitud genética, sea ésta la del comportamiento estereotípico de las abejas o la de los cuadros innatos del conocimiento humano. Pero no de la experiencia actual, renovada por cada individuo, en cada generación: de la acumulada por la ascendencia entera de la especie en el curso de la evolución. Sólo esta experiencia, extraída al azar, sólo estas tentativas innumerables, corregidas por la selección, podían, como de todo otro órgano, hacer del sistema nervioso central un sistema adoptado a su función particular”. Pues así es como Roncone, hombre rústico y que ha sabido sortear los mil peligros de la guerra y de una vida de trabajos, comienza a renovarse pese a sentirse cercano a la muerte. Va enfrentándose a lo que es innegable, a aquello de lo que se puede sustraer y, pese a renegar, de la falta de libertad de la gran ciudad se adapta a su suerte, a su destino, y comienza a ver en su nieto recién nacido una continuación, mejorada, de su propia existencia. Bruno, el nieto, y la nueva compañera del anciano son parte de un mundo nuevo, un salto adelante en medio de la adversidad que, piensa el propio Roncone, no es tanta cuando la casualidad nos lleva por caminos de cierta apacibilidad antes ni siquiera deseada.

El excelente ensayista, académico y psiquiatra cordobés Carlos Castilla del Pino dijo en una ocasión: “La vida depende de instantes, de segundos, de una serie de azares” y el más que centenario escritor Francisco Ayala en *Muertes de perro*, deja en la página 282 un precioso interrogante: “¿Hasta qué punto interviene el factor azar en la Historia?”. José Luis Sampedro ya, en sus novelas, nos da lecciones precisas acerca de estas cuestiones.

**Manuel Quiroga Clérigo.**

## **Bibliografía:**

Francisco Ayala: MUERTES DE PERRO: Alianza Editorial, Madrid, 1968/006, 300 págs.

John Kenneth Galbraith: EL PROFESOR DE HARVARD. Seix Barral, Barcelona, 1991, 189 págs.

Jacques Monod: EL AZAR Y LA NECESIDAD (Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna). Traducción de Francisco Ferrer Lerín, revisada por Antonio Cortés Tejedor. Tusquets Editores, Barcelona, 3ª edición: 1985. 204 págs.

Josep Plá: VIDA DE MANOLO. (Traducción de Joan Vinyoli)  
Ediciones Destino, Barcelona, 1989, 293 págs.

José Luis Sampedro: EL RÍO QUE NOS LLEVA. Alfaguara, Madrid, 1982, 438 págs.

OCTUBRE, OCTUBRE. Alfaguara, Madrid, 1981, 624 págs.

CONGRESO EN ESTOCOLMO. Alfaguara, Madrid 1983, 290 págs.

EL CABALLO DESNUDO. Planeta, Barcelona, 1970, 294 págs.

LA SONRISA ETRUSCA. Alfaguara, Madrid, 1985, 347 págs.

EL AMANTE LESBIANO. Areté (RHM), Barcelona, 2000, 253 págs.

LA SENDA DEL DRAGO, Areté (Rhm), Barcelona 2006, 479 págs.

Fernando Savater: EL ARTE DE ENSAYAR: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona 2009, 113 págs.

*Manuel Quiroga Clérigo.*



# Los pasos de Torrente Ballester

José Luis Campal Fernández

El pasado domingo 13 de junio se cumplió el siglo desde la venida al mundo en el valle ferrolano de Serantes de uno de los puntales de la narrativa española de posguerra: Gonzalo Torrente Ballester. La efeméride nos da el pie preciso para realizar un recorrido cronológico por su trayectoria literaria.

**1943:** Debuta con '**Javier Mariño**', una novela controvertida que en alguna ocasión fue tachada de fascista, aunque la profesora Janet Pérez lo desecha porque no detecta en ella «culto a la violencia, exaltación del militarismo y la virilidad, antifeminismo y antiintelectualismo» ni «fobia anticomunista».

**1946:** Opta GTB por un tono más desinhibido en la sátira '**El golpe de estado de Guadalupe Limón**', una «breve obra maestra», para Joaquín Marco, en la que se analiza «el derrumbe de unos ideales».

**1948:** Redacta '**Compostela y su ángel**', donde, según García Nieto, el autor gallego «deja mucha de la poesía que no ha escrito en verso».

**1950:** Da a luz '**Ifigenia**', novela corta de aliento escéptico y ambiciosas pretensiones por cuanto, como defiende Eugenio G.<sup>a</sup> de Nora, viene «a mostrar la envidia, los celos y el amor propio herido como resortes últimos y determinantes de los actos humanos».

**1957:** GTB ordena sus ideas sobre el género dramático en '**Teatro español contemporáneo**', a la vez que inicia la trilogía de tintes naturalistas '**Los gozos y las sombras**', donde, en opinión de Gonzalo Sobejano, consigue una creación «rica de contenido meditativo», que «despierta continuamente la curiosidad del lector».

**1961:** Aparece su compendio '**Panorama de la literatura española contemporánea**', en el que, con independencia y rigor, enjuicia las letras hispanas.

**1963:** Revisa el mito en '**Don Juan**', obra que transcurre en varias épocas y lugares y, asevera Melchor F. Almagro, en la que «se desarticula el tópico del burlador de mujeres».

**1969:** GTB ofrece en '**Off-side**' una larga novela dialogal del mundo madrileño de su década, que Juan

Tena vislumbra como «magistral denuncia de una España llena de tiburones financieros».

**1972:** Despliega una fértil imaginación para, mediante los puntos de vista, amasar su novela más redonda, '**La saga/fuga de J.B.**', en la cual Santos Sanz encuentra una «fantástica concepción del espacio y del tiempo».

**1975:** Desarrolla en '**El Quijote como juego**' un «estilo de crítica severo y contundente» conviviendo con una «prosa de abierta dimensión didáctica», según aprecia José L. Martín Abril.

**1977:** Ingresa en la RAE con el discurso '**Acerca del novelista y su arte**' y publica '**Fragmentos de Apocalipsis**', libro que, como explica Isabel Criado, es «una teoría de cómo se hace una novela, haciéndola».

**1979:** Reúne sus cuentos en '**Las sombras recordadas**', piezas que a Pilar Palomo le parecen «narraciones lúdicas, culturalistas, extrañas y deliciosas».

**1980:** GTB tensa las posibilidades del lenguaje artístico en '**La isla de los jacintos cortados**', que Andrés Amorós certifica como un «viaje por los caminos de la invención irónica e inteligente».

**1982:** Retorna a su cepa ferrolana para componer '**Dafne y ensueños**', «admirable novela lírica de original autobiografismo entreverado de fantasía», a juicio del crítico Ángel Basanta.

**1983:** Publica '**La princesa durmiente va a la escuela**', obra en la que Pablo Gil Casado identifica una «ideología subyacente reaccionaria, sobre todo cuando se ridiculizan las instituciones democráticas, los sindicatos y las aspiraciones populares».

**1984:** Ensayo GTB en '**Quizá nos lleve el viento al infinito**' la novela policiaca pero no al uso más trillado, sino como simulacro intelectual. Al humor irónico, característico del autor, opina Rafael del Moral que se añade aquí «una original búsqueda: la de la humanización de la técnica».

**1985:** Insiste con '**La rosa de los vientos**' en el juego metaliterario. Según la profesora Ruiz Baños, «se



plantea como una parodia de la Historia, pero, a su vez, como una parodia de la propia obra torrentina».

**1987:** GTB desarrolla en '**Yo no soy yo, evidentemente**', como apunta Ignacio Soldevila, «el tema del yo, los dobles, los alias y la disolución de la personalidad».

**1988:** Obtiene el premio Planeta con '**Filomeno, a mi pesar**', de la que Benjamín Prado sostiene que es «sólida y apasionante», aunque en ella GTB haya «corrido menos riesgos» que en otras obras mayores.

**1989:** Edita '**Crónica del rey pasmado**', divertimento ambientado en pleno siglo XVII donde, escribe Manuel Rivas, «se muestran las puerilidades del poder».

**1991:** Presenta '**Las islas extraordinarias**', que Darío Villanueva considera una «perfecta síntesis de novela lírica y novela fantástica».

**1992:** Se inclina en '**La muerte del decano**', como dictamina Martínez Cachero, por una «intriga bien mantenida» dentro de una «correcta narración».

**1994:** Continúa cultivando una literatura sin complicaciones en '**La novela de Pepe Ansúrez**', que el crítico Juan Ángel Juristo valora como una «historia de amor hacia la literatura» y una «reflexión sobre el propio oficio».

**1995:** Saca '**La boda de Chon Recalde**', sencilla novela en la que, como anota Soldevila, se parodia «el

costumbrismo 'rosa' de los difíciles años de la posguerra».

**1997:** Publica '**Los años indecisos**', obra que transcurre parcialmente en Oviedo y de la que Rafael Conte piensa que su «acumulación de ambigüedades e indecisiones oscila entre la imprecisión y el misterio».

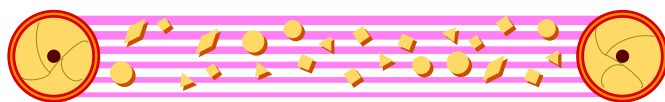
**1999:** Cierra su producción con una novela juvenil de hadas, '**Doménica**', en cuyo texto Antón Castro divide «fantasía a raudales».

A esta catarata bibliográfica tendríamos que añadir, a vuelo de pluma, ocho piezas teatrales; innumerables colaboraciones en diarios y revistas como 'Primer Acto' o 'Arriba'; las traducciones que hizo de Rilke o Simenon, entre otros; las ediciones que preparó de José Antonio, Santa Teresa de Jesús o Quevedo, y los prólogos que redactó para libros de Rabelais, Brenan, Pessoa, Dickens, Umbral, etc.

Torrente Ballester conformó con Cela y Delibes el tridente indispensable de la literatura surgida de la guerra civil. Si Cela dominó mejor el idioma, sus recursos y vericuetos, y Delibes realizó una cala más reiterada y formalmente más austera y unitaria en sus raíces castellanas, Torrente expandió más las fronteras de su imaginación por medio de una complejidad estructural, lúdica y autocrítica.

*José Luis Campal Fernández*





# La novela negra que nos corresponde.

**Ramón Pedregal Casanova.**

*Blac, black, black:* Marta Sanz. Anagrama.

**S**í, sí, sí. Si dos afirmaciones representan una negación, cabe la posibilidad de que sea burlesca, tres afirmaciones significan una afirmación en toda regla; de ahí que *Black, black, black* Negro, negro, negro- título de la última novela de Marta Sanz, esté aseverando que lo que vamos a leer es, más allá de toda duda, negro, negro, y solo negro.

Si la novela negra en ocasiones lleva consigo alguna denuncia, ésta de Marta Sanz, sí, sí, sí es una bofetada a la organización social que promueve la diferencia entre las personas. Con el tortazo a la concepción que se oculta tras los personajes, se tambalea la idea fatua, soberbia y agresiva con que el sistema ha colonizado las mentes de quienes se creen el cuento de la diferencia, discurso para oprimir a los débiles.

*Black, Black, Black* invita al lector a desmentir la verdad que se le implanta, los personajes dicen más verdades mintiendo, y para que el lector no se vea conducido de principio a fin Marta Sanz echa abajo el género y la estructura tradicional y hace una parodia del entretenimiento y las truculencias con que la industria ha explotado la novela negra. Es una novela contra la seducción y contra el acomodamiento que engaña a los lectores; para conseguir tal propósito se dispone todo para que el lector dialogue con el texto, plantee las contradicciones, le cree dudas y que el libro sea en sí mismo una denuncia de la organización de la violencia que circula oculta en la sociedad, busca que la violencia de la literatura sea el reflejo de la violencia que se ejerce desde los estamentos que controlan la sociedad, “lo raro –dice Marta Sanz- es que no ocurran más cosas”.

De las tres partes de la novela la primera con sus personajes tan distintos a los habituales, pero tan reales, y su modo de investigar, hace saltar por los aires la idea

de los personajes y el sistema de investigación característicos de este tipo de novelas.

La segunda es el diario de una mujer que cuenta su enfermedad y escribe sus historias inventadas de crímenes en la comunidad de vecinos, que luego tendrán su utilidad para el lector; es un capítulo metaliterario en el que al lector le queda la pregunta de si somos responsables de lo que escribimos, y resulta un ejercicio contra la escritura llena de trampas para los lectores, contra la enfermedad comercial de la literatura.

Y el tercer capítulo retoma el primero para aclarar dudas.

Frente a la idea que transmite Sherlock Holmes de que el mundo está bien hecho, o que está mal hecho según Hammett, *Black, Black, Black*, es ante todo una novela sobre el discurso de la violencia y una parodia de la novela negra. Es una novela de interiores y exteriores, como aquella película de Hitchcock, “La ventana indiscreta”, en la que prima el entretenimiento y no hay otro fin, y en *Black, black, black* además de eso nos adentramos en la presión psicológica que habita la vida doméstica, los crímenes en la vida cotidiana, la convivencia en crisis, los mundos que se han ido alejando y alejando y que si se cruzan producen un estallido; en definitiva se respira todo el sistema de planificación económica y social del capitalismo, el motor que crea las circunstancias, la mano en apariencia invisible que dispone a las personas para que cometan el delito, que fermenta y fomenta la violencia que es ejercida día tras día sobre las personas y la incitación a que ésta mismas personas la descarguen verbal y físicamente contra quien se encuentre al lado o debajo, y no se les pase por la cabeza devolverla al responsable de las causas sociales y políticas: sí, sí, sí, esto es lo negro, ésta es la novela de investigación que nos corresponde.



# La raíz del canto: El diálogo poético de Francisco Caro

Rafael Morales Barba

Cuaderno de Bocaccio, Francisco Caro, Alcalá, 2010

La poesía española viene desde hace mucho tiempo enhebrada a discursos que no es razón repetir ahora, sino brevemente. Poesía esencial y fragmentada, poesía realista y *nuevosentimental*, y surcadas todas por vetas de un nihilismo afín o de un acusado sentido del paso del tiempo, cuando no de cierta actitud taciturna o pensativa... incluso en algunos casos contados surgen desolados flirteos con el metapoema, que tal y como es sabido tiene origen moderno en el poeta norteamericano Wallace Stevens (traducido por primera vez por la colección Adonáis en 1970), desarrollados por Méndez Rubio de forma radical, de la misma manera que Lorenzo Oliván ha sabido dotar a su propuesta de un mayor clasicismo. Lo que realmente hacía tiempo no veíamos en nuestro panorama era un culturalismo de calidad, erudito pero sin el viejo exhibicionismo de datos que convertía al poema en un tratado donde Guillermo Carnero campeó con cierto éxito y cierta sequedad nominalista, hasta que *Ostende* le confirmó en buena medida. Los jóvenes abandonaron pronto aquella deriva denominada por Juan Goytisolo como de los *cien mil hijos de Cavafis*, aunque realmente la cuestión no llegó a tanto. Sin embargo la evolución de Carnero hacia una poesía mucho más desnuda (*Jardín de Médicis*), pensativa y reflexiva, parece tener ya compañeros de viaje en esta renovación y en estupendo poemario, *Cuaderno de Bocaccio*, de Francisco Caro.

Plantea el escritor de Piedrabuena un juego académico entre Giovanni Bocaccio de Certaldo y sus discípulos que narra uno de ellos, Máximo Novello. Un homenaje sin duda a la academia renacentista y a tantos tratados, fundamentalmente ingleses, en defensa de la poesía que supongo extraídos de *La vida de Dante* o de *Genealogiae deorum gentiliium libri*. Estos discípulos, como los muertos vivientes de Edgar Lee Masters, nos narran toda esa poética del maestro florentino, revisitada por un lector

actual, que incluye sin que lo parezca su voz entre las de los discípulos. Hay pues en esta defensa un escritor de nuestro siglo entreverando su verbo desde Jean Paul Sartre, para demostrarnos sus filias y antipatías, su enfrentamiento contra los *falsos filósofos sartrianos de la nada*... y desde ahí, con esa anfibología o voz sumergida nos va filtrando un entretenidísimo libro lleno de sopesadas reflexiones sobre su poética y la poesía. Sin duda el de Piedrabuena ha sabido entender la raíz del canto desde el comienzo. El quejido o la herida. Y no está sólo en ello. Hace unos años Francisco Brines me comentó que él sólo escribía cuando llegaban los fantasmas, porque cuando todo discurría plácidamente sin malestar, prefería vivir. Parece obvio. La escritura como terapia, como la que Giovanni Bocaccio-Francisco Caro proponen en parte, y donde recomiendan a los futuros escritores su ejercicio cuando *sea amarga su sed*. Dispone así una verdad compartida desde donde deben amar la *algara de las melancolías*, pero también la profesión (y la rebelión). La individualidad de cuantos se alejan de la comuna y dejan la vestimenta o alquicel sobre la yerba para hacer posible el canto. Una desnudez cercana al hueso, decía José Ángel Valente, de Caro ahora (que no es un valentista), desde esa contención expresiva con que muestra su tratado sobre la *gaya ciencia*. Brevedad, no argumentar o contar todo para que perviva el misterio, ése que sabe traernos con un imaginario lleno de una espléndida tropología, las palabras o *vencejos tristes* que no deben confundirse con el hilo que las sostiene. Esos escribir o *arar en luz*, con imaginación no usada y que nos habla de la hondura de la propuesta de quien no versifica, sino investiga en los tropos, como Bocaccio, en el horadar con la palabra, descubrir y ser prospectivos. Explicar y sugerir. Qué bien se cuentan esos versos *Sobre el acto de escribir*, sobre eso que algunos llaman angustia de las influencias tras Harold Bloom, y vemos en esa

negación del preceptor lírico de la mano de los buenos poetas con oficio que Bocaccio-Caro proponen... esos que también hablan con tristeza de la fragilidad de las palabras de *cartón* y de todos, melancólicas, aun cuando quieran *atesorar* los aromas con una sencillez profunda, como todas las grandes calidades de lo sabio y sencillo. O donde se propone desde una desnudez nada ácida, enamorada y sabia, moral. Reveladora de lo cotidiano, los afanes, las horas, la ciudad de los hombres y de quienes *orinan el dolor*, con la mesura y asombro del interrogante junto a Bocaccio (o Claudio Rodríguez) *¿de quién será (...) la palabra que cubra tanto azul infinito?...*

Evidentemente toda esa polifonía de discípulos puesta al servicio de la verdad de una poética de la desnudez y de quien narra la aventura intelectual de un renacentista y un hombre de nuestro siglo, de quienes creen en el futuro rastreando (o aprendiendo) en *fieles pergaminos*, demuestra originalidad en la propuesta y

saber hacer en tiempos de filosofías del saber decir. Que también, para proponernos una poética de la aventura y de la duda en el camino, de la incertidumbre sobre la exactitud del camino, es decir, una expectación gnoseológica de quien tras los velos didascálicos de los discípulos narrando al maestro, guarda su propia inquietud sin amo. La poesía de Francisco Caro se adentra hacia el silencio, pero lo cuenta, no lo demuestra desde lo sucinto *chiuso*, lo narra contenidamente, porque no es hermético ni es hijo, nieto ya, de las poéticas radicales del minimalismo nihilista esencial. Una sobriedad trabada en la textura de su callado decir, prendida de los nervios del poema, que nos entrega sin mentira ni delación, sin impostura, con aquello que los aristotélicos llamaban en la crítica, verosimilitud. Con ella y su aventura humilde porque, en efecto *¿de quién será (...) la palabra que cubra tanto azul infinito?...*

**Rafael Morales Barba**





# Antonio Rodríguez y Francisco Cejudo en Ánfora Nova

Antonio Moreno Ayora

*El azúcar de Saturno*, Antonio Rodríguez Jiménez (Ánfora Nova, Rute, 2009)  
*Tierras prometidas*, Francisco Cejudo (Ánfora Nova, Rute, 2009)

La reconocida editorial cordobesa Ánfora Nova presenta, dentro de su catálogo, varias colecciones literarias entre las que se encuentra la ya muy prestigiada “Serie Poesía”, que se nutre tanto de poemarios de calidad seguramente incontrovertible como de otros que han sido galardonados con el Premio Nacional de Poesía “Mariano Roldán”, instituido en Rute por la citada editorial y el Ayuntamiento de esta población para honrar y homenajear anualmente al poeta de este nombre que nació allí en 1932. En fecha aún cercana, finalizando 2009, pudimos leer dos de los poemarios más recientes de Ánfora Nova, el titulado *Tierras prometidas*, del autor Francisco Cejudo (Herrera, Sevilla, 1955), y *El azúcar de Saturno*, del poeta, periodista y escritor cordobés (Córdoba, 1956) Antonio Rodríguez Jiménez. A estos poemarios, a los que el lector interesado habrá podido ya acceder, le vamos a dedicar las notas que siguen aun a sabiendas de que en tanto estas se publican Ánfora Nova –tan prolífica y constante por la laboriosidad de su director, José María Molina Caballero– habrá puesto en circulación nuevas obras y divulgado con ellas otros nombres de merecida atención.

Francisco Cejudo no es un poeta muy conocido a pesar de sus actividades como crítico y colaborador en prensa, de haber publicado seis poemarios (*El navegar de los sueños*, *La casa de los vientos*, *Nunca sabré tu nombre...*) o de haber sido traducido al inglés y árabe o haber aparecido en varias antologías. Pero con este libro que ahora le publica la prestigiosa Ánfora Nova, *Tierras prometidas*, alcanza una talla considerable en la lírica al afrontar con evidente claridad los problemas de la existencia. El primero de ellos, el del tiempo, torna y retorna asiduamente por sus páginas (“Todo vuelve ahora con la inevitable mácula del tiempo”), repun-

tando junto a él una mirada optimista al contemplar el mundo. En poemas donde predominan los versos largos y los de mediana longitud, lo mismo puede plantearse una desazón vital, una contenida alegría, una reflexión sobre los cambios individuales o naturales –síntomas también del discurrir temporal–, que una detallada descripción sobre aspectos del entorno. Con los cuarenta y cinco poemas que componen *Tierras prometidas* (el título de uno de ellos) hay suficiente materia para juzgar el estilo de un poeta que elige mayoritariamente la tercera persona (“es ese amanecer con su propósito / quien invoca sin nombrarla la mano orfebre que lo habita”) para describir con una mirada subsumida en lirismo la sorpresa cotidiana, el instante que colma un sentimiento o una ilusión, el asombro expectante por la magia de la existencia: “Amanece por doquier, amanece y arde; / incendiada está la vida en esta luz de lino”. Los seres, el paisaje y el sentimiento de admiración son los soportes de Cejudo, cuyo nombre Ánfora Nova suma al de otros de su Serie Poesía como Manuel Gahete, Sergio Gadea Escudero o Domingo F. Faílde.

En cuanto a Antonio Rodríguez Jiménez, recuérdese que ha publicado casi una veintena de poemarios a los que debe sumarse varias aportaciones al género de la narrativa –la última, el título *La alquimia del unicornio*, de 2006 (y versión portuguesa de 2007)– y distintos ensayos literarios o ediciones relevantes –es reciente la titulada *Pablo García Baena. La liturgia de la palabra* (Visor, Madrid, 2009). Sus dos últimos libros de poesía llevan los títulos *Un hombre iluminado* (Cajasur, Córdoba, 2010) y *El azúcar de Saturno*, con el que consiguió precisamente el Premio Nacional de Poesía “Mariano Roldán” en 2008 (Ánfora Nova, Rute, 2009). De acuerdo con las líneas de este artículo, prescindi-

remos del primero y centraremos los comentarios en el del Premio Mariano Roldán.

Hay que admitir que Antonio Rodríguez Jiménez es un escritor que empieza cautivando desde el mismo punto en que se repara en el título de sus obras. Aplica esta reflexión a sus poemarios, nos llama la atención con rótulos como *Los demonios de Vysehrad*, *Cenizas sobre un fondo de pájaros de nieve*, *Sagrados labios verdes*, *Sonidos metálicos al sur de Manhattan*, *Los duendes del invierno*, o este que comentamos de *El azúcar de Saturno*. Es este un titular que procede del décimo poema incluido en el libro, poema que forma conjunto con otros treinta y ocho que el autor ordena repartidos en tres secciones y que, aislándolo en su contenido, muestra una original tendencia descriptiva con acumulación de sinónimos y metáforas que parecen converger en un irrenunciable simbolismo amoroso. En él se asimilan ya —como si se tratara de un manual básico de química— los términos *azúcar de Saturno* y *plata*, y por eso en su semántica converge la de composiciones precedentes y posteriores. Si el libro, en su primera sección “Ritos sagrados”, se abre con menciones como *luna de acero*, *fuelle de mercurio*, *elixir*, *rocío* es porque ese puro color blanquecino, convertido en luz y en esencia alquímica, va a marcar una poderosa influencia sobre el ser humano y sobre sus pasiones y sentimientos. Y es que de los más puros sentimientos (“Nos miramos, lloramos en una emoción incandescente”; “había desesperanza, frío, miedo, horror, nada”) se habla en esta primera parte, que con su frecuente ambientación mágica, sideral, se adentra en las emociones (a veces amorosas, pasionales) para describirlas a través de una aprehensión irrenunciable por el mundo natural: “tus ojos de cielo, tu sonrisa de níquel, / tu voz ronca de cinabrio. / Me atraes como la sal celeste”. Precisamente con varios poemas de latido amoroso donde se aprecia que el orbe evoluciona al compás del protagonista (“El mundo se aceleró y nos abalanzamos como dos gatos furiosos. /.../ Sentí su piel caliente, sus manos frías, su corazón ardiendo / como la lava de ese volcán que acaba de nacer”) es como se cierra esta primera sección para dar paso a otra, “Himnos y ceremonia”, que incrementa las alusiones a la mitología,

al reino de los minerales, al cosmos o al mundo feérico, utilizando en muchos episodios términos del léxico de la química (*lixiviación*, *disolvente*, *atanor*) y otros referentes a la luz o a los colores. No solo por sus citas de Badagas o Sintra o por sus múltiples referencias como “hombrecillos siniestros vestidos de negro”, sino también por sus apelaciones a Paracelso, Flamel o Fulcanelli, este último poemario de Rodríguez Jiménez aporta ecos de anteriores pasajes suyos que localizamos en *Los duendes del invierno* o en *La alquimia del unicornio*. Todo esto motiva que el entorno se presente revestido por una ambientación metálica o por una atmósfera de sueño de las que va a surgir un halo crepuscular, ígneo, sulfúrico que al fin afecta al sentido metafórico de la expresión: por eso la lluvia “Es acero, es imán, es rocío / como un velo de humedad silenciosa / que inunda en mayo la bondad de los campos”.

Esgrimiendo unas veces versos largos a modo de versículos y otras un cómputo silábico reducido a eneasílabos, endecasílabos o alejandrinos, la poesía de este libro manifiesta una diversidad temática (poemas amorosos, descriptivos, de orientación mágica o mitológica) que al mismo tiempo ofrece homogeneidad expresiva, rítmica y de original sentido simbólico.

Los últimos once poemas integrantes de la sección “En el centro del mundo” insisten en esas apreciaciones de lo mágico y de lo amoroso —perceptibles incluso en los titulares— en línea con cuanto se había ya tratado anteriormente. En la expresión de la subjetividad amorosa, sobre todo, es Rodríguez Jiménez experto consumado, y lo mismo en su poesía que en su prosa llega a captar la emoción, la sutileza, el erotismo y el desencanto de la pasión: “Me marchó para dejarle sitio al recuerdo, / para que sepas que siempre / habrá un lugar abierto / en mi corazón parado”. Y es que la excelsa cualidad lírica de Antonio Rodríguez Jiménez transforma en poesía, en destello de imaginación, las experiencias y acontecimientos cotidianos, al igual que la plata, el azúcar de Saturno, transmuta los metales catalizándolos como elixir esencial.

**Antonio Moreno Ayora**



# Una ceja de asombro

Rafael Morales Barba

*Una ceja de asombro*: Ezequías Blanco. Huerga y Fierro, Madrid, 2010

Ha escrito Ezequías Blanco (1952) uno de esos poemarios llamados *de la edad*, reflexivos o meditativos, conversacionales, densos y abiertos. Llenos de sabiduría y vuelta a los orígenes, incluso antropológica y étnicamente. Vuelta sin estar de vuelta, sin soberbia, sin dejarse caer en la melancolía plenamente, pero con mucha memoria y elegía. Con esos modos se lee *Una ceja de asombro* (2010) en un año en que algunos nacidos a comienzos de 1950, ya les iba tocando, están empezando a dar su visión del desencanto (véase también *Mi vida social*, de Justo Navarro, 1953). El desencanto sabio y medido, pensativo, con autognosis y retorno a los orígenes como trampolín para el discurso, para reflexionar y cuestionar lo que fueron sensaciones y aprendizaje, pero ahora son pérdidas u orígenes, homenajes, deudas, reconversiones. Pérdidas constructoras de esta nostalgia, acendrada, matizada y honda de quien no se deja vencer, pero entra en el reino de *la aceptación* desasosegadamente, con la *sed* o la *herida*. Con un lenguaje de larga tradición, que aquí marca una actitud distinta a la de los modos esenciales, aunque la tradición zambranista, de María Zambrano, que vincula poesía a pensamiento, excave galerías en esta poética en la misma dirección de Claudio Rodríguez. Un libro por consiguiente reflexivo, sí, aunque surjan taimadamente las interjecciones del escalón hímico, con trampa, pues celebran el dolor del gusano royendo las hojas del tiempo. Un poemario *legible*, en efecto, nada inocente, a pesar de la curiosa cita Khakheperrensenb (escriba egipcio), sobre la planitud de su lengua de escriba, hija de la tradición afín y asumida por el poeta zamorano tras el román paladino. Una poética de quien sitúa el discurso en el sentido, se protege de la efervescencia de la forma, y apuesta por una cuidada legibilidad bien pautaada trológicamente, enfrentada a las retóricas herméticas desde esa escritura de *la tradición* que busca sus raíces en el apartamiento del

manierismo formal o de la investigación desde esa perspectiva.

Siempre ha pertenecido la ya extensa obra de Ezequías Blanco, dicho sea a la carrera, a las poéticas reflexivas y de la claridad, muy diferentes a las de línea clara de Luis Alberto de Cuenca, o a las provenientes del realismo de los 80 y 90. Su verso ha mostrado desde como marca de estilo esa inteligibilidad muy propia, metafísica o gnoseológica, y capaz de sortear el mimetismo formal con los realistas (no es poeta de tendencia). Y si bien ha esquivado el realismo generacional, lo mismo ha sabido hacer con la propuesta formulada por otros compañeros de promoción, como el llorado Ángel Campos Pámpano. Así su *sed* o angustia existencial, no pertenece en su planteamiento a las fórmulas de las poéticas *del silencio* o las más radicales desde el metapoema o de la poesía esencial, que beben en la tradición de Wallace Stevens, John Ashbery o José Ángel Valente. De hecho en su verso resuenan ocasionalmente los de Claudio Rodríguez (*Hoy más que nunca necesito*), como muestra de por donde se mueve esta línea clara, filosófica y pensativa, nada ensimismada, de este poeta, también zamorano, y de buena cuna lírica tras la luz y el espacio, como me comentó una vez Jorge Guillén. Pero evidentemente no hay himno, ni celebración, sino versículo reflexivo, que tira la red al fondo, atento al yo en sus penurias con el tiempo, porque no es rupturista sino un poeta de su época y alimentado por ella.

Los treinta y seis poemas del libro se organizan bajo la fórmula de un proemio, o declaración de intenciones inauguradas por el poema inicial, y un epílogo, marcado explícitamente. Construir *un abismo de líricas hirientes* o lo contrario, una planicie de *líricas amables*, que dialoguen y lleguen a abarcarlo todo hasta (la física de todos los cabellos), es el propósito. Generar otro mundo, una *torcida realidad*, un *autorretrato en espejo*

*convexo* casi como el Parmigianino-Ashbery, pero a base de fragmentos frente al hilo de Pollock (en imagen de Miguel Casado), que desembocan en poemas o fragmentos de ese tobogán que es la vida en su vaivén, el epílogo, donde el desencanto pone el acento sobre las preocupaciones reales del autor. Que declara con los hipotéticos sus deseos, pero encuentra el poliedro de la esperanza o la ilusión cercada por lados, hipotenusas o catetos. El ánimo que empieza a cuestionarse. Con ese marco elegías y homenajes se suceden en un diálogo vivo, nada acomodado y fresco, variado y medido hacia sus gentes, su tierra, y su yo. Está claro que no es un libro de etnografía, sino de quien con el escalpelo de la autognosis, recupera la memoria y salva lo que se pierde. Caso de uno de los estupendos poemas del libro, *Gracias padres por el mundo...* Una poética de amor y desilusión, de nostalgia y de la pobreza (los *niños espartanos*). Un motivo este muy presente hoy en Manuel Vilas y en su nuevo realismo social desde el expresionismo), que se salva por momentos de la catábasis o caída por algún suceso puntual y entonces el *balcón de los remedios se me abre*. Con esa expresiva fuerza y capacidad para el tropo, muy presente en el poemario pero siempre sabiamente contenido y ajustado (*la bajamar del sueño*), construye desde la metáfora la imagen refrescante del alivio ante los oscuros vinos de la angustia, entre tantas otras. Lo que late detrás de ellas es la ciclotimia del pensamiento, pero también una poética de la aceptación y fervor, gnoseológica, que aparecen elevando su cántico con la ciclotimia de los sentimientos. Remitidos siempre a una confesionalidad

muy verosímil de quien no se enfanga en el dolor, sino busca salvación, sublimación y el placer de los ámbitos que las ciudades y la vida escamotean con su dureza sin embelecocos (*urbes miserables*), muy diferentes a los espacios rurales donde surgen las *canciones antiguas* de su gente, o el espacio del autorreconocimiento. Allí no hay trampantojos. Estamos, si se quiere, ante una poética muy castellana, si podemos hablar en estos términos, muy reconocible y merecedora de figurar junto a Hilario Tundidor o Claudio Rodríguez (el venero), entre los hijos de una tierra con afinidades selectivas desde quien busca revelación, o fervor, pero apenas puede. Una poética de lo tardío. Así surgen estos espacios interiores y de la memoria o el amor, muy presente y salvador, (la música de *aquellas gentes* o el *desbordamiento de tu sonrisa*). Espacios interiores de la reflexión y *predisposición al misticismo*, de quien ama la vida y se sabe en la tierra que ata, donde no busca quedarse... Espacio interior del solitario analista disecionador, enamorado de cuanto roe su destino, y en esa ciclotimia contenida declara el estoicismo de su canto. Porque Ezequías Blanco no es un poeta desolado por vocación, sino un reflexivo desconcertado que pugna por alegrar el cántico hacia el entusiasmo, pero si se ausenta tampoco se refugia en el fatalismo, sino en ese ciclotimia de quien dialoga y busca los matices, enrolla y desenrolla el ovillo obsesivamente, y sabe contárnoslo hasta llegar al *bálsamo apacible: quedar extenuado de la voz del verso*.

**Rafael Morales Barba**







# Siete poemas y dos poemáticas

Joaquín Juan Penalva

Antonio Gracia, Edición de Ángel L. Prieto de Paula  
Barcelona, Huacanamó, 2010

Hace aproximadamente un año, Antonio Gracia (Bigastro, 1946) publicó “Fragmentos de inmensidad” (2009), una antología que reunía lo mejor de su segunda etapa (1998-2004) y que, en cierto modo, complementaba a un florilegio anterior, “Fragmentos de identidad” (1993), en el que se recopilaba su producción lírica entre 1968 y 1983. Ahora bien, no parece que estas dos etapas puedan englobar toda su obra, ya que Antonio Gracia ha seguido escribiendo –y publicando– desde 2004, y no sólo eso, sino que en los últimos meses han salido de las prensas hasta tres nuevos volúmenes de poesía: “Siete poemas y dos poemáticas”, “Hijos de Homero” y “La condición mortal”. Los dos últimos han visto la luz gracias a sendos galardones literarios –el Premio Internacional de Poesía “José Verón Gormaz” y el Premio “Vicente Martín”, respectivamente–, pero el primero, “Siete poemas y dos poemáticas”, supone un nuevo ejercicio de revisión, quintaesencia y recopilación que ha visto la luz en la colección *Alambique* de la editorial Huacanamó, dedicada exclusivamente a poesías completas y a antologías.

Gracia es un poeta capaz de reescribirse, reinventarse, reordenarse y, como a él mismo le gusta decir, “escribirse” continuamente, y eso es algo que ha demostrado de nuevo en “Siete poemas y dos poemáticas”, tal como señala Ángel L. Prieto de Paula en el prólogo: “hay un propósito de construir una ‘humana comedia’ con sus correspondientes infierno, purgatorio y paraíso, a los que darían una unidad teórica las dos ‘poemáticas’ (que no por ello dejan de ser poemas en toda su plenitud): cuatro apartados, pues, en el conjunto”. En efecto, este nuevo volumen tiene una estructura bastante trabada, y en ella se insertan nueve largos poemas que giran en torno a las grandes preocupaciones artísticas y existenciales.

Una cita inicial en latín –“Hic locus est ubi mors gaudet succurrere vitae”, “Éste es el lugar donde la muerte se alegra de ayudar a la vida”, leyenda inscrita en las Sala de Anatomía de algunas universidades– abre la puerta de la primera parte, “Infierno”, que acoge los poemas “Efímero infinito”, “Informe pericial”, “Cómo el arte mitiga la existencia” y “Animal quaerens”. Hay en esta parte un recorrido por toda la cultura occidental, desde la antigua Grecia hasta el siglo XX europeo, y el poeta encuentra su refugio en el arte, uno de los motivos más recurrentes en la obra de Gracia: “Solo en la inmensidad del universo, / bajo el párpado azul del alto cielo, / el corazón tan sólo halla consuelo / en el cuadro, la música y el verso”. Y no sólo eso, sino que, desde el momento en que la vida no basta, la escritura puede ayudar a completarla: “Por eso yo predico / que escribir es la prueba de que vivir no basta / y que la pluma inventa otra existencia / en la que somos todo cuanto quisimos ser”.

La segunda parte, “Un purgatorio”, reproduce íntegramente el libro “Reconstrucción de un diario” (2001), en el que, según afirma Prieto de Paula, “el personaje central tiene las trazas de un viejo caballero de tiempos pasados, que ha perdido a la amada, habita castillos, examina ruinas, recorre pasadizos, asciende escalinatas, otea promontorios, garabatea manuscritos”. En la tercera parte es donde encontramos las “Dos poemáticas” del título, “Arte poética” y “Premisas para un himno” –“Son los hijos de Homero, de Sócrates y Arión / los que han dado consuelo al hombre urdiendo / sortilegios y fábulas, secretos silogismos / que apaciguan la vida mientras llega la muerte”–. Y, por último, en la cuarta parte, “Un paraíso”, confluyen los versos de “Recuerdo y profecía” y de “La urdimbre luminosa”, un largo poema en dieciocho fragmentos que ya había sido editado como libro exento en 2007.

“Siete poemas y dos poemáticas” presenta, en definitiva, una generosa muestra de la obra lírica de Antonio Gracia, en la que conviven poemas inéditos con otros previamente publicados, si bien reordenados ahora de tal manera que ofrecen al lector una nueva lectura de su poesía. Sin duda, ésta es una buena ocasión para encontrarse –o reencontrarse– con los versos de Gracia

y para aceptar la invitación que él mismo lanza desde “Premisas para un himno”: “Mirad cómo el poema exorciza el dolor / de la furtiva rosa. / Comprended que cantar es el camino”.

*Joaquín Juan Penalva*





# La luz de los enigmas.

José Antonio Sáez

*El hombre de tierra*, Antonio Enrique, Granada, Padaya Editores, 2009.

Hay escritores que nacieron y durante toda su vida no pudieron escapar a su destino de tales, sino que hubieron de seguirlo como arrastrados por una fuerza interior y exterior irrefrenable. Así me parece a mí ocurre con Antonio Enrique (Granada, 1953), autor de un buen número de poemarios y ensayos que no voy a citar, pues el caso que me ocupa en esta ocasión es su labor como novelista. En el género narrativo ha ubicado el escritor granadino títulos tan significativos en su trayectoria como *La armónica montaña* (1986), su monumental novela sobre la catedral de su ciudad natal, *Las praderas celestiales* (1991), *La luz de la sangre* (1997), *El discípulo amado* (2000), *Santuario del odio* (2006) y *La espada de Miramamolín* (2009), además del libro de relatos *Cuentos del río de la vida* (1991).

Nos sorprende en esta ocasión el escritor residente en Guadix con una especie de híbrido entre la novela y el ensayo que lleva por título *El hombre de tierra* (2009), que publica Padaya Editores. Según el mismo autor nos explica, cuando en el año 2000 la editorial catalana Seix Barral publicó su novela *El discípulo amado*, Basilio Baltasar le recomendó que suprimiese del original seis capítulos que precedían a los que realmente vieron la luz en aquella oportunidad. Así lo aceptó el autor, pues entendía que tanto éstos como aquellos tenían autonomía suficiente para ser considerados de forma independiente y sin menoscabo para la comprensión integral de una y otra parte. Pues bien, aquellos seis capítulos que no vieron la luz en *El discípulo amado* han alcanzado su carta de naturaleza, afortunadamente, bajo el título de *El hombre de tierra*, una novela que responde a las preocupaciones de un autor que ha confesado en alguna ocasión a sus más íntimos que sólo escribe aquellas obras que le gustaría leer.

A estas alturas creo que a nadie puede quedarle duda de que Antonio Enrique es un escritor de fuste y que su talento queda fuera de toda discusión. Cual-

quier lector que aún no conozca su obra puede comprobarlo ahora en *El hombre de tierra*, una novela que reviste caracteres de ensayo o un ensayo que reviste caracteres de novela.

Varias son las líneas de investigación que sigue *el viajero* en sus pesquisas. Partiendo de un intento de explicación del sentido esencial de Tumba, nombre que la ciudad de Guadix recibe en la obra, de sus cuevas, calles y otros lugares singulares, el escritor se adentra, con un apasionamiento que arrastra al lector, en la tradición, la realidad y en la leyenda sobre el santo patrón de la ciudad: San Torcuato, uno de los siete varones apostólicos que desembarcaron en Adra (Almería) para comenzar la evangelización de Hispania y cuyos restos mortales serían trasladados a Galicia durante la Reconquista. Con sorprendente capacidad de análisis y singular talento, analiza Antonio Enrique la fiesta del llamado *Cascamorras* y proyecta luz sobre el origen de la vírgenes negras que pueblan la geografía peninsular emparentándolas con la egipcia Isis. Paralelamente a sus visitas para consultar la bibliografía custodiada en el archivo catedralicio, el viajero investigador entra en contacto con el obispo (el hombre de tierra), al principio mantiene una charla con él, semioculto éste tras los visillos de un cortinaje debido a sus problemas de piel, especialmente en el rostro; aunque ya en plena temporada estival se entrevista con él abiertamente. Rinde así el escritor su especial tributo de homenaje a Gabriel Miró, el gran estilista levantino autor de dos novelas sobre Oleza (Orihuela): *Nuestro Padre San Daniel* y *El Obispo Leproso*.

Todo en este tema de Acci parece tener un sentido decadente y funeral, un sentido agónico, de lenta podredumbre: la misma ciudad de Tumba, sus cuevas, su obispo enfermo, los enigmas que encierra la figura de su santo patrón o de su fiesta más conocida: la del *Cascamorras*, la iglesia semiderruida y el culto a Santa

María Magdalena, en la que se considera la diócesis más pobre de España. Pero no olvidemos que Tumba fue también la *Ciudad de Lázaro*, el resucitado. Sobre todo ello proyecta la luz de su inteligencia Antonio Enrique, interpretando argumentalmente lo interpretable y defendiendo con apasionamiento su posición ante los enigmas que la historia y la leyenda nos han dejado a contraluz. Y lo hace a través de unos personajes que bien pudieran servir de pretexto para sus hipótesis y objetivos. Esos personajes, como el viajero, María Rosa (quien pone orden en la casa, sirve en ocasiones de compañía al solitario estudioso y hasta acaba atrayéndole físicamente), o el padre Esteban, secretario del obispo, no parecen tener otro fin sino el de servir a los objetivos del autor. Sin embargo, los de mayor complejidad y más conseguidos están son, sin duda, el obispo y el mismo viajero.

Otra de las vertientes sustanciosas de la investigación es la del personaje de María Magdalena en la vida de Jesús y en los Evangelios. El autor parece decantarse por la tesis de que entre ella y Jesús hubo una relación de la que nacería el discípulo amado: Juan Marcos, a quien habría que distinguir del apóstol Juan. Con inteligencia y audacia, con valentía y arriesgando verdaderamente en cuanto asevera, el escritor construye un discurso lógico, posible, riguroso y respetable, tan apa-

sionante como sorprendente, que engancha decisivamente al lector; desmontando contradicciones y ambigüedades entre los mismos evangelistas o montadas posteriormente a raíz de no muy claros intereses. En la “Nota a la edición” el autor afirma lo siguiente: “La tesis fundamental de *El discípulo amado* se basa en el libro *El desvelamiento de la Revelación* (1981) de Rafael Hereza, libro que pasó por numerosas vicisitudes y, en suma, nunca llegó al alcance de los lectores; es por ello tal vez que su editor, el escritor Manuel García Viñó, publicó más tarde el suyo propio *La nueva Eva* (1993), ahondando sobre el tema. La tesis fundamental, de uno y otro libro, pasa por María Magdalena para la demostración de la identidad del discípulo amado” (p. 12).

*El hombre de tierra* es una novela escrita con un claro, rico y elegante castellano, que no cede a otros objetivos e intereses que el rigor y la lógica argumental. Y lo hace con el verdadero apasionamiento de quien busca la verdad, sumergido en la noche de los tiempos, dando brazadas para abrir paso a la luz entre tantas tinieblas. Es este sentido podemos afirmar que es una novela honesta y valiente, arriesgada y lúcida como corresponde a los grandes autores. Y Antonio Enrique lo es, sin lugar a dudas.

**José Antonio Sáez.**





# Jorge de Arco y su casa de la memoria

Yolanda Castaño

*La casa que habitaste: Jorge de Arco. Rialp. Colección Adonáis, Madrid, 2009*

Hay libros de poemas que son declaraciones de amor en pura regla, hay otros que se escriben con la fuerza volcánica de un exorcismo, hay libros mantras contra la oscura confusión, otros sirven para extraer cuerpos extraños que anidan en nuestra memoria con el mismo dolor de los cálculos renales, hay poemarios que funcionan como obsequios que jamás borrará el tiempo, hay libros que curan, palabras sanadoras, otros se convierten en muletas aladas, y este, “La casa que habitaste”, de Jorge de Arco, *cierra un puerta*.

Galardonado con el Premio Internacional San Juan de la Cruz de 2009, (Adonáis. Colección Rialp. Madrid), este volumen nos habla de una casa que es el contenedor palpable de una historia de intimidad, irredento espacio de la memoria, volumen que da cobijo a una estación sentimental, refugio donde anidó la huella de una emoción. Hablan tanto las paredes, que se hace difícil penetrar umbrales que han temblado tanto, respirar el aire inflamado de las habitaciones del hastío o apoyar nuestros pies en donde un día rodó el cuerpo. Porque una casa palpita repleta de todo cuanto en ella hemos sido, nos pesan sus paredes cargadas de tanta culpa, se nos vienen encima sus techos poco inocentes; la turbia luz que reverberan sus lámparas casi nos impide enfocar. Los rastros del tiempo en las esquinas de los muebles, nos devuelven crueles el reflejo de los nuestros, y nos vence su resabio y su reproche, el polvo envejecido, la sobrecarga de sus muros.

En “La casa que habitaste”, Jorge de Arco nos muestra este hogar pretérito y tan duro de clausurar, atravesado por un río extenuado, de blancos silencios nocturnos, de *delirantes auroras* que ahora transita con

zapatos de ceniza. Y se hace aciago el agravio comparativo del ayer: oler aún la desnuda ebriedad y el indomable deseo contra lo que hoy se es y encontramos frente a frente con nuestra propia imagen de entonces, más jóvenes y bellos, más desbordantes de vida. Esta es la casa de la memoria, del miedo y la derrota, de la ausencia y del olvido, de los árboles caídos y *las lunas ignoradas*, la del tormento que no parece tener vuelta atrás, la casa del abocamiento y la condena, la casa de los pasos que no pueden desandarse.

Sólo a veces se despereza la consciencia y la esperanza de seguir adelante, de alimentar la sangre y la sed que aún palpitan, de volver a empezar, de renacer al día. Sólo hacia el final una mano de amor ayudará a dejar atrás esa puerta, una generosa mano que nos acompaña y tira de nosotros para traspasarla, la que nos recuerda nuestra sed, nuestra capacidad aún no arrasada, nuestra todavía fe.

Pero entonces, cuando por fin salimos de allí, es el justo y primer instante en que comienza la añoranza. Una nostalgia azul e insoportable, la que nos enfoca ahora los momentos luminosos que no regresarán, la luz de aquellos que ya no seremos nunca, la de lo que -precisamente por ser flor- se marchita.

Y es así que nos damos cuenta de que habíamos salido, sí, pero olvidábamos cerrar la puerta. Es preciso mudarnos a la frescura del azar y salvación, pero es preciso cerrarla para crecer, para olvidar y renovarnos. Pasar la página que cierra el libro, contemplar las cicatrices pero suturarnos las heridas. Cada casa que hemos sido apuntala las paredes de la que somos hoy, pero es preciso soñar dejarla atrás, encarar el horizonte y emprender una mudanza para abandonar ese nido.

“La casa que habitaste”, un dechado de preciosista pero exacto lenguaje poético creado por Jorge de Arco, con un tasado equilibrio entre evocación y genio creativo, entre léxica arqueología iluminada y audacia de imágenes desconocidas, es sin duda uno de los mejores libros de su autor, capaz de construir la perfecta arquitectura de una obra de madurez y redención. La proverbial delicadeza de las maneras de Jorge recorren aquí caminos verdaderamente inesperados.

Con convicción y placer os convido a que vosotros abráis también esas sus puertas complicadas.

No temáis si por momentos os asusta contemplaros reflejados en el barniz de sus marcos, si vislumbráis en sus espejos vuestro propio desencanto o acaso la nostalgia se apodera de vuestra respiración. Será buena la visita, algo os hará crecer por dentro y será bello el dolor del paso que se deshace. Entrad conmigo al libro. Simplemente, al salir, no olvidéis cerrar la puerta.

**Yolanda Castaño**



Fotografía: **Vicente Sierra Puparelli**



# En el centenario de Luis Rosales: La casa encendida: La luz en la oscuridad.

Pedro García Cueto

En el centenario del nacimiento de Luis Rosales, no parece que haya un clamor por una figura que sí fue representativa en su época, lo que me lleva a preguntar a aquellos que realizan los homenajes: ¿qué clase de criterio utilizan? ¿Acaso el ideológico? ¿No sería más justo valorar el aspecto literario y reconocer que lo importante es lo que ha quedado escrito?

Desgraciadamente, no nos movemos en esos planos y los homenajes tienen otra cuerda, es verdad que Miguel Hernández es un poeta esencial para entender nuestra poesía contemporánea, que su voz comprometida fue potente y honesta y que sus versos aún nos fascinan por su originalidad y belleza, pero ¿no fue acaso Luis Rosales un gran poeta? ¿Tuvo Rosales el aprecio crítico que se merecía? Son preguntas que se han hecho muchos intelectuales, pero la ideología, su posición política, ha relegado lo que realmente importa, su poesía.

La poesía de Rosales es luz, una ventana abierta que clama a la infancia, un derroche de gusto por el lenguaje, un clamor por la belleza.

*Abril* (1935) fue un poemario luminoso, en el que Rosales ya pinta el paisaje, esa primavera que su fe católica impregna, llenando de verdor la luz del poema. La mención a Dios está presente y, aunque no compartamos su fe, sí nos deslumbra su pasión, su entrega, como nos recuerda el poema *Acción de gracias por estar a su lado*: “Gracias te doy por la brisa / que en su infancia se detiene, / gracias por la flor que tiene / su destino en su sonrisa” (vv.12-14).

Para el poeta granadino, el mundo está bien hecho, siguiendo a Jorge Guillén y el hacedor, Dios, es el causante de esa perfección.

Rosales sabe que la religión está presente en nuestro mundo y su ferviente deseo de vivirla plenamente

le lleva a cantar a la vida, al goce de los sentidos. No en vano, escribirá un libro titulado *Retablo de Navidad*, porque al poeta granadino, la Navidad, le parece un momento esencial de unión del hombre con su fe.

Pero mi intención no es resaltar a través de los poemas el contenido religioso de Rosales, sino detenerme en *La casa encendida*, un libro donde el poeta granadino persigue las sombras, aviva la llama de los fantasmas de la casa, los concita, entregado al arrobamiento de su fe existencial.

Es *La casa encendida* (1949), el libro donde Rosales nos habla del hombre, su mirar ensimismado, que al contemplarse deja su vida al amparo del espejo, donde el tiempo nos regala la luz verdadera; así se ve el poeta, desnudo entre los muebles, los trajes, los sombreros, como si fuese un objeto más de su casa encendida:

“He llegado a mi cuarto, igual que siempre, y al desnudarme / me siento entumecido de alegría, / como si el cuerpo me sirviera de venda y me cegara, / y yo estuviera siendo / de un material casi cristal de niño, / casi de nieve alucinado, / porque todo es distinto y tú lo sabes”.

Esa idea del tú a quien se dirige imprime la presencia del otro, un ser lejano, al que Rosales canta en la fantasmagoría de la casa luminosa: Pero también la mención al “cristal de niño” ya nos habla de la fragilidad, también de la pureza, la virginidad, al citar la “nieve”. En definitiva, Rosales nos habla de la infancia, el edén perdido, como lo fue también para Francisco Brines en su poesía magistral.

El poeta conversa con Juan Panero, (era hermano del poeta Leopoldo Panero), ya muerto y amigo de muchos años, porque *La casa encendida* es un diálogo con el tiempo, un reencuentro con los fantasmas que

nos asolan y que fundamentan nuestras vidas, hechas de luz y sombras.

Lo describe con ese arte que el andaluz sólo sabe transmitir: “Era proporcionado de sueño y estatura, / y no podía cambiar / porque estrenaba su vigoroso corazón a todas horas, / y ahora he vuelto a encontrarle, / ahora se encuentra aquí porque siempre volvía”.

Para Rosales, Juan Panero, en sus largos silencios, era pura luz, una especie de quietud donde hablaba la nobleza del corazón. También se dirige a otros amigos, como Luis Felipe Vivanco.

Hay muchos versos que comentaría de este libro, pero no quiero desvelar el camino que la poesía de Rosales va trazando, prefiero que sea el lector quien se deslumbre con su luz especial.

Me gustaría continuar este pequeño homenaje con unos versos que expresan hasta qué punto Rosales entiende la vida como un esfuerzo estoico de resignación.

Dice Rosales: “Las personas que no conocen el dolor son como iglesias sin bendecir / como un poco de arena que soñara en ser playa / como un poco de mar”.

Tiene razón el poeta granadino, el dolor, ungüento que acaba embadurnando nuestras vidas, que nos sella con su halo trágico, es, en definitiva, el espejo de nuestra condición humana, quien no lo conoce son los niños (que no están enfermos) que pueden imaginar, soñar ser playa siendo arena, pero, nosotros, al leer a Rosales (este año hubiese cumplido cien años) conocemos el dolor, pero *La casa encendida* nos abre las puertas de los sueños, de la infancia y también del recuerdo.

El poeta granadino se pasea en el recuerdo de otros tiempos, la mención a Granada, ciudad hermosa que encendió sus ojos, donde Rosales, como también le ocurrió a Rafael Guillén, fue aprendiendo el sentido del vivir. No es casual que sea en el Corpus, fiesta religiosa, en la que el poeta se fija, ya que lo sagrado ilumina sus calles:

“¿Recordáis?, en Granada todo ocurre en el Corpus; / vibraba el tiempo en las campanas, / y en el aire tranquilo / la luz era una abeja interminable / que tocaba la sierra con sus alas”.

Para Rosales, la presencia de la “luz” es el espacio amado, tanto que sobrevuela la ciudad con la laboriosidad y la paciencia de la abeja, todo esplende en esa descripción de la ciudad que, consagrada a la liturgia, es ya un ámbito más alto, una naturaleza llena de pureza, que fascina al joven poeta.

Cualquier persona, en su imaginario poético, adopta ese afán litúrgico, como si estuviese viviendo la ofrenda de lo sagrado en perpetua presencia de la ciudad andaluza. Por ello, aparece un viejecillo que tiene un puesto de golosinas y que “espantaba las moscas insinuantes /

bendiciendo su mercancía con un sombrero hongo”. El viejo que tenía “cara de lápiz” es un reflejo de esos seres fantasmales que Rosales crea en el libro.

Ese surrealismo de las descripciones nos lleva a pensar en un realismo mágico, donde el poeta granadino accede, sin saberlo, a otra dimensión, onírica y fantástica a la vez.

Menciona a muchos de sus amigos en el libro (Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, etc) pero también la presencia del hermano, como en los versos que siguen:

“Y Gerardo / Ya sabéis que Gerardo quería llegar a ser como un domingo cuando / fuera mayor / y aquella casa estaba viva siempre, / estuvo ardiendo siempre durante varios años de juego indivisible / de cielo indivisible “.

La casa ha tenido su esplendor, la de los afectos, pero ahora todo es recuerdo, el tiempo de la Guerra Civil ha horadado los vínculos, ha propiciado las separaciones, ha dejado el dolor y la distancia.

Precisamente es el dolor, el núcleo temático de la última parte de este libro mágico, donde Rosales sabe que el sufrimiento es el principal aprendizaje vital, el que nos hace vivir con más intensidad los momentos felices: “El dolor es un largo viaje, / es un largo viaje que nos acerca siempre, / que nos conduce al país donde todos los hombres son iguales; / lo mismo que la palabra Dios, su acontecer no tiene nacimiento, / sino revelación, / lo mismo que la palabra Dios, nos hace de madera para quemarnos”.

“Si el dolor nos iguala, Dios es el mejor asidero para consolarnos”, (nos dice el poeta), porque vive y entiende nuestro sufrimiento. Rosales, siguiendo su catolicismo no cree que Dios sea el mal, sino que, a diferencia de los versos de Blas de Otero donde increpa al sumo hacedor por el dolor que nos proporciona, el poeta granadino ve en el creador nuestro apoyo y nuestra salvación.

Posiciones tan contrarias que entrarían dentro de la oposición entre la poesía arraigada y la desarraigada, no eluden el compromiso de Rosales con el esfuerzo como vía crucis para conseguir los objetivos vitales:

“No hay alegría, por importante que nos parezca, / que no termine convirtiéndose en ceniza o en llaga, / pero el dolor es como un don / nadie puede evitarlo”.

Para Rosales todo lo que nos rodea lleva el perfil del dolor, el dinero, el amor, las esperanzas. Si José Hierro llegó desde el dolor a la alegría en un famoso poema, el poeta granadino sabe que el sufrimiento es el tuétano de nuestra vida, la parte honda donde siempre llegamos, que nos compone y que nos enriquece (a través de la fuerza en que se sustenta para resistirlo).

El libro termina con ese encuentro con el sereno ¿es acaso un sueño el reencuentro con amigos, con la madre,



con su hermano? ¿Dónde radican estos momentos de felicidad? ¿En qué camino vive ya el corazón dolido del poeta?

Todos son preguntas, pero cuando el sereno le dice “Buenas noches, Don Luis”, al llegar a Altamirano 14, su casa llena de luz, Rosales ve las ventanas encendidas y dice:

“Gracias, Señor, la casa está encendida”.

En este final, entendemos que Rosales ya ha congregado sus recuerdos, se ha reconciliado con el pasado y camina firme en el sendero de su fe hacia una casa que lo acoge, como los brazos de su Jesús, resignado tras haber vivido su condena en la cruz.

Estos cien años del poeta deben servir para leer de nuevo los versos luminosos de un poeta mayor, donde

se presente la alta calidad humana de un hombre que también, como muchos otros, ha sufrido por sus virtudes y por sus errores.

Hay que reivindicar la poesía sin ideología, la verdadera llamada del poeta y la soledad del lector que se maravilla porque entiende, a través del lenguaje lírico, lo que él también piensa y siente.

Hay que leer a Rosales para ver la luz de la casa, como la de cualquiera de nosotros, al fin y al cabo, casas que se habitan y se deshabetan de recuerdos y de instantes que fundamentan nuestras vidas.

**Pedro García Cueto**



# Palabras de fuego

## (La obra literaria de Acacia Uceta),

**Jesús de la Peña**

Luis Arrillaga. Diputación Provincial de Cuenca, 2009

Cuando uno se enfrenta a un libro como éste de Luis Arrillaga, tiene delante un gran problema, porque, en realidad, tiene ante sí dos libros: el de Luis, y el de la obra completa de Acacia Uceta.

Por tanto, uno se arriesga a tener la tentación de bascular de uno a otro. De esto me percaté en cuanto empecé a leer el grueso volumen, pero he aquí que la página 317-“Breve Antología Poética”, Apéndice I-me resolvió el problema. Luego explicaré por qué.

Empezaré diciendo que, cuando hable de *el libro* y de *nuestro autor*, me estaré refiriendo siempre a Luis Arrillaga, cuyo libro califico ya de magnífico. Aunque los intuyo, desconozco sus antecedentes. Sé de la gran afición que siempre ha tenido Luis por Acacia: con ambos compartí mesa en el Ateneo de Madrid con motivo de una presentación que allí se hizo de Acacia Uceta poco antes de su muerte. Asimismo, también fui testigo, algunos años antes, de otra presentación que Luis Arrillaga había hecho con ocasión de la lectura

poética de Acacia en nuestra “Tertulia Poética del Buen Retiro”.

Conozco las inquietudes políticas, sociales, religiosas, teológicas y místicas de Luis Arrillaga y, por supuesto, no soy ajeno a su sobresaliente vena poética ni a su competencia como crítico literario. Lector incansable, gusta de poner las palabras justas para apoyar su interpretación de las cosas, de las personas y de las obras que salen de sus mentes y de sus manos.

Con todos estos ingredientes no tendré que aclarar el calificativo de magnífico que adelanté antes. Es un libro que no está hecho de encargo ni por compromiso. Es, estoy seguro, espontáneo, fruto de un cariño entrañable hacia nuestra poetisa y construido desde la afición a una temática que Luis Arrillaga domina por propia experiencia, y en la que gusta ejercitarse. No se puede pedir nada mejor.

Sólo queda añadir que nuestra poetisa compartía las mismas aficiones y convicciones que Luis y que todas

ellas las dejó materializadas en bellos, emotivos, profundos y resonantes versos.

Lo primero que hace Luis Arrillaga es estructurar el libro de una forma muy inteligente. No analiza la obra poética de Acacia Uceta libro por libro, sino que la atraviesa toda con distintas espadas en cuyos puños podemos leer lo que ahora copio a modo de Índice sumarásimos de ésa su obra poética. (Ha de tenerse en cuenta que algunas de esas espadas también atraviesan la obra en prosa, añadiendo, en el caso de la novela larga *Una hormiga tan sólo*, algunos epígrafes necesarios para interpretar el relato.)

OBRA POÉTICA: El optimismo existencial. El amor de pareja. La vena existencialista. La poesía social. La poesía ecologista. La sabiduría humanista. El neopopularismo. La espiritualidad. Cuenca, capítulo aparte.

Resulta asombroso ver las adherencias que Luis saca en cada una de las nueve espadas después de atravesar con ellas, prácticamente, la obra completa de Acacia Uceta. Me apresuro a adelantar que, cuantitativamente, la temática no está equilibrada en el libro. Aunque las nueve rúbricas están tratadas con igual profunda intensidad, la de la espiritualidad abarca, por sí sola, un tercio del total de las 283 páginas del ensayo crítico sobre la obra poética. Ésta es la razón por la que yo también me he centrado especialmente en el tratamiento que de la poesía de Acacia Uceta se hace en el libro.

Consta esta rúbrica sobre la espiritualidad, a su vez, de doce apartados que van desde *la fe religiosa: aceptación de la transcendencia*, a *la esperanza en la vida eterna*, pasando por *el silencio y la ausencia de Dios* o por *hacer teología, la dimensión mística, la noche oscura, la iluminación*, etc.

Por este procedimiento, el asombrado lector se pasea por las nueve salas del “museo Acacia Uceta” teniendo como guía e intérprete a Luis Arrillaga. Nos lo dice él mismo en la página 276: “Con todas estas reflexiones, podemos apreciar, en la sabiduría mística que hemos expuesto e interpretado... , un resumen sistemático “

En esa exposición e interpretación no se sabe qué es más de admirar, si la comunión de pensamiento de autor y poetisa o la sabiduría apreciativa y seguridad de convicción de nuestro autor, dado que, en cuestiones religiosas, opino que no hay nada que se parezca a la ciencia. Hablar de ciencias religiosas es, *per se*, un puro oxímoron.

El lector puede hacer la prueba de sondear una cualquiera de las nueve espadas en todas las páginas que van de la 320 a la 336 (la selección que Luis Arrillaga ha decidido como representación de los once libros poéticos de nuestra poetisa, en el “Apéndice I”) y comprobar qué extrae adherido al filo de la hoja. Se dará cuenta inmediatamente de que, para conseguir lo que Luis Arrillaga ha logrado, hace falta tener la costumbre, el arte y la técnica de un excelente crítico literario.

Yo, por mi parte, me voy a permitir alguna observación menor. En la página 182, y de acuerdo con esa comunidad de pensamiento de poetisa y autor a que antes me referí, leemos:

“Por otra parte, en el Poema VIII del libro *Asedio* aparece una sencilla y certera definición de la guerra: *La guerra es una escuela de rencores*, es decir, una forma de aprender los contravalores más inhumanos y los medios más terribles de hacer daño a los demás.”

Me permito disentir: La guerra no es la escuela del rencor. Es la Universidad, es un Máster especializado, es el Doctorado del rencor. Pero, para llegar a la guerra, a las guerras, a todas las guerras, la sociedad ha pasado antes por la escuela del rencor, por el rencor alimentado de fanatismos, especialmente los de carácter religioso o sociopolítico, que es cosa que suele olvidarse.

Del libro de Acacia Uceta *Memorial de afectos*, nuestro autor ha seleccionado, con muy buen criterio, el poema “A Enrique” (Enrique Domínguez Millán, también escritor y esposo de nuestra poetisa) para dejarlo incorporado a la “Breve Antología Poética”.

Precisamente, el apartado “La esperanza en la vida eterna” es conectado por Luis Arrillaga con el poema “A Enrique”, que, según nuestro autor, nos presenta el amor como realidad eterna que vence a la muerte y que es también sinónimo de transcendencia. Y, para demostrarlo, copia los ocho versos de su estrofa central.

Estando de acuerdo con esta apreciación de Luis, echo de menos que, en otra “espada”, no se hayan quedado adheridos los dos últimos versos de la estrofa seleccionada: *...el gozo y el dolor que te produjo / habrán sido la forja de tu alma*.

Son estos versos de un enorme valor moral en la apreciación de cualquiera que tenga larga experiencia de vida de pareja y reflejan, además, valentía, clarividencia y confianza en el otro.

En las págs. 275 y siguiente hace Luis Arrillaga una aclaración que se venía echando de menos: la dinámica de la mística cristiana, con dos de sus diversos componentes esenciales, la “noche oscura” y la “iluminación”, es tratada extensamente en el ensayo que nos ocupa. Podría dar la impresión, pues, de que el itinerario inevitable es ése y que, por tanto, para ser un místico o, más bien, para tener experiencias místicas, hay que buscar la oscuridad, el sufrimiento, la ausencia de Dios (es decir, hay que ser un tanto masoquista), a fin de ser recompensado a continuación con la visión beatífica.

La oportuna aclaración del autor se apoya en unos versos de Acacia Uceta en el Poema VII de “Encuentro”, en *Árbol de agua: No fui por la tristeza a tu dominio... / ... por el gozo fui a tu encuentro*.

Así, Luis Arrillaga desarrolla su tesis al respecto en estos términos:” aquí hallamos una gran riqueza de matices, aunque alguien pudiera, tal vez, descubrir contradicciones. Sobre todo se trata de que, en contra de antiguas doctrinas erróneas, el cristianismo no es un masoquismo ... la cruz sí es esencial en el cristianismo, es vehículo para llegar a la Luz, pero no debemos buscarla o provocarla, sino aceptarla y asumirla cuando aparece en nuestra vida ...”

Todo esto está íntimamente relacionado con el “fiarse de Dios” que nuestro autor aborda en las páginas 210 y 274 respectivamente:

“...la fe verdadera debe entrañar un riesgo ineludible, un *salto en el vacío*-según la teología tradicional-, en virtud del cual el creyente se fía de Dios” (pág. 210).

“... esta es la fe; *vencer la noche* (Acacia Uceta) con la perseverancia, fiarse de Dios con un salto en el vacío desde la noche oscura, con lo cual sobrevienen ...*la luz... y el primer albor* (Acacia Uceta)-iluminación- *de la partida...*” (pág. 274).

Pero uno puede plantearse legítimamente, aunque al margen de la teología tradicional (“siempre que veo un teólogo, es un poco como un enemigo”, decía Juan XXIII en *El Cervo*, diciembre 1963), otra forma de fiarse de Dios.

¿Cómo no fiarse de Él uno que, a sabiendas de que no es precisamente un santo, tiene la profunda convicción de haber sido creado por Él, al igual que las otras cosas maravillosas que le rodean?

Hasta ahí, el fiarse; lo demás son apaños que nos hacemos los hombres de manera teológica para intentar resolver, por supuesto que sin conseguirlo, el eterno misterio divino.

¿No será más natural fiarnos de Él, que Él ya hará con nosotros lo que tenga previsto, algo que, en cualquier caso, nos resultará conveniente con seguridad? Se trataría así de una “fe pasiva” que no tiene nada que ver ni con saltos en el vacío ni con la conocida como “fe muerta”: sería, por el contrario, el paradigma de la fe viva, la que se traduce en proyectarse hacia los demás, pero, simplemente, dejándose llevar por Dios. Como suele decirse: “¡que sea lo que Dios quiera!”

En definitiva, éstas son únicamente mis propias consideraciones acerca del interesante libro de Luis Arrillaga sobre la obra de Acacia Uceta. No me alargo más; que cada lector se haga las suyas.

**Jesús de la Peña**

## CUATRO POEMAS INÉDITOS DE ACACIA UCETA

### CANCIÓN 9

A mí me gusta el camino,  
a ti te gusta llegar,  
a mí me gusta el sendero  
que no dice adónde va.  
Tú vas pisando las flores  
en tu prisa por pasar  
y yo me siento a la sombra  
del árbol a descansar.  
Tengo una cita aplazada  
no sé bien en qué lugar:  
el tiempo que va pasando  
ya me lo recordará.  
Si llegas antes, amigo,  
no me escribas, por favor.  
La carta se perdería:  
yo no tengo dirección.  
Recuérdame en las estrellas,  
recuérdame con el sol.  
Voy despacio, pero llego:  
mi meta la sabe Dios

(del libro *Canciones y villancicos*, 2002)

### SI MIS MANOS SIRVIERAN

Si mis manos sirvieran  
para acunarte  
¡serían como almendros  
meciendo el aire!  
Si mis labios supieran  
cantar contigo  
¡qué danza de amapolas  
entre los trigos!  
Si mi planta encontrara  
tu limpia huella  
¡el polvo del camino  
fuera de estrellas!  
Y si a tu humilde establo  
llegara un día,  
mi ruiseñor dormido  
despertaría.  
Niño divino:  
¡dame luz y perfume,  
sonrisa y trino!

(del libro *Canciones y villancicos*, 2002)

## POEMA I

Madrid, jaula de fuego  
con un millón de pájaros cautivos  
¡Qué implacable recuerdo  
conservo de aquel tiempo,  
martirizada y dulce ciudad mía!  
Niña fui por tus venas dolorosas  
intentando jugar entre las ruinas,  
preguntando al destino  
qué tenaza de odio  
ciñó el hierro y la muerte a tu cintura.  
Morada de una estirpe,  
tratabas de abrigar entre tus muros  
la dignidad de un pueblo no vencido.  
¡Qué sed la de aquel tiempo de palomas  
intentando beber en la alborada,  
sin hallar otra fuente que no fuera  
la lava del volcán alzada en vuelo!  
¡Qué plenitud de pechos encendidos  
doblaron su bravura a la metralla!  
Héroes sin nombre fueron obligados  
a coronar tu frente con sus vidas.  
Oh, jóvenes muchachos y muchachas:  
por la infantil pupila del recuerdo  
continuáis pasando hacia la muerte,  
sin más armas que el puño levantado  
y una canción de libertad soñada  
que yo sigo cantando todavía.

*(del libro Asedio, 1998-2002)*

## POEMA XIII

Aviones contra el alba, alas de sombra  
acuchillando el aire,  
rasgando con su furia  
el raso tibio del primer crepúsculo,  
del regazo inocente y confiado,  
de aquel amanecer deshecho en fuego,  
cuna de la ternura calcinada  
y hundida en la ceniza para siempre.  
Niña despierta en medio de su sueño,  
arrancada a la calma y arrojada  
al oleaje del terror más hondo.  
¡Qué inclemente naufragio  
aquel amanecer a la deriva!  
Nunca Madrid fue visto tan herido,  
nunca tan ultrajada la inocencia.  
Aviones contra el alba  
tiznando de negrura la mañana.  
¡Qué terrible presencia  
sobre el rosado velo de mi aurora  
las extranjeras y asesinas alas  
sembradoras de muerte y de agonía!  
¡Qué impía la metralla destruyendo  
las amorosas tejas de mi casa  
y los cautivos árboles  
por donde un día vi la primavera!  
Aviones contra el alba de mi cielo:  
la lágrima de un niño es suficiente  
para escrita dejar vuestra derrota.  
Maldecidos seréis eternamente  
por el dolor que entonces nos causasteis.  
Vuestras alas, movidas por el odio,  
nunca sabrán el gozo de la espiga  
ni trinarán las aves en el aire  
que fieros mancillasteis aquel día.

*(del libro Asedio, 1998-2002)*



# La vida de lejos

Juan Pedro Carrasco García

*Mientras viva el doliente*, Antonio Daganzo. Madrid, Vitruvio, 2010

“Que la vida iba en serio / uno lo empieza a comprender más tarde”, nos decía Gil de Biedma en estos versos que quedaron para la posteridad. Sin embargo, hay ocasiones en que algunas personas se dan cuenta de que la vida va en serio mucho antes. Su vida es distinta, el mundo es diferente y las relaciones con los demás también lo son. Ven pasar la vida “de lejos” porque la enfermedad y su estigma dejan huella en las conciencias de quienes la padecen, más si el doliente es un niño.

Hasta que la personalidad se hace moldeable y se ajusta y se adapta a sus propios límites, vivir es vivir la vida de otra manera, es aferrarse al hábito vital de un entorno reducido, la casa, y de una “memoria miniatura” que condiciona, pues se carece de la experiencia del exterior y se comprende que el mundo de los demás transcurre en otros espacios.

A la médula o “medula”, en términos quevedescos, de su primer libro *Siendo en ti aire y oscuro*, es decir, lo ancestral que viaja en nosotros a través del tiempo y la turbiedad como todo aquello que se aleja de la claridad y de la que no podemos desprendernos de *Que en limpidéz se encuentre*, su segundo libro, se suma con *Mientras viva el doliente* la savia de la propia experiencia.

Comienza el libro con un poema introductorio en el que el autor desarrolla el planteamiento de la reflexión a través de la cuestión de si su vida fue realmente vida en la “...tragedia de vivir sin mi vida?”, se pregunta, puesto que es, fue “vida menor agazapada en sangre donde anida el:

“Misterio del dolor,  
salvajismo adorable de lo ajeno que existe  
y se transforma en hombre:  
enfermedad soy yo.”

Es la reflexión, el método con el que comienza su libro Antonio Daganzo. El pensamiento madurado hecho palabra, porque la reflexión es desde hoy, lo más cercano en el tiempo, en una progresión hacia el pasado en versos blancos con un paréntesis tradicional de nueve sonetos entre la primera y la tercera parte. Una cuarta parte denominada “El caminante y la fiebre” con un poema titulado “Nieva sobre el bronce” de larga extensión que supone una larga alegoría o metáfora continuada de un cuerpo y un entendimiento que aguantan como “metálica dureza persistiendo” y una quinta, que cierra el libro “Final: Mientras viva el doliente”, con una estructura anular al abrir con el último verso del primer poema, el primero del último: “enfermedad soy yo”

La primera parte denominada “Reflexión del doliente” es el ejercicio de una introspección en la que se mezcla el presente del poeta con un presente histórico y la expresión de una distancia para hacer reflexionar también al lector: “Del convaleciente / observemos su posición horizontal” y que dan cabida para las preguntas sobre Dios y su existencia y el deseo de imaginar aquel Dios que el propio pensamiento ha destruido. Da entrada a la queja con una imagen tierna y desoladora al mismo tiempo:

“La queja,  
la voz más animal y al mismo tiempo más humana”  
y al desgarró:

“Entonces el azul  
abrirá el rostro, azada en el crepúsculo,  
y plomo, vidrio, muerte serán tierra  
para el comienzo eterno.”

y también al dominio de las emociones:

“Tiene el enfermo  
la certeza soberana de su risa,  
y es tal clarividencia enmascarada  
la metáfora limpia de lo humano.”

Con “Perros de arena” –segunda parte- asistimos al desgarrar descarnado del pensamiento donde el lamento, el reproche, la conciencia de la muerte como liberadora y el deseo de una vida en plenitud intentan acallar aquellos “perros de arena” que ladran en cada momento y que son “esbirros del dolor” que acechan en el interior de aquel que quiere decir adiós a la agonía y que quiere una vida dotada de “anchura y recorrido” en una lucha sin cuartel por librarse de lo que le ata “a la condena”.

En la tercera parte, el recuerdo sereno es la “Memoria del doliente”, en la que fluyen los versos con la mirada tierna que hace del mundo, un mundo propio en la casa -la habitación, la cama- lugar del recogimiento obligado, a veces, la mayoría, prisión, a veces pequeño y forzado paraíso, y mira a través de la ventana de la imaginación una vida escolar que no existió sino en su mente: “Aprendía también la enseñanza del colegio / sin colegio”; y los juegos: “carreras de recreos imposibles, los juegos apenas entrevistados”; y el amor imaginado con la figura de una niña idealizada:

“Y en el fondo de la memoria miniatura  
la serena expresión de aquella niña,  
la palidez, las pecas,  
el brillo del mañana ya en sus ojos  
de segura victoria.”

Y la madre, voluntariosa mujer que atiende al niño, su enseñanza académica y moral y el “mensaje indecli-

nable de esperanza”. Ya es el hoy, el presente y aunque todo pasó, no sólo el recuerdo queda, pero ha dejado la marca indeleble de la enfermedad:

“Hoy lo comprendo quizá no con orgullo,  
pero sí con templanza”

y el análisis introspectivo de la forja que modeló al niño que fue hasta llegar al hombre que comprendió antes de lo natural “que la vida iba en serio”:

“Y cuando mire atento mi corazón cansado  
hallaré puras fuerzas  
desde el niño que fui desarrolladas,  
para gritar ya hoy,  
prendiendo, pese a todo, un común fuego:  
“Soy este hombre que ahora vive””.

El hombre que revive a aquel niño que alienado por la enfermedad vivió una vida diferente, una vida recluida, y vivida de otra manera con respecto a la de los demás seres humanos y, en concreto, a la de los demás niños. Y dentro del concepto de lo que él califica de “hombre circular” devienen con el paso del tiempo aquellos años de la infancia que vivió de lejos y con la madurez el recuerdo, el tamiz y la reflexión también desde la distancia.

**Juan Pedro Carrasco García**



# Mecenazgo



**CC.OO.** Unión Comarcal Sur  
c/ San José de Calasanz, 22  
GETAFE  
Teléfono: 681 28 59  
Fax: 683 15 23



**viajes azor centro, s. a.**

C.I.C.M.A. 218

CENTRAL: C/ Jardines, 11

Teléfono 696 36 12 • Fax 695 37 06

28901 Getafe (MADRID)



HOMBRE - MUJER

FELIPE ESTÉVEZ, 21

GETAFE (MADRID)

TÉL.: 91 683 70 98



ABIERTO TODOS LOS DIAS

[WWW.MYSPACE.COM/GARAJEBARGETAFE](http://WWW.MYSPACE.COM/GARAJEBARGETAFE)

Travesía del Pilar s/n Getafe



TERTULIAS  
MÚSICA  
EXPOSICIONES

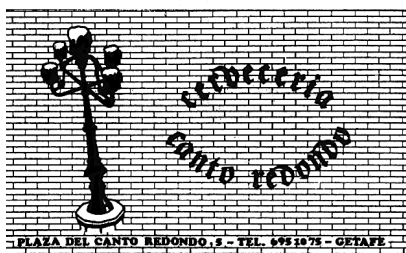
La Fuente, 17  
28911 Leganés  
Tel.: 91 694 83 58



[www.fenderclub.net](http://www.fenderclub.net)  
C/ Escaño 20 - 28903 - Getafe



TELEFONO 26 57 39

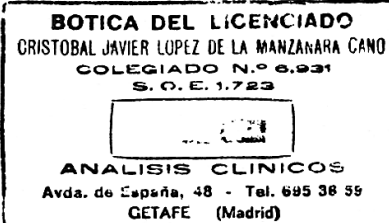


GETAFE FUERLABRADA  
G/ Giraldo, 6 G/ Telefonica, 12  
Getafe Norte Recinto Ferrial  
Tfno. 916 836 856 Tfno. 916 978 540



[WWW.CLINICADENTALJCIERVA.COM](http://WWW.CLINICADENTALJCIERVA.COM)

C/ SAN VICENTE, 1 TEL 91 665 16 90  
28902 GETAFE FAX 91 695 40 49



ANALISIS CLINICOS  
Avda. de España, 48 - Tel. 695 38 59  
GETAFE (Madrid)



**FISIOTERAPIA  
CAÑAMARES-PLAZA**

C/ Oriente Nº 5  
28901 GETAFE (Madrid)  
Teléfono 91 681 60 44



**sonido libre**

ESTUDIO DE GRABACIÓN

grabar es más divertido de lo que tu te imaginas...

C/ Marie Curie 15, 28906 Getafe. MADRID • Tel.: 91 696 05 15

616 619 630  
[www.sonidolibre.es](http://www.sonidolibre.es)

La editorial IES Matemático PUIG ADAM, a los efectos previstos en el artículo 32.1, párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de *Cuadernos del Matemático*, o partes de ellas, sean utilizadas para la realización de revistas de prensa.

Cualquier acto de explotación (reproducción, distribución, comunicación pública, puesta a disposición, etc.) de la totalidad o parte de las páginas de *Cuadernos del Matemático*, precisará de la oportuna autorización, que será concedida por CEDRO

